

La **innovación**
partidista *de las*
izquierdas
en América Latina



La **innovación**
partidista de las
izquierdas
en América Latina

**La innovación partidista de las izquierdas
en América Latina**

© 2008, ILDIS - FES

Primera edición: Octubre 2008

ISBN:

Impreso en el Ecuador

Edición:
Franklin Ramírez Gallegos

Coordinación editorial:
Anabel Estrella

Diseño:
**Verónica Ávila/
Activa Diseño Editorial**

Diseño portada:
Adaptación del diseño
de **Gisela Calderón**

Impresión:
Imprimax

Tiraje:
1000 ejemplares

Las opiniones vertidas en este texto no necesariamente coinciden con las de las instituciones que lo auspician. Se autoriza a citar o reproducir el contenido de esta publicación siempre y cuando se mencione la fuente.

índice

presentación 7

introducción 11

uno 30

Primera parte

dos 36

tres 40

cuatro 44

cinco 50

seis 55

siete 60

ocho 66

MICHAEL LANGER
FRANKLIN RAMÍREZ GALLEGOS

El difícil tiempo de los partidos políticos
–Democracia partidaria, democracia
de opinión y política ciudadana–
FRANKLIN RAMÍREZ GALLEGOS

Representación, participación
y democracia
ALBERTO ACOSTA

Los partidos y movimientos políticos
de las izquierdas en el siglo XXI

El Polo Democrático Alternativo de Colombia
NELSON BERRIO REYES

Certezas, paradojas e incertidumbres
del Polo Democrático Alternativo
LUIS CARLOS VALENCIA

El Polo Democrático Alternativo
y la izquierda ecuatoriana
EDGAR ISCH LÓPEZ

El Partido de los Trabajadores: entre
el poder popular y el gobierno
IOLE ILIADA LOPES

Por una Fuerza Política de Izquierda
NORMAN WRAY REYES

El MAS en la lucha política popular
y en los niveles de gobierno
SANTOS RAMÍREZ

Momentos –de tensión– en la conformación
y consolidación del MAS-IPSP
MOIRA ZUAZO

nueve	71	El Frente Amplio en Uruguay y su fuerza pluralista ROBERTO CONDE
diez	77	El acumulado político del Frente Amplio en Uruguay AGUSTÍN CANZANI
once	83	Lucha política de izquierda y cambio civilizatorio en América Latina GUSTAVO AYALA
doce	88	La democracia es el bastión del socialismo MARCELO SCHILLING
trece	95	Tres ideas en torno a la experiencia política del socialismo chileno SANTIAGO ESCOBAR
catorce	102	Ejes de debate sobre la Concertación Chilena XAVIER BUENDÍA
Segunda parte		
quince	106	Los procesos de unidad en la izquierda ecuatoriana Análisis comparativo de procesos de unidad en la izquierda ecuatoriana SILVIA VEGA
diez y seis	114	La experiencia del Frente Amplio de Izquierda (FADI) en Ecuador RENÉ MAUGÉ M.
diez y siete	121	Dinámicas socio-políticas en la construcción de Alianza País AUGUSTO BARRERA
diez y ocho	126	Alianza País: una apuesta política novedosa GUSTAVO LARREA
diez y nueve	133	Los nuevos movimientos sociales y las izquierdas RICARDO CARRILLO

Para el Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS-FES) de Ecuador la cuestión de los partidos y de las dinámicas organizativas de las fuerzas de izquierda en América Latina siempre ha sido objeto de preocupación y reflexión intelectual y política. Después de su creación en el año 1925, la Fundación Friedrich-Ebert (FES) sufrió las consecuencias de un sistema no democrático y de un partido autoritario y fascista. La promoción del desarrollo democrático y solidario fue prohibida y sus gestores fueron perseguidos. La misión institucional, desde entonces, se construyó con la convicción de que una democracia sólida requiere también de instituciones partidarias sólidas. Para ser capaces de agregar ideologías y de representar intereses políticos, los partidos requieren de estructuras internas democráticas, transparentes y abiertas al diálogo pluralista.

El compromiso de ILDIS-FES es promover su fortalecimiento y renovación por medio de diálogo, publicaciones y asesorías políticas, tomando en cuenta el espectro de diferentes organizaciones de carácter democrático y social presentes en la región. Dicho interés adquiere especial relevancia en el marco del reciente acceso al poder de fuerzas progresistas con una diversidad de trayectorias y experiencias organizativas y militantes.

El texto *La innovación partidista de las izquierdas en América Latina* recoge, precisamente, las ponencias de políticos, intelectuales y militantes cercanos a las principales fuerzas progresistas que han emergido en algunos países de América del Sur en las últimas décadas. Dichas ponencias se presentaron en el marco del seminario organizado por ILDIS-FES en Quito, los días 16 y 17 de octubre del 2007, con la participación de representantes del Polo Democrático Alternativo de Colombia, del Movimiento al Socialismo

de Bolivia, del Partido Socialista Chileno, del Frente Amplio del Uruguay, del Partido de los Trabajadores de Brasil y, por el Ecuador, del Partido Socialista, del Movimiento de Unidad Plurinacional Pachakutik – Nuevo País, del Movimiento Popular Democrático, de la Izquierda Democrática y de Alianza País. El debate se complementó con los comentarios de académicos e intelectuales especializados en la cuestión de los partidos políticos progresistas de la región.

El seminario sobre la innovación partidista procuró abrir un espacio democrático de reflexión sobre los problemas, los límites, las potencialidades y los desafíos que afrontan dichas fuerzas en el contexto de sus tareas gubernativas y en medio de un escenario de intensa desconfianza ciudadana en el quehacer de los partidos, de los parlamentos y, en general, de la vida política institucional de sus naciones.

Dicho intercambio permitió constatar que, aún a pesar del inmenso malestar de los ciudadanos con el mundo de los partidos políticos, estos últimos no pueden postergar las tareas de (re)construcción de sus estructuras internas, de sus formas de tomar decisiones y de relacionarse de modo más plural y abierto con el extenso universo de ciudadanos y de organizaciones de la sociedad civil. Las dinámicas partidarias verticales, herméticas y de espaldas a la sociedad, aún si en sus programas se reconocen intenciones democratizadoras e igualitarias, solo contribuirán a la reproducción de un orden político en nombre de cuya transformación se justifica la existencia de dichas tendencias.

Las trayectorias de reconstrucción de los partidos y movimientos progresistas de la región han sido diversas pero parecen confluir, precisamente, en el sendero de dinámicas organizativas más permeables a la participación y al control de ciudadanos y militantes y, sobre todo, con capacidad de articular a diferentes actores políticos y sociales en su seno.

La emergencia de nuevas demandas políticas, la fragmentación del espacio de lo social, la implosión del mundo organizativo en una variedad de movimientos, colectivos, asociaciones, partidos, etc., y la diversificación de las corrientes progresistas requieren de una elevada capacidad de las nuevas y viejas fuerzas de la izquierda para generar procesos de convergencia, de interlocución e incluso de unidad política en el marco de innovadoras estrategias organizativas. El proceso de cambio político al que asiste la región no se sostendrá en el tiempo sin la debida readecuación de la arquitectura institucional y de las tendencias de organización colectiva de los partidos

y movimientos que hoy ejercen funciones gubernativas en sus respectivas sociedades.

Este texto busca constituirse, desde esta perspectiva, en un instrumento para la reflexión política e intelectual de dichos actores y para el esclarecimiento de sus procesos organizativos en el debate público regional. Esperamos, por lo tanto, que este esfuerzo editorial sea promotor de un diálogo más fructífero al interior del campo progresista latinoamericano.

Dr. Michael Langer
Director de ILDIS
Representante de la FES
en Ecuador

Soc. Franklin Ramírez Gallegos
Editor

Quito, septiembre 2008

introducción

El difícil tiempo de los partidos políticos –Democracia partidaria, democracia de opinión y política ciudadana–

FRANKLIN RAMÍREZ GALLEGOS

Franklin Ramírez Gallegos / Sociólogo.
Fue Coordinador Académico de Proyectos
de ILDIS-FES Ecuador (2007-2008),
actualmente es profesor de la Facultad
Latinoamericana de Ciencias Sociales sede
Ecuador.

“Não vivemos somente um ‘tempo de partido, tempo de homens partidos’, como diz a poesia de Drummond. O nosso também é um tempo de partidos partidos”

MARCO A. NOGUEIRA (2008)

“Es una ilusión o una hipocresía sostener que la democracia es posible sin partidos políticos...la democracia es necesariamente e inevitablemente una democracia de partidos”

H. Kelsen (1929)

En un momento en que en América Latina la democracia parece generalizarse como régimen político, son patentes también los problemas de legitimidad de los partidos políticos, la extensión de un clima de cuestionamiento a las instituciones públicas, por su irrelevancia para resolver los problemas y las demandas más acuciantes de la sociedad, y una persistente desconfianza de los ciudadanos entre sí y hacia el Estado, sus autoridades y la política en términos globales. El ideal democrático no tiene rival hoy en día, dice P. Rosanvallon, pero los regímenes que lo encarnan suscitan en casi todas partes fuertes críticas¹.

El advenimiento al poder, desde fines del siglo XX, de fuerzas progresistas y de líderes de vocación transformacional ajenos a las estructuras partidarias que gobernaron durante los años 90 proviene, en parte, de esta misma atmósfera de crisis y desazón con la política y, en muchos casos, ha llevado a una profunda transformación o al colapso de los sistemas de partidos vigentes desde los años ochenta. El desmantelamiento de la matriz estatal-desarrollista de inclusión social y la implementación de políticas de ajuste, con efectos altamente excluyentes y concentradores, incidieron en la pérdida de respaldo social y confianza pública en los gobiernos y partidos que administraron la agenda del Consenso de Washington.

¹ Pierre Rosanvallon, 2006, *La contre-démocratie. La politique à l'âge de la défiance*, Editions du Seuil, Paris (Versión en español: *La Contrademocracia*, 2007, Ediciones Manantial).

Así, la problemática definida como una crisis de la representación política en la región alude a la incapacidad de los sistemas de partidos para generar un consenso parcial que permita procesar y canalizar un conjunto heterogéneo de demandas sociales. En el marco de un conflictivo proceso de ajuste estructural y liberalización económica, esta pérdida de capacidades políticas ha operado en detrimento, sobre todo, de la figura de los partidos políticos como generadores de discursos, programas y prácticas constitutivas de la acción colectiva democrática².

El juego político aparece entonces, en nuestros días, mucho más allá de las dinámicas partidarias, en medio de la eclosión de nuevos formatos de acción política –en que se entremezclan ‘plataformas electorales de base personalista’, movimientos sociales, redes públicas más o menos translocales, asociaciones cívicas, ONGs, movimientos políticos, etc.–, de transformaciones en las tendencias participativas de la sociedad, y de ascenso de nuevas ideas políticas y propuestas de renovación normativa e institucional de la democracia.

Los límites normativos

La crisis de legitimidad de los partidos políticos se inscribe en un proceso más profundo de agotamiento de las bases institucionales y de los principios normativos de la democracia liberal. Ya en 1995, Philippe Schmitter, sugería que la democracia liberal tendrá que afrontar enormes desafíos al punto que su futuro puede terminar siendo cada vez más “tumultuoso, incierto y accidentado”³. Más recientemente ha añadido que, a diferencia del pasado, el rechazo general y principista de la democracia liberal no provendrá de alternativas autocráticas sino de la reafirmación de los fundamentos de la teoría democrática⁴.

El desgaste de la democracia liberal, en efecto, está lejos de ser un fenómeno de coyuntura y que pueda ser acotado a regiones ajenas a Europa Occidental y América del Norte. Incluso en estas zonas, la participación

² Ver Carlos Moreira, Diego Raus y Juan Carlos Gómez Leyton, 2008, *La nueva política en América Latina. Rupturas y continuidades*, Introducción, Ediciones Trilce, Montevideo.

³ Philippe Schmitter, 1995, “Democracy’s Future: More Liberal, Pre-Liberal or Post-liberal”, *Journal of Democracy*, vol. 6, No. 1, pp. 15-22.

⁴ Philippe Schmitter, 2005, “Un posible esbozo de una democracia post-liberal”, en *Democracia post-liberal*, Benjamín Arditi (editor), Anthropos, México.

electoral ha descendido progresivamente del mismo modo que lo han hecho las tasas de afiliación sindical, asociativa y partidaria, el prestigio de los políticos, la confianza en los parlamentos, la identificación con los partidos y la misma estabilidad de las preferencias electorales. A la vez, han proliferado experiencias de democracia directa, participativa, y deliberativa –que pujan, a la vez, por la apertura de espacios de deliberación pública entre políticos y ciudadanos y por una incidencia efectiva de éstos en las dinámicas gubernativas– y el apareamiento y encumbramiento de líderes y candidaturas anti-partido en diversos puntos del planeta. Más aún, la pérdida de legitimidad de la democracia liberal no se reduciría a un solo campo ideológico –aunque ciertamente desde la izquierda la inconformidad con su desenvolvimiento se ha hecho más evidente en el marco del retraimiento de la acción estatal– y parece abarcar también a sectores importantes del centro y la derecha política.

Entre los principios básicos de la democracia liberal se cuenta su concepción individualista de los sujetos políticos, los ciudadanos, y del mismo procedimiento democrático. Ello se articula con una visión voluntarista de la forma y del contenido de la participación política y con su insistencia en que los derechos provienen de normas legales que van más allá de la contingencia de las disputas políticas: de ahí su énfasis en la igualdad formal y su indiferencia hacia la desigualdad sustantiva en la distribución de beneficios sociales y en la real capacidad de influencia política. El único nexo legítimo, además, entre ciudadanos y autoridades públicas es aquel que se deriva de la competencia partidaria enmarcada en específicas formas de representación territorial. El proceso de toma de decisiones se sitúa, así, en manos de unas elites dirigentes de base territorial seleccionadas una vez cada tanto por masas de ciudadanos cuya irrupción en la escena política tiene el efecto, según ha estimado el liberalismo desde Weber a Schumpeter, de volver más compleja la conducción gubernativa que exige la moderna administración pública⁵.

Algunos de estos principios han sido cuestionados en términos teóricos y a nivel de la misma evolución de los marcos institucionales y constitucionales con que diversas naciones han concebido sus fundamentos democráticos. Tales críticas apuntan más a los rasgos liberales que a las características democráticas de los regímenes establecidos. Conviene por ello resaltar, en lo que sigue, algunos de los cuestionamientos que atañen

5 Ver Leonardo Avritzer, 2002, *Democracy and Public Sphere in Latin America*, Princeton University Press, New Jersey.

directamente a los vigentes problemas de la representación política y que explican, en parte, el déficit de legitimidad de los partidos políticos en la política moderna.

Así, en el debate público y en los estudios especializados se menciona que la participación y el reclutamiento puramente voluntarios –en organizaciones y partidos– terminan por sesgar a ambos para favorecer a los grupos sociales que, usualmente, tienen más recursos y capacidades organizativas para influir en las estructuras de representación y en los procesos decisionales a los que ellas dan lugar. Si a ello se agrega la progresiva profesionalización de la política y la inmensa influencia de las burocracias partidarias en la gestión estatal, se hace evidente la sistemática exclusión de los sectores dominados del espacio público institucional, así como sus escasas probabilidades para influir en el proceso democrático. El campo de ‘ciudadanos efectivos’ –aquellos que pueden gravitar en la construcción y orientación de la agenda pública– tiende entonces a restringirse hacia unos pocos sectores sociales⁶.

Desde esta perspectiva se ha venido cuestionando la escasa disposición de la democracia liberal para admitir, al menos, la articulación entre las estructuras representativas convencionales y distintos dispositivos de democracia participativa, directa o deliberativa, que permitan generar mayores márgenes de acción a los sectores usualmente poco implicados en la vida política y, por tanto, relativizar el poder de los ‘elegidos’⁷. La responsabilidad de estos últimos ante los ciudadanos parece entonces ya no estar garantizada, si alguna vez lo estuvo, por la competencia electoral entre partidos y candidatos, ya sea porque éstos no ofrecen alternativas reales a los votantes, o porque una vez que han accedido a cargos públicos pueden bloquear los canales de comunicación y diálogo con los ciudadanos o, más simplemente, porque pueden usar los recursos de poder –y/o ser presionados por poderosas minorías– para ir más allá de las ofertas electorales que los encumbraron al ejercicio gubernativo.

Estos elementos han llevado a plantear que, al contrario de lo que reza uno de los postulados básicos de la democracia liberal, tal vez “los partidos políticos y las circunscripciones territoriales no brindan el único nexo –y,

6 Ver Yves Sintomer, 2007, *Le pouvoir au peuple. Jurys citoyens, tirage au sort et démocratie participative*, La Découverte, Paris.

7 Ver Archon Fung y Erick O. Wright, 2003, *Deepening Democracy: Institutional Innovations in Empowered Participatory Governance*, The Real Utopias Project, Verso Press, Londres.

en algunos casos, ni siquiera el nexo principal— entre los ciudadanos y sus gobernantes” (Schmitter, 2005: 251). Se ha hablado así, entre otras propuestas post-liberales, de la necesidad de otorgar un estatuto semi-público a las organizaciones (movimientos sociales o grupos de interés) a fin de que los ciudadanos puedan elegir entre candidatos presentados por éstas en el marco de circunscripciones funcionales (no territoriales), de recuperar la selección aleatoria (el sorteo) para la elección de ciertos funcionarios públicos⁸, o de dar apertura a redes mixtas (público/privado) de gobernanza democrática en específicas áreas de la política pública⁹. Se trata de propiciar un acceso más igualitario de los ciudadanos a diversas fuentes y formatos de acción colectiva con capacidad de influencia política¹⁰ y, a la vez, de promover una mayor variedad de formatos de representación.

La inteligibilidad social de éstas y otras propuestas de innovación de las bases institucionales de la representación política y de la misma democracia moderna es aún escasa. Ello obedece, por un lado, a que el campo de actores sociales, políticos e intelectuales que las portan es aún difuso y, por otro, a la suspicacia con que, desde la opinión pública dominante y desde los optimistas defensores de la democracia liberal, se observa toda tentativa de interrogación y de reforma que no provenga de sus postulados básicos. Sucede que, de modo muy nítido desde 1989, se ha implantado en el debate público una distorsionada idea que supone que la conexión entre democracia y liberalismo es casi-natural y que, por tanto, el liberalismo es la única fuente normativa de la democracia.

Desde esta perspectiva, todo aquel que cuestione a la democracia representativa, individualista, voluntaria y funcionalmente articulada en una administración tecno-burocrática que se emplaza a nivel de los Estados-nación, puede ser acusado de anti-liberal o, peor aún, de anti-democrático y autoritario. Cabe recordar no obstante, y muy de pasada, que cuando los regímenes democráticos empezaron a transformarse, a ampliar su comunidad de ciudadanos en base a la extensión del sufragio universal, a incluir el reconocimiento político de grupos de interés y de activos movimientos sociales, en fin, a incorporar las masas al juego político, los

⁸ Ver Sintomer, 2007.

⁹ Ver Matilde Luna, 2005, “Las redes de acción pública: ¿un nuevo circuito de la ciudadanía?”, en *Democracia post-liberal*, Benjamín Arditi (editor), Anthropos, México.

¹⁰ Dichos formatos alternos de acción colectiva tendrían, además, mayor posibilidad de despertar el interés de la sociedad por los asuntos públicos puesto que, hoy en día, las ‘pasiones ciudadanas’ tienden a activarse más intensamente en relación a heterogéneos intereses organizacionales y no ya en torno a cuestiones partidarias.

liberales se mostraron del todo incómodos y reticentes¹¹. Si en algunos países el liberalismo coincidió con el advenimiento de la democracia de ello no resulta que dicha asociación carezca de ambigüedades y contradicciones, y que en la construcción y consolidación de las sociedades democráticas no hayan contribuido también otras doctrinas filosóficas y políticas.

La política ciudadana

Los problemas de la representación política no están ligados únicamente, sin embargo, a los principios y diseños institucionales que dan forma a las dinámicas partidarias en la vida democrática. Las tendencias políticas y organizativas de la sociedad civil también muestran comportamientos que contribuyen a explicar las dificultades de los gobiernos representativos y el desprestigio que hoy enfrenta el mundo partidario en múltiples puntos del globo.

En efecto, desde hace al menos treinta y cinco años diversos estudios sociológicos han venido diseñando una serie de instrumentos para el análisis empírico del estado de la participación ciudadana en cada una de las naciones del orbe¹². Estos trabajos parten del supuesto general de que la participación de las masas es esencial para la vida de la democracia. No existe un acuerdo, sin embargo, sobre las cantidades y la intensidad de la participación ciudadana que se considera necesaria o deseable para el buen funcionamiento y profundización de la democracia.

Los teóricos de la democracia participativa sostienen que el activismo, la implicación ciudadana en la toma de decisiones y la deliberación colectiva son valiosos por sí mismos y tienen efectos benéficos sobre la legitimidad del orden democrático¹³. Las visiones minimalistas de la democracia, por el contrario, asumen que el papel de los ciudadanos debe ser más bien restringido y debe limitarse a la elección periódica de sus representantes y a

¹¹ Ver Domenico Lasurdo, 2006, *Contra-historia do liberalismo*, Editotrial Idéias y Letras, Sao Paulo.

¹² El estudio precursor al respecto es el de Sydney Verba, Norman H. Nie y Jae-on Kim, 1971, *The Modes of Democratic Participation: a Cross-national Analysis*, Beverly Hill, CA.Sage.

¹³ Entre los principales ver Benjamin Barber, 2004, *Democracia Fuerte*, Ed. Almuzara, Valencia; J. Bohman, 1996, *Public Deliberation*, Cambridge, MIT Press; Joshua Cohen y Joel Rogers, 1998, “Asociaciones secundarias y gobierno democrático”, en *Zona Abierta*, No. 84-85, Madrid; y Jurgen Habermas, 1996. *Between facts and Norms*. Cambridge, MA: MIT Press.

su escrutinio permanente¹⁴. En cualquier caso, y al margen de su extensión y alcance, todos los teóricos están de acuerdo en que la participación social es al menos uno de los indicadores del desenvolvimiento de las democracias modernas.

La bibliografía contemporánea sobre el tema tiende a dividirse en dos grandes corrientes. Aquella que sostiene que, desde fines del siglo XX, la participación ciudadana y el activismo político se encuentran en un estado de declive y deterioro, sobre todo, en las sociedades industriales y post-industriales, y de relativo estancamiento en las sociedades con economías y democracias en consolidación y desarrollo. Los síntomas o señales que se consideran para sostener esta hipótesis son la caída en los niveles de participación electoral, la intensificación de los sentimientos anti-partidistas y la debilidad en los niveles de afiliación asociativa (con la consecuente pérdida de centralidad de las organizaciones civiles)¹⁵.

La otra perspectiva sugiere, por el contrario, que más que de una erosión o de un deterioro sistemático de los niveles de participación se trata de un proceso de transformación o reinención en las formas de activismo político de los ciudadanos en diversos puntos del globo. Pippa Norris y Ronald Inglehart (2002 y 2003) han sido dos de los autores que con más notoriedad han venido sosteniendo esta visión. Desde su lectura, el problema de la cantidad e intensidad de la participación debe verse, sobre todo, en relación a la diversificación de las agencias ciudadanas (las organizaciones colectivas que modelan e incentivan las actividades políticas del resto de la sociedad), el cambio en los repertorios de acción colectiva (las acciones concretas que se utilizan como formas comunes de expresión política) y los alcances y objetivos de la acción política (los actores y las instituciones políticas en la que los actores sociales pretenden incidir). La visibilidad de los nuevos movimientos sociales, la intensidad y recurrencia de acciones masivas de protesta, y la importancia que, para ciertos grupos sociales, han alcanzado las nuevas tecnologías de información y comunicación (TICs) en sus formas de organización y movilización política constituyen algunos de los síntomas más visibles de este ‘nuevo activismo político’. Por ello, el planteamiento de estos autores señala, simplemente, que en lugar de tratarse de un proceso de estancamiento y decadencia de la participación

¹⁴ Ver, sobre todo, J. Shumpeter, 1952, *Capitalism, Socialism and Democracy*. Londres: Georges Allen & Unwin.

¹⁵ Ver, por ejemplo, M. Torcal y José Ramón Montero, 2006, *Political disaffection in Contemporary Democracies. Social Capital, institutions and politics*, New York: Routledge; y R. Putnam, 2000, *Bowling Alone*, New York: Simon & Schuster.

ciudadana, ésta se ha transformado y se ha adecuado a una nueva estructura de oportunidades sociales, hasta el punto de generar un “nuevo estilo de política ciudadana”¹⁶.

La idea de la emergencia de una nueva ‘política ciudadana’ no ha escapado de una intensa controversia entre sus mismos defensores. ¿Acaso significa, simplemente, que los tradicionales canales de expresión y participación ciudadanos (el voto, los partidos políticos, los sindicatos, los gremios, etc.) han sido sustituidos por formas no convencionales y alternativas de organización y participación social (los nuevos movimientos sociales, el Internet, la protesta, etc.)?

Lejos de esto, P. Norris ha sostenido que es preferible considerar que se trata de un proceso que complementa más que desplaza los canales tradicionales de la expresión y la movilización políticas, de manera que los otros (nuevos) canales de expresión política coexisten con los tradicionales dispositivos surgidos con las democracias representativas. Así, los activistas de las corrientes tradicionales se dirigirán estratégicamente a cualquier modalidad o forma de organización política que consideren más eficiente, ya sea las campañas en partidos y elecciones, el trabajo a través de organizaciones de grupos de interés convencionales como los sindicatos y las asociaciones civiles, o la difusión de sus inquietudes a través de manifestaciones y protestas en las calles.

‘Democracia partidaria’ y ‘democracia de opinión’

Las transformaciones de las dinámicas organizativas y participativas de la sociedad civil han impactado, en cualquier caso, en la centralidad que históricamente han tenido –aunque en grados diversos según específicos contextos históricos– los partidos políticos en el funcionamiento democrático de sus respectivas naciones. La democracia partidaria forma parte medular del gobierno representativo y, como B. Manin lo ha demostrado, llegó a constituirse incluso en una de sus variantes¹⁷. La evolución de los partidos ha marcado entonces las formas y los problemas de las modernas democracias representativas desde sus orígenes.

¹⁶ Ver, P. Norris, 2002, *Democratic Phoenix: Reinvigorating Political Activism*, New York: Cambridge University Press; y R. Inglehart y P. Norris, 2003, *Rising Tide: Gender Equality and Cultural Change Around the World*, New York: Cambridge University Press.

¹⁷ Bernard Manin, 1996, *Principes du Gouvernement Représentatif*, Flammarion, Paris.

Su ambiguo desenvolvimiento puede ser esquemáticamente retratado en el marco de dos de sus atributos o tendencias recurrentes: la inclusión/incorporación política y la centralización/burocratización organizativa. En efecto, por un lado, la emergencia de los partidos significó la incorporación de amplios sectores sociales a la vida política (los ‘partidos de masa’ en su versión socialdemócrata, socialista, comunista o nacional-popular y en ambos lados del Atlántico), con los consecuentes efectos de relativización progresiva del poder de elites y notables, y de inclusión de las demandas populares en el marco de un Estado social forjado gracias a su misma capacidad de presión. Desde esta perspectiva, los partidos han constituido un potente instrumento de mediación, organización y coagulación de los valores y los intereses presentes en el seno de la sociedad. Por otro lado, sin embargo, la dinámica partidaria ha estado siempre ligada a la emergencia de estructuras burocráticas, centralizadas y jerárquicas, y al funcionamiento de elites dirigentes parapetadas en sus capacidades de gestión de un ‘aparato’ que inevitablemente tiende a autonomizarse de sus bases: nada más lejos de los potenciales democratizadores que parecían encarnar¹⁸.

Robert Michels retrató impecablemente la tensión entre ambas tendencias en su estudio del partido social-demócrata alemán: originado y formado desde ‘abajo’, por medio de la organización de las masas obreras, dicho partido se impuso como uno de los ejes estructuradores del sistema de partidos alemán y terminó por consolidar, en el marco de sus avances electorales, a una elite, con diferente estatuto y condiciones de vida que las bases, caracterizada por su militancia y sus habilidades organizacionales. La democracia partidaria aparecía así como el puro reino de los militantes y de los ‘hombres de aparato’ (la “ley de hierro de la oligarquización” de las organizaciones políticas).

Constituidos en el marco de la conflictiva expansión del sufragio universal, los partidos políticos optaron también, desde muy temprano, por la forma de maquinarias electorales por medio de las cuales las élites políticas competían entre sí a fin de asegurar el mayor número de sufragios. Esta modalidad, estructurada en una lógica descendente de ‘arriba hacia abajo’, fue particularmente influyente en Estados Unidos e Inglaterra y, en nuestros días, parece ganar terreno en diversos puntos del planeta, incluso allí donde los partidos de masa, más ideológicos y estructurados, aún tienen cierta densidad política y anclaje social. En el funcionamiento partidario

¹⁸ Ver Sintomer, ob.cit; y Manin, ob. Cit.

¹⁹ Ver Robert Michels, 1991, *Los partidos políticos*, Argentina, Amorrortu,

del tipo maquinaria electoral la construcción ideológica y la (auto)organización de los sectores populares quedan largamente en un segundo plano o aparecen como efectos secundarios de los imperativos estratégicos de la conquista del voto.

La ‘electoralización’ de las maquinarias partidistas parece confluir, a la vez, con el advenimiento de un momento en que los medios de comunicación ocupan un lugar central en la estructuración de la vida política por medio de la escenificación televisiva de candidaturas y por el afinado uso de técnicas de marketing político que, como lo ha planteado R. Sennett, atenta contra el desarrollo de la dimensión deliberativa de la política democrática. La “marketinización” de la política fragiliza, además, la vida partidaria en beneficio de la explotación de nuevas arenas público-mediáticas mucho más propicias para acceder a extensas capas de potenciales votantes: “en un momento en que una emisión televisiva permite alcanzar a millones de electores, el trabajo de hormiga del militante que vende el periódico del partido o distribuye manifiestos queda largamente relativizado... La televisión pesa hoy mucho más que el congreso de cualquier Partido” (Sintomer, 2007:32).

Si en el ciclo de mayor vitalidad de los tradicionales partidos de masa los ciudadanos expresaban a través del voto, más que una opción política, un sentido de pertenencia y de identidad –muchas veces con un perfil nítidamente clasista– a una determinada comunidad política estructurada en torno a la vida partidaria²⁰, en el contexto del apogeo de maquinarias electorales sostenidas mediáticamente parecería que la ciudadanía queda liberada de las lealtades partidistas y de las opciones que los ‘aparatos partidarios’ le ofrecen, y pasa a apostar por carismáticas figuras bien recibidas en los medios y adecuadamente producidas por los especialistas del marketing, la comunicación y los sondeos de opinión²¹. De la sólida confianza en el partido, usualmente transmitida de generación en generación, se habría transitado hacia una más volátil identificación con productos formateados desde las pulsiones mediáticas (la personalización de la elección electoral). Allí la permanente sensación de fragmentación e impredecibilidad política, y de obsolescencia de las dinámicas partidarias, con que hoy viven nuestras sociedades. Para Bernard Manin se trata de la emergencia

²⁰ Ver A. Pizzorno, 1989, “Sur la rationalité du choix démocratique”, en J. Lecca y P. Birnbaum, *Sur l’individualisme*, Presses de la F.N.S.P, Paris.

²¹ R. Sennett (2006) vincula dicha tendencia de la política con la centralidad de la experiencia del consumo en la vida cotidiana contemporánea. Ver, *La Cultura del nuevo capitalismo*, Anagrama, Barcelona.

de una “democracia de opinión” o “democracia del público” que ocuparía el lugar de la democracia partidaria como particular modelo de gobierno representativo (1996: 279-291).

El cuadro interpretativo no queda completo, sin embargo, sino se observa que en el marco de lo que se ha denominado ‘política ciudadana’ se desarrolla una tendencia política que mal puede ser capturada dentro de las figuras de la democracia partidaria o la democracia de opinión. Se trata de la emergencia de dinámicas de acción colectiva de un carácter globalmente horizontal, deliberativo y distanciado de la política institucional y sus derivas delegativas. La notoriedad de los Foros Sociales Mundiales, donde converge gran parte de la militancia alter-globalización, dejó entrever la fluidez y la heterogeneidad de las redes de movimientos sociales en el nivel global. Su relevancia política a nivel nacional y regional se constató con su alto protagonismo en la resistencia social a las políticas del Consenso de Washington (años 90), resistencia que abriría la ruta para el acceso al poder de unas fuerzas progresistas que hoy los tienen como uno de sus principales interlocutores. El dinamismo de los movimientos sociales permitió, en parte, la reactivación ideológica y estratégica de diversas fuerzas de izquierda e incluso, como es el caso de Ecuador y Bolivia, fue la base para su recomposición organizativa y su relanzamiento político²². Más allá de sus efectos en el juego de fuerzas, no obstante, la presencia de dichas dinámicas significó la innovación de la agenda pública y de las formas de acción política, y permitió la politización de importantes segmentos de una ciudadanía no directamente concernida con la competencia electoral o la toma del poder estatal.

Aunque tales prácticas no se corresponden con el cuadro analítico propio del gobierno representativo y la democracia partidaria sí terminan por afectarlas. Así, en una vereda diferente a la de la mediatización política, las asociaciones civiles, los movimientos sociales y las organizaciones ciudadanas han reducido también el margen de maniobra de los partidos políticos por medio de un extenso discurso anti-partidario que niega cualquier forma de representación política y apunta hacia formas radicales de auto-gestión organizativa y democracia directa. La ‘República sin partidos’, por la que abogan, elude la idea misma de intermediación política y genera obvios efectos de deslegitimación global de las instituciones democráticas. Así,

.....
²² El Movimiento Al Socialismo (MAS) de Evo Morales en Bolivia, y el Movimiento de Unidad Plurinacional Pachakutik – Nuevo País (Pachakutik) en Ecuador se estructuraron como prolongaciones o como instrumentos político-electorales de las organizaciones y movimientos sociales (indígenas y campesinos).

por ejemplo, las posibilidades de reclutamiento y formación de militantes y de cuadros políticos por parte de los partidos –uno de sus principales roles de cara al funcionamiento plural e inclusivo del sistema político– tienden a reducirse de modo sostenido, acelerando la distancia entre los diversos intereses sociales y la política, incrementando así las dificultades del sistema político para procesar las demandas ciudadanas.

¿Fin de ciclo?

Ahora bien, aunque suene contradictorio, la ‘política ciudadana’ y la misma crisis de la representación partidaria aparecerían como efectos de la consistente oleada democrática que vivimos desde fines de los años 70 y, por tanto, como expresión misma de la vitalidad de las expectativas democrática²³. Así, como en otros puntos del globo, en América Latina significativas franjas de la sociedad han adquirido nuevas herramientas y destrezas políticas que las habilitan para un más amplio uso de sus derechos y para una mejor comprensión de las vicisitudes de la política.

Dichos aprendizajes ciudadanos, que pueden ser leídos también como modificaciones en ciertos aspectos de la cultura política, redefinen los criterios y los valores con que tradicionalmente la sociedad leía sus vínculos con el mundo de los partidos. Se juzga como inmoral o injusto aquello que antes era más fácilmente admitido como tolerable, y se transita de un vínculo identitario entre representantes y representados a una relación más exigente con sus decisiones y modos de proceder. La desconfianza con la clase política está hoy, en una medida no despreciable, cognitivamente sustentada. Germina el electorado vigilante y el ciudadano informado que, en momentos de crisis orgánica de la economía y la política, llegarán al punto de demandar el fin del vínculo al que sienten que les reduce la lógica partidaria: “¡Que se vayan todos!”, fue la consigna de multitudes de ciudadanos movilizados, a lo largo del primer lustro del nuevo siglo, en lugares tan ajenos como Buenos Aires o Quito.

Si se indaga más allá del mito del *ciudadano pasivo*, como el reciente trabajo de P. Rosanvallon (2006) nos emplaza a hacerlo, habrá de admitirse sin embargo que desde sus orígenes la evolución institucional de la democracia se alimentó de la desconfianza estructural en el poder y en la política. En su versión liberal, dicha desconfianza tomó la forma de la contención

.....
²³ Juan Carlos Torre, 2004, “Los huérfanos de la política de partidos”, mimeo.

del poder desde el poder (la separación y el equilibrio entre poderes) y de la protección del individuo de las posibles invasiones del poder público. Fundada en una perspectiva pesimista de la democracia, la desconfianza liberal instituye la idea de la limitación de la autoridad y de la prevención democrática a los probables excesos del poder instituido.

En su versión democrática, al contrario, la política de la desconfianza procura que el poder sea fiel a sus compromisos originales y que no se diluya el deber primario de la política como un servicio al bien común. Esta dimensión es la que se expresa, bajo diversas formas, con mayor notoriedad en nuestros días: es la democracia de los poderes indirectos (legales e informales) diseminados en el cuerpo social para controlar a la democracia de la legitimidad electoral. De dichos poderes han resultado modos de ejercicio indirecto de la soberanía (la vigilancia, la obstrucción, el juicio) de acuerdo con formas no previstas en las constituciones. Es lo que el autor francés denomina “la contra-democracia”, no por ser lo contrario de la democracia, sino por que procura contrabalancear a las instituciones de la democracia representativa otorgando mayores poderes de veto a los ciudadanos.

En suma, en sociedades caracterizadas no solo por un profundo descrédito de la sociedad con la política, las nuevas formas de acción política desde la ciudadanía –de la mano de la misma mediatización de la política– marcan los contornos y los límites para el desenvolvimiento de la clase política y para la acción partidaria tal y como hasta hace poco nos las habíamos representado. La estructura social de la vida contemporánea contiene una serie de factores, entonces, que roban condiciones de posibilidad para la marcha habitual de los partidos políticos.

No parece casual, desde esta perspectiva, que a ojos de todo el mundo los partidos parezcan vagar sin rumbo, como muertos-vivos, en la escena pública. Ello no implica, sin embargo, que estén en vías de extinción o que vayan a perder su papel en la estructuración de las elecciones públicas, la formación de cuadros políticos o la disputa ideológica. Puede que incluso, en un futuro no muy lejano, recobren mayor dinamismo en el cumplimiento de estas funciones. La cuestión parece ser, más simplemente, que *se habría agotado el ciclo en que la democracia se organizaba exclusivamente en torno a ellos*. No se trata, por tanto, de un problema de viabilidad electoral o de supervivencia fisiológica de los partidos –o de los nuevos movimientos políticos– sino de pensar en las condiciones y en las razones de su existencia.

Los dirigentes, militantes y simpatizantes que se dedican a mantenerlos en funcionamiento deberían por tanto, como sugiere M. Nogueira, proveerlos de ideas claras, de identidades y estrategias consistentes, de formas y métodos organizativos democráticos y participativos, de pasión cívica y de un programa que sobrepase la dimensión del poder. Cuestiones todas que se ubican en un nivel distinto y tal vez superior al del campo operacional y rutinario de la política. Dicho campo, no obstante, está omnipresente y tiende a magnetizarlo todo²⁴.

Ahí el complejo desafío de gran parte de las fuerzas progresistas sudamericanas concernidas hoy, a la vez, con tareas de gobierno, de legislación, de movilización social y de estructuración organizativa, vale decir, plenamente imbuidas en los juegos reales y cotidianos de la política. ¿Alcanzarán así a ver la importancia para la salud de la democracia y para sus propios proyectos políticos de la afirmación y/o de la reconstrucción de las bases colectivas (partidarias o movimientistas) de la acción política? ¿Vislumbran acaso que la dinámica de organización interna trasciende el juego electoral y posibilita una efectiva interlocución entre política y sociedad? ¿Comprenden los riesgos de centrar la evolución de sus proyectos políticos en los resortes carismáticos y los potenciales mediáticos de sus candidatos? ¿Advierten acaso la necesidad de institucionalizar procesos organizativos/partidarios democráticos y con capacidad de articular y dialogar con fuerzas políticas afines y con otras dinámicas de acción colectiva no partidaria (bajo la forma de frentes, coaliciones, núcleos de convergencia)? ¿Consiguen observar que, por otro lado, la rigidez organizativa de los aparatos partidarios solo premia a determinados cuadros políticos y aísla la vida partidaria de otros espacios de acción política ciudadana? ¿Entienden, en suma, que sin una vida partidaria más densa, más deliberativa, y más incluyente su práctica política y gubernativa no tardará en ser también carcomida por las tendencias inerciales a la desconfianza social con la vida política?

Noticia sobre el texto

Este libro busca constituirse, precisamente, en una herramienta para la reflexión sobre los procesos de crisis y las posibilidades de construcción e innovación de las dinámicas organizativas y partidarias de las fuerzas

24 Marco A. Nogueira, 2008, “Partidos e homens partidos”, en *O Estado de S. Paulo*, (24 maio 2008).

progresistas que hoy en día enfrentan tareas de gobierno a nivel nacional y/o local.

Los puntos de partida son bastante diferenciados y heterogéneos. Poco tienen que ver, por ejemplo, el largamente institucionalizado Partido de los Trabajadores de Lula da Silva o el complejo proceso de consolidación y articulación de diversas agrupaciones políticas en el seno del Frente Amplio uruguayo con la plataforma electoral que debió construir en el Ecuador Rafael Correa para acceder al poder o con los procesos de auto-representación de los movimientos sociales que acompañaron a Evo Morales y al MAS al poder en Bolivia.

En los dos primeros casos se trata de partidos políticos que han operado activamente en la reconstitución y consolidación democrática de sus países, y de cuyo interior han surgido las figuras presidenciales que hoy lideran los procesos de cambio político en curso. Si bien el sistema partidario uruguayo da señales de mayor estabilidad que el brasileiro, en ambos casos las dinámicas organizativas y las mismas directrices y conflictos de los partidos gobernantes atraviesan y modulan las opciones políticas de sus líderes.

En el Ecuador, por el contrario, Rafael Correa aparece como un *Presidente sin partido* que debió crear un movimiento político *ad hoc* para poder participar en el proceso electoral que lo llevó al poder. Un ‘outsider’, según cierta literatura politológica, que desconfía de las estructuras partidarias y prefiere consolidar su proyecto por medio del contacto –en plazas y mítines, pero también a través de elaboradas campañas mediáticas y de marketing político– con una ciudadanía en desbandada organizativa y harta de los partidos. En el Ecuador, en efecto, la legitimidad de la *revolución ciudadana* está ligada a su permanente des-anclaje de toda dinámica de organización partidaria²⁵.

El MAS-IPSP boliviano aparece, también, como un espacio emergente en que convergen el líder y unas bases y organizaciones campesinas e indígenas que, aún si dependen cada vez más de sus nexos con el Presidente, pueden atemperar algunas de sus decisiones. Dichas organizaciones, ancladas en un denso tejido familiar y territorial, anteceden a la creación del instrumento político y tienen gran legitimidad en su seno. Convertido en el principal movimiento político del país, sin embargo, el MAS carece

²⁵ Sobre la desconfianza del entorno político de R. Correa con los partidos políticos y su distanciamiento de los movimientos sociales, ver F. Ramírez Gallegos (2007), “¿Giro en la izquierda?”, *Revista Entre Voces*, No. 7, GDDL – Quito.

de un efectivo aparato partidario. Ello, y la permanente interacción de Evo Morales con los militantes de tales organizaciones, vuelven muy laxos los límites entre el instrumento político y los movimientos sociales y permiten que las bases ‘masistas’ sean muy sensibles al espacio en que estos últimos se desenvuelven²⁶.

Para los líderes transformadores con partidos políticos institucionalizados el problema del cambio se presenta, prioritariamente, en las arenas del desarrollo económico nacional y de la justicia distributiva (equidad, combate a la pobreza, etc.). Sus organizaciones ocupan ya un espacio reconocido en el sistema político y, aunque busquen ampliar su margen de influencia pública en él, incorporar nuevos sectores sociales en el proceso democrático o incluso realizar ciertas reformas institucionales, no pretenden y no les hace falta recomponer integralmente el régimen político.

Por el contrario, para los líderes transformacionales emergentes y sin partidos políticos estructurados más o menos institucionalizados, la posibilidad del cambio se ha presentado como una ruptura radical y conflictiva con el ‘modo de organización social’²⁷ en su conjunto y dentro de éste, en primer término, con el orden político en el que no han tenido cabida. Su agencia política no busca únicamente, entonces, sacar a sus sociedades de un estado de crisis social específico sino, a la vez, reconfigurar el espacio político en la perspectiva de ampliar las condiciones que les permitan instituirse en el tiempo y consolidar el proceso de cambio que abanderan. Crisis y cambio aparecen, así, como problemas eminentemente políticos que requieren alterar los escenarios y las relaciones de poder vigentes. Ahí el lugar de las Asambleas Constituyentes y el peso de los liderazgos políticos como mecanismos institucionales para la refundación de la comunidad política²⁸, la apertura de regímenes políticos restringidos, y la recomposición del orden político.

²⁶ Ver Hervé Do Alto, 2007, “El MAS-IPSP boliviano, entra la protesta callejera y la política institucional”, en *Reinventando la nación en Bolivia*, Karin Monasterios et. Al. (editores), La Paz: CLACSO-Plural.

²⁷ O. Ozlak (2007) plantea que este concepto integra los componentes de desarrollo económico, gobernabilidad democrática y equidad distributiva y no se limita al problema de los sistemas democráticos o del Estado democrático (pp. 50). Ver, “El Estado democrático en América Latina. Hacia el desarrollo de líneas de investigación”, *Nueva Sociedad* No. 210, julio-agosto, Buenos Aires.

²⁸ Garretón señala que la denominación de populistas a los nuevos regímenes progresistas de la región olvida que, a diferencia de los “populismos clásicos”, los vigentes procesos políticos no buscan incorporar a nuevos actores sociales en una comunidad política previamente existente sino que procuran crear una nueva comunidad política. Ver, Garretón, M. A. 2006. “Modelos y liderazgos en América Latina”, *Nueva Sociedad* No. 205, Buenos Aires.

Si, en el primer caso, el proceso de cambio opera bajo el impulso de la agencia transformadora pero desde el interior del sistema político, aún si en tal dinámica se incorporan nuevos actores sociales, en el segundo el cambio transcurre en la perspectiva de la construcción de una nueva comunidad política y por medio de un conflictivo proceso de movilización y politización social encausado desde los nuevos líderes transformacionales.

La pregunta es, en uno y otro caso, si las plataformas organizativas –llámese partido o movimiento político– en que se sostienen los procesos de cambio que hoy vive la región son lo suficientemente complejas, amplias, plurales y dialogantes como para involucrar a la sociedad en el proceso democrático y recuperar así la confianza, el anclaje popular y la dimensión utópica que algún día tuvo la política progresista. Para responder a tal cuestión, de un modo que pueda captarse la riqueza y la heterogeneidad de las experiencias aquí analizadas, se ha dividido el texto en dos grandes partes.

En la primera se presentan un conjunto de artículos que hacen referencia a la experiencia de construcción y unidad de los partidos y movimientos políticos en Colombia, Bolivia, Brasil, Uruguay y Chile. Se intercalan allí los textos de militantes e intelectuales ligados a cada proceso organizativo, con los comentarios de dirigentes políticos de algunas de las fuerzas progresistas ecuatorianas.

En un segundo momento, el texto presenta cinco artículos que hacen un recuento de los procesos de estructuración de alianzas, bloques y fuerzas de coalición en el campo de las izquierdas ecuatorianas. Si bien se enfatiza en el análisis político de las tres últimas décadas, con la discusión del proceso de unidad gestado por el Frente Amplio de Izquierda (FADI) en los años 80, la políticas de alianzas del movimiento indígena y Pachakutik en los 90, y la emergencia de Alianza País en el segundo lustro del nuevo siglo, también se deja lugar para la reflexión acerca de la experiencia histórica de unidad partidaria de la izquierda ecuatoriana en el 28 de mayo de 1944, una de las experiencias de masas más importante del siglo XX.

Agradecemos, finalmente, a todos los participantes en el evento que dio forma a esta publicación: Agustín Canzani, Alberto Acosta, Andrés Páez, Augusto Barrera, Edgar Isch, Fernando Cordero, Gilberto Talahua, Gustavo Ayala, Gustavo Larrea, Iole Iliada, Joao Victor, Jorge Guamán, Luis Carlos Valencia, Marcelo Schilling, Marc-Saint Upéry, Martha Roldós, Moira Zuazo, Nelson Berrio, Norman Wray, René Maugé, Ricardo Carrillo, Ricardo Patiño, Roberto Conde, Santiago Escobar, Santos Ramírez, Silvia Vega y Xavier

Buendía; y esperamos que el texto sea parte de un amplio y necesario diálogo político sobre la compleja vida partidaria y organizativa de las fuerzas progresistas de la región.

uno

Representación, participación y democracia

El discurso inaugural del Seminario “La innovación partidista de las izquierdas en América Latina” realizado el 16 y 17 de octubre 2007 en Quito – Ecuador sostuvo que la renovación de los partidos políticos progresistas pasa por la articulación entre representación política y participación ciudadana; y por extender el margen de representación social de lo gremial o corporativo hacia los grupos excluidos de la sociedad, mayoritarios en América Latina.

ALBERTO ACOSTA

Alberto Acosta / Economista. Ex-presidente de la Asamblea Nacional Constituyente del Ecuador (2008) por Acuerdo País.

El seminario “*La innovación partidista de las izquierdas en América Latina*” tiene una larga historia, pues es parte de un proceso por medio del cual el ILDIS ha buscado incansablemente el fortalecimiento de las fuerzas políticas y sociales democráticas de izquierda en el país. Es, además, parte de un esfuerzo, lamentablemente no siempre bien cristalizado, de unión de la tendencia.

Para discutir sobre las izquierdas, se plantearán algunas ideas acerca de la situación de los partidos políticos, no pretendiendo decir nada nuevo, sino más bien, aportar con elementos específicos para reflexionar acerca de su posible innovación.

No es desconocido el papel jugado por los partidos políticos en la consolidación de los Estados modernos, como actores fundamentales aceleradores del ocaso del régimen oligárquico liberal. Su desempeño a través de la conformación de redes y relaciones sociales vinculadas a una participación política y el sucesivo fortalecimiento de las estructuras partidistas posibilitaron la consolidación del Estado. La acción e influencia de los partidos políticos, contribuyó largamente para la integración social de los países en la región, sociedades sobre las cuales estamos, en este momento, tratando de construir una opción diferente. No obstante, estos partidos centrados en la elaboración, en el control y la aplicación de normas y leyes a través del Gobierno, entraron como todo modelo económico, social y político, en crisis.

La crisis de los partidos y las políticas estado-céntricas se sintieron en toda la región y de diversa manera en cada uno de nuestros países. El cambio de orientación de un modelo estado-céntrico, hacia otro modelo mercado-céntrico provocó una indefinición y deterioro de los partidos políticos tradicionales. La mercantilización de las relaciones económicas, sociales y políticas no dejó de lado a la organización partidista.

“Menos Estado, más mercado” fue la divisa y razón en los años neoliberales. Los partidos políticos se transformaron en sociedades casi anónimas, dispuestas a cambiar de ideología y de discurso tantas veces como sea necesario para conseguir el triunfo en el mercado electoral. Tal realidad debe ser ubicada y reconocida en muchos de los partidos políticos de Ecuador.

Las organizaciones partidistas no buscaron convencer al electorado a través de programas sino que trabajaron como empresas mercantiles al

identificar preferencias en las mayorías y asegurar las elecciones y el control del poder. Al primar los productos políticos, los partidos actuaron como empresas que, además, pregonaron el individualismo sobre la colectividad. Desde esta perspectiva, el poder dejó de ser un instrumento para el cambio de la realidad existente y se tornó un fin en sí mismo. Los partidos políticos muchas veces se transformaron en herramientas de acceso al poder, lamentablemente atendiendo a las demandas de grupos oligárquicos y transnacionales.

Como dice Carol Murillo en un artículo recientemente publicado “el Estado mínimo provocó el aborto de lo público”, se dio paso a una creciente apatía y repliegue de la política. Incluso, como señala el interesante trabajo del sociólogo colombiano Orlando Fals Borda sobre la realidad de la izquierda en Colombia: la negación voluntaria de lo político terminó por atizar la crisis de los partidos políticos, los cuales en muchas ocasiones dejaron de hacer política seria, cambiando a ésta por politiquería o simplemente un ejercicio electoral coyuntural. Estos “bandazos” y la falta de coherencia se terminan por pagar: basta con observar los recientes resultados electorales¹ del Ecuador.

Cabe enfatizar que se plantea una reflexión sobre los partidos políticos no necesariamente desde ellos, sino desde los cambios estructurales a nivel regional e internacional. Tanto las perspectivas estado-céntricas y las mercado-céntricas como formas de organización de la sociedad, no tienen futuro si se las concibe y practica como unidades autónomas y aisladas. El Estado neoliberal fracasó y lo seguirá haciendo si se apunta por esta vía.

La centralidad del Estado o del mercado, dos orientaciones de organización sistémica, no deben ser pensados sin un tercer componente. Para utilizar los términos de Franklin Ramírez, “el tercer elemento requerido es la sociedad civil o el poder social creciente que logre normar al mercado y al Estado”², con capacidad para controlar y subordinar al poder económico, la propiedad y los recursos; y que a su vez, controle al poder estatal en tanto elaboración y formulación de normas luego aplicadas en la vida política.

¹ Se refiere a los resultados de las elecciones nacionales, realizadas en septiembre 2007, para elegir a los representantes a la Asamblea Nacional Constituyente (N.d.e).

² Franklin Ramírez Gallegos, 2007, “Poder social y democracia participativa”, (inédito).

Este “poder social” con capacidad de movilizar a la ciudadanía, para realizar voluntariamente acciones colectivas cooperativas tiene que ser impulsado desde diversas instancias. Es importante, entonces, que los partidos políticos reconozcan no solo sus problemas casa adentro sino que traten de entender la realidad social y política de nuestros países y asumir los retos para su re-configuración y reordenamiento

Los partidos políticos de izquierda, en particular, habrán de entender que no basta con que sean representantes de grupos gremializados, o de un sector específico; sino, procurar representar a los distintos grupos excluidos de la sociedad, los cuales en nuestro país y en toda América Latina, son la mayoría.

Recuperar el discurso y la apuesta por la equidad, implica entender las inequidades en plural, puesto que existen inequidades sociales, económicas, de género, ambientales, generacionales, étnicas. Todas inmersas en la misma matriz político-histórica en la que viven nuestros pueblos. Los partidos políticos deberán tener, entonces, la capacidad para entender esas inequidades y dar respuestas coherentes a esos planteamientos.

Los partidos políticos tienen que interpretar y servir a las necesidades de las grandes mayorías y no de los grupos de poder, eso implica un incremento de la participación ciudadana en la toma de decisiones, ‘más y más ciudadanía’ es una de las respuestas fundamentales para la configuración de nuevos partidos políticos. Impulsar la apertura del Estado a la sociedad civil para la construcción de derechos y sentidos comunes que posibilitarán las acciones colectivas requeridas para desatar el poder social fortalecido.

Ello implica, además, pasar a una democratización de los partidos políticos desde su interior: no es posible construir una sociedad democrática con partidos políticos autoritarios. El proceso de construcción de una sociedad democrática es una de las tareas que tenemos entre manos y eso implica no solamente trabajar dentro de los partidos, sino que, en la gestión social pública haya una creciente participación ciudadana, avanzar hacia la construcción de instituciones democráticas sólidas que garanticen los cambios estructurales.

En la actualidad los partidos políticos tienen que ser actores fundamentales en el ámbito internacional reconociendo que hay una relación conflictiva y a la vez constructiva con la globalización. Ésta no vista únicamente desde el capitalismo; sino desde las fuerzas contestatarias al sistema dominante,

rescatando como concepto fundamental la soberanía, no la soberanía de los siglos XVIII - XIX encerrada en las fronteras, sino la construcción de soberanías compartidas con los países vecinos como elemento crucial de dignificación ciudadana, que configure escenarios y relaciones internacionales democráticas.

Por último, los partidos políticos no pueden renunciar al horizonte político, a la perspectiva cultural y al reconocimiento de la importancia de la educación. Importantes sectores marginados de la sociedad odian la política, no creen en ésta, y no ven soluciones políticas; sentido de realidad impulsado en los años de partidos y políticas mercado-céntricas impuestas por las reformas estructurales del Consenso de Washington. Si ello continúa así, no hay posibilidad de generar soluciones a largo plazo. Es vital, expandir las capacidades para producir sentidos compartidos y recuperar la política para terminar con los analfabetos políticos.

Para terminar, cabe recordar las palabras del célebre dramaturgo alemán Bertolt Brecht, “el peor analfabeto es el analfabeto político, el que no oye, no habla, no participa en los acontecimientos políticos; no sabe el analfabeto político que el costo de la vida, el precio de los frijoles, del pescado, del calzado, de las medicinas depende de las decisiones políticas. El analfabeto político es tan animal que se enorgullece e hincha el pecho al decir que odia a la política, no sabe el imbécil que de su ignorancia política proviene la prostituta, el menor abandonado, el asaltador y el peor de los bandidos —¿Quién es el peor de los bandidos?, el politiquero aprovechador, embaucador, el corrompido, lacayo de las grandes empresas nacionales y extranjeras.”

Primera parte

Los partidos y movimientos

políticos

de las
izquierdas en
el siglo XXI

dos

El Polo Democrático Alternativo de Colombia

El texto introduce la reflexión sobre la conformación del Polo Democrático Alternativo como nuevo espacio de articulación para los sectores políticos de izquierda en Colombia y, con mayor fuerza, en la ciudad de Bogotá. Explora también los elementos necesarios para construir y consolidar una plataforma política pluralista que combine el pragmatismo político con la defensa de los ideales clásicos de las corrientes progresistas.

NELSON BERRIO REYES

Nelson Berrio Reyes / Integrante del Comité Ejecutivo Nacional - Polo Democrático Alternativo (PDA) – Colombia.

Idealismo y pragmatismo en conformación de la izquierda en América Latina

Un tema de permanente discusión en las izquierdas de América Latina es el debate sobre *pragmatismo e idealismo*. Parece que al obtener pequeños o grandes triunfos políticos, como sucede en la vigente coyuntura, esa discusión se hace más evidente.

El pragmatismo da cuenta, entre otros aspectos, del éxito en una elección. El centro de las actividades de un partido político suele orientarse a asegurar la ganancia en todos los procesos electorales y a justificar la realización de diversos tipos de alianzas para mantener los debidos márgenes de gobernabilidad: se trata de una visión pragmática que descuida los procesos ideológicos y organizativos. Debilitar un proyecto de largo plazo por ganar elecciones es el error de este planteamiento.

El idealismo, a pesar de sus fallas, permite hablar de libertad, de revolución, de obtener el poder y enfatizar en procesos ideológicos de disputa a largo plazo. Pero si el idealismo no se concreta en resultados que animen al pueblo a sumarse a la iniciativa los sueños no se harán realidad. Es urgente entonces, buscar un equilibrio entre concretar los ideales y ganar el poder. Para ello, seguramente, habrá que acudir a un poco de pragmatismo. No se debe descartar los sueños; los ideales son siempre difíciles de alcanzar, más no imposibles.

En Bogotá el PDA tiene que ganar unas elecciones: las del 28 de octubre 2007. Al mantenerse en la Alcaldía de la capital¹, se ganará las elecciones a mediano plazo en la República de Colombia. El ideal se puede concretar al llegar al gobierno, no obstante, el debate acerca del pragmatismo y el idealismo debe ser permanente en la izquierda.

En Colombia la izquierda no ha obtenido tantos resultados como en otros países latinoamericanos, sin embargo, es necesario ser mesurados. Cuando se empieza a ganar, el triunfo puede deslumbrar y convertirse en elemento negativo para el proceso a largo plazo; no hay que minimizar los triunfos, sino ponerlos en su real dimensión.

¹ El Polo ganó por primera vez la Alcaldía de Bogotá en el 2004 a través de la candidatura de Lucho Garzón.

Lo que vive el Ecuador en estos momentos es una ganancia para la izquierda y por supuesto hay que valorarla, sin sobredimensionar los logros. Una vez en el gobierno y al ejercer el poder real, es necesario orientar la consolidación del proceso político y ser consecuente con los postulados revolucionarios; esto se demostrará de acuerdo a las maneras de actuar y de relacionarse con los sectores populares y con la sociedad en general. Ya en el gobierno, se debe mejorar las relaciones con los amigos de lucha, con los compañeros de otros partidos políticos realizando amplias alianzas; en esas prácticas se comprueba si se actúa triunfalista o no.

Modos de organización de una plataforma política

Otro elemento para la reflexión gira en torno a la pregunta de cómo organizar un partido y/o movimiento con una estructura orgánica que permita consolidar la ganancia electoral y acumular los años de resistencias sociales y de lucha militante de los distintos partidos de izquierda. Esta es una inquietud permanente en el PDA-Colombia. Cabe puntualizar que cada país, cada experiencia, tiene sus realidades por lo que no se puede trasladar mecánicamente tales experiencias, sino aprender de la riqueza de cada una de ellas. El PDA actual puede tener aspectos similares al Frente Amplio de Uruguay pero son procesos distintos. No hay ninguna experiencia similar aunque existan rasgos parecidos. Cada proceso, cada país, tiene su forma de construir partido y/o movimiento. Es un debate y una exploración permanente.

Un reto para el PDA es hacer realidad la participación de la militancia en las decisiones fuertes del partido. Si bien, discursivamente, apelar a la participación suena bien, ¿de qué manera pueden participar 150 mil, 250 mil, 550 mil militantes en las decisiones de la organización?

Es una pregunta no resuelta. ¿Bajo qué mecanismos, métodos y políticas se garantiza una participación y deliberación democrática? En los diferentes talleres y espacios de discusión en los cuales, por ejemplo, asiste un grupo de 100 personas, 5 o 10 de ellas trabajan activamente, ¿en 550 mil personas cuántos van a participar permanentemente? ¿Será que 50 mil participan activamente y los otros 500 mil opinan o son simplemente espectadores-electores?

Lograr que toda la militancia opine o participe no se ha logrado aún en Colombia y difícilmente se ha logrado en otros países. Este es uno de los retos a superar: ¿cómo hacer real la participación dentro de los movimientos

y/o partidos políticos de izquierda? Se habla insistentemente de la participación popular, no obstante, los mecanismos aún no se han concretado.

Otro tema importante es incentivar la participación de las personas no organizadas. Camilo Torres, el sacerdote, dijo: “sobre todo hay que organizar a los no alineados, a los no organizados”, pero ojo, no por organizar a los no organizados se desestime la vitalidad de los ya organizados. Hay que hacer un equilibrio entre los dos.

Un cuarto elemento para la reflexión es la necesidad de concientizar, educar, y formar a ciudadanos y militantes. Se trata de una dificultad permanente de cara a los procesos electorales. La gente no vota a conciencia, por programas políticos o por ideologías; sino, por ofertas coyunturales. Seguramente no se logrará concientizar a millones y millones de personas, pero si se empieza a trabajar poco a poco por un voto a conciencia, un voto inteligente, un voto programático, será positivo a largo plazo para los partidos de izquierda. En el caso colombiano esta experiencia es aún lejana.

Una última preocupación se refiere al tema de la unidad. La unidad es una construcción permanente. Unificar es complejo porque implica relacionarse con compañeros de otros grupos y de otros partidos, generalmente al no encontrar acuerdos, se los rechaza definitivamente, en lugar de buscar consensos. Existen aún sectarismos en las experiencias de unidad.

Se debe rescatar y promover lo dicho en este seminario: la unidad de los movimientos y partidos políticos es el valor fundamental para que la izquierda en América Latina, ahora en el gobierno, llegue a ser poder. La unidad de la tendencia es fundamental para fortalecer el poder popular.

tres

Certezas, paradojas e incertidumbres del Polo Democrático Alternativo

El texto realiza un análisis desde la teoría política a la conformación del Polo Democrático Alternativo en Colombia, caracteriza brevemente la correlación de fuerzas existe en la arena política, y finalmente plantea las posibilidades que se abren con un proceso que rompe el tradicional bipartidismo liberal-conservador.

LUIS CARLOS VALENCIA

Luis Carlos Valencia / Universidad
Javeriana – Colombia.

El siguiente abordaje parte de una perspectiva de análisis de ciencia política académica. Octavio Paz en un famoso mensaje corto llamado “Mi búsqueda del presente”, recordaba que los poderes imperiales quitaron a América Latina su conciencia del presente. A partir del momento en que escuché por televisión que parte de la victoria de la Segunda Guerra Mundial fue llevada a cabo por el gobierno de los Estados Unidos, los cuales recuperaron la libertad, el progreso y la democracia, tomé conciencia de que aquellos conceptos y valores perdieron sentido en América Latina y que nos fueron usurpados.

Considero que el Polo Democrático Alternativo es un ejemplo de cambio fundamental puesto que expresa la búsqueda, aún incierta, por recuperar la conciencia y la acción en el presente de los pueblos de América Latina; elementos que marcan todas las dificultades y también las posibilidades del PDA en Colombia.

La ‘estructura profunda’ del PDA se constituye por un proceso político-social complejo, en el cual confluyen pasados y presentes de movimientos, luchas, derrotas y hondos sacrificios de la izquierda. Es necesario reconocer que sin el sacrificio de miles de activistas y de dirigentes sindicales en Colombia, hoy no existiría este proyecto político.

Pero, ¿cuáles son los límites para analizar el proceso del Polo?, existen por lo menos tres límites:

1. Es un proceso en curso, abierto y muy reciente; caracterizado no por la certeza sino por la protesta y por la incertidumbre permanente.
2. Es un proceso, en el contexto de la crisis orgánica colombiana, donde se encuentran en juego todas las fuerzas que plantean una reconstrucción política de mediano y largo plazo, re-articular las relaciones de poder, y;
3. El proceso atraviesa por una confusión teórica-epistemológica, suscitada por una debilidad en el análisis de la ciencia política colombiana, tanto desde los líderes y dirigentes directamente implicados en el proceso del Polo, como desde los académicos.

Dentro de este contexto, lo novedoso del PDA son sus paradojas y sus incertidumbres.

Primera paradoja: el PDA expresa el tránsito del sistema político colombiano de un bipartidismo cerrado, liberal-conservador, a un sistema de pluralismo partidario. La paradoja consiste en que esto sucede en medio de una polarización entre sectores de derecha y sectores de izquierda.

El ‘polo de derecha’, aglutinado alrededor del Presidente Uribe, se centra en 4 ejes fundamentales: una respuesta altamente personalizada y mediática del sistema político tradicional ante la crisis de los partidos y de las facciones políticas tradicionales. Se trata de una derecha articulada en la personalidad del Presidente Uribe.

En segundo lugar, una estrategia de carácter autoritario, de seguridad democrática, como proyecto constructor de orden político, al que se puede denominar “democracia vigilada”. La excepcionalidad es el paradigma político del gobierno de Uribe: un alto nivel de centralización de las decisiones fundamentales en el poder ejecutivo, la no deliberación y la construcción de una política mediada por la polarización entre amigos y enemigos; en donde cualquier crítica o discusión política sería frente al gobierno es calificada inmediatamente como terrorista y aliada de las fuerzas insurgentes.

En tercer lugar un presidencialismo exacerbado y extremo como la piedra angular del régimen político con una alta concentración del poder; y finalmente, una profunda unidad con las elites económicas alrededor de la continuidad y la profundización del modelo económico neoliberal.

Para caracterizar la polarización del PDA conviene citar los cuatro puntos anteriores: el Polo frente a la crisis del bipartidismo aparece, en amplios sectores sociales de clases medias especialmente urbanos, como una opción política viable frente al desprestigio de los partidos tradicionales.

En segundo lugar, lo que posibilita la aparición del PDA es que surge como una opción de oposición al gobierno de Uribe, expresando por tanto, una propuesta alternativa al paradigma del autoritarismo. Implica una solución democrática al conflicto armado, un acuerdo humanitario para la liberación de los retenidos por las FARC, apertura democrática, pluralismo político, etc.

Tercero, el pueblo aparece por primera vez como proyecto de unidad dentro de la coalición de las fuerzas de izquierda y democráticas, alrededor de

la promoción fundamentalmente de candidaturas electorales unificadas. Por último, el proyecto de unidad del PDA incorpora un cuestionamiento al modelo neoliberal imperante y plantea alternativas de desarrollo.

Tal es al lado promisorio del trabajo político, aún del todo incierto, del PDA en Colombia.

cuatro

El Polo Democrático Alternativo y la izquierda ecuatoriana

Edgar Isch realiza una lectura interpretativa de la experiencia del Polo Democrático Alternativo y lo relaciona con la experiencia de los partidos políticos de izquierda en la región. Ensayo un análisis comparativo con el proceso político actual en el Ecuador y afirma que toda organización de izquierda debe tener como horizonte político terminar con las estructuras del capitalismo.

EDGAR ISCH LÓPEZ

Edgar Isch López / Movimiento Popular Democrático - Ecuador

La exposición de Nelson Berrio, representante del Polo Democrático Alternativo, así como las opiniones del académico Luis Carlos Valencia, permiten establecer algunas relaciones con el momento que viven las izquierdas en el Ecuador. La primera, hace referencia al hecho de que el Polo Democrático Alternativo (PDA) como toda organización con peso social, es un resultado histórico y, al mismo tiempo, una expresión de la correlación de fuerzas en Colombia. Esto ratifica que la unidad no es sólo una cuestión de voluntad política, por importante que esta sea, sino que es preciso contar con las condiciones concretas, nacionales e internacionales, que permitan materializar las voluntades en un nuevo nivel de organización.

El otro aspecto es que la unidad ha requerido superar la existencia de programas coyunturales en los cuales los puntos comunes afloran con facilidad, para dar paso, en el caso del PDA, a un ideario común, es decir a un programa con perspectiva estratégica. Esto es comparable con la diferencia entre estar juntos, como lo hemos realizado la mayoría de organizaciones populares en lucha contra el TLC y por la caducidad del contrato de la OXI, y el estar unidos como debemos hacerlo para empujar un proceso histórico y compartir la responsabilidad de ese caminar.

Un ideario o programa común unifica pero al mismo tiempo debe marcar los límites de quienes pueden ser incluidos. Hace pocos años, las escasas fuerzas que sostenían la necesidad del socialismo, eran calificadas como “dinosaurios”; pero hoy, por condiciones conocidas, hasta derechistas históricos se presentan como “izquierdistas” y a favor de un “socialismo” que nunca definen. La distancia entre las palabras y las definiciones, entre lo que se dice y lo que se hace, debe ser superada al máximo nivel posible en la construcción del ideario común para que, quienes lo suscriban, puedan mirarse entre sí como compañeros de ruta.

Condiciones concretas favorables, voluntad política de unidad y el ideario se deben complementar con acciones y objetivos concretos. Es allí donde se expresa la fuerza de la unidad y es también lo que le da vida. Sin retos como los electorales y los de otras luchas, el Polo Democrático Alternativo no sería lo que es, así como ningún esfuerzo unitario podría madurar sin tareas planteadas para el cumplimiento con el aporte de todos los vinculados.

Un programa que a la vez se presente ambicioso y alcanzable, requiere de acciones y comunicación para mostrarse como alternativa al viejo poder y como solución a las necesidades de las mayorías violentadas en sus derechos.

El Polo, se nos ha dicho, tiene más bien una ‘composición frentista’ (de Frente Amplio) la cual permite que, sin separarse del ideario común, cada organización integrante o líder individual tenga la capacidad de aplicarlo de manera descentralizada. Ello nos habla de un reto viejo para la izquierda en el Ecuador, la generación de liderazgos colectivos dados desde las organizaciones políticas, pero también de liderazgos individuales que sean capaces de representar la tendencia. Por supuesto, al hablar de organizaciones políticas se entiende que alguien de izquierda no puede caer en la trampa posmoderna del anti-partidismo y otras formas de destrucción de la capacidad de acción colectiva.

Es importante también observar cómo en América Latina las fuerzas democráticas, patrióticas, progresistas y de izquierda han asumido la opción de ser gobierno. Incluso hay casos en los que fuerzas de estas características han logrado la victoria electoral y han iniciado gobiernos de distintos niveles de radicalidad en los cambios. Lo importante es ver más allá, considerar no solamente la opción de ejercer gobierno, sino ser opción de poder. Es decir crear un nuevo poder de los trabajadores y los pueblos que solo posible en una nueva sociedad: en la sociedad socialista.

La lucha por el poder involucra el desarrollo de una acción que no se quede en el nivel de lo contestatario y que vaya más allá de una visión sectorial o particular y pase a un enfoque integrador y general de la política. Esa es una lección importante de cara a una nueva Asamblea Constituyente que se coloca en condiciones muy distintas a la de 1998, cuando cada organización popular luchó por los aspectos que le eran más cercanos, pero sin incidir en las disputas generales por donde se definió la ‘constitucionalización’ del neoliberalismo.

Y, por otro lado, involucra un proceso de acumulación de fuerzas. En el caso del PDA, se nos ha dicho hay algunos líderes que vienen del derechista Partido Liberal y eso recuerda a algunos derechistas que han sido calificados como “infiltrados” alrededor del gobierno democrático y patriótico de Rafael Correa. Sin embargo, una cosa es hablar de líderes de la derecha y otra de quienes fueron votantes de esos partidos, pues la mayoría de esos votantes vienen de sectores empobrecidos engañados por la demagogia de ofrecer solución a los problemas. En muchas ocasiones, las fuerzas de izquierda se disputan un mismo sector social, un estrecho marco de electores; cuando para ganar fuerzas hay que, ante todo, quitarle la base social a la derecha en los sectores populares.

El peso de lo electoral no reduce la importancia de otros escenarios de lucha en las que se expresan políticamente las contradicciones de clase y las inequidades de otra naturaleza. Pero también hay que comprender que todas las luchas deben complementarse con una construcción orgánica en la que las masas –vistas como sectores populares y no como sujetos manipulables– se conviertan a sí mismas en sujeto histórico de la transformación social.

Es importante también considerar un peligro actual, que es el concebir a la izquierda en función de lo que la derecha quiere, de lo que la derecha trata de colocar como “moderno”, “sensato”, “inteligente”. Es imposible para alguien verdaderamente de izquierda identificarse con la “izquierda” que la derecha pide; la izquierda no debe hacer lo que la derecha quiere, así como ellos no harían lo que nosotros quisiéramos, si acaso les dijéramos, que deseamos una derecha que renuncie a sus privilegios, que plantee el socialismo, etc.

Definiciones necesarias en las izquierdas

La izquierda tiene que definirse a sí misma. Y, ¿qué es izquierda, más allá de su relación con las causas de las masas populares y sus organizaciones? La izquierda está constituida por aquellas fuerzas, organizaciones y personas que se plantean la necesidad de superar el sistema capitalista y avanzar hacia el socialismo. Se podrá encontrar por tanto una izquierda revolucionaria (de la que forma parte el MPD), izquierdas reformistas, izquierdas anarquistas, izquierdas marxista-leninistas, pero todas con el norte de terminar con el capitalismo. Línea de conducta muy distinta a la de aquellos que pueden plantear simple y llanamente actitudes anti-neoliberales, buscando darle rostro humano al capitalismo.

Pero el capitalismo, con contenido neoliberal o no, es la muerte física de seres humanos a favor del lucro individual de algún otro, es la muerte de la esperanza de los pueblos, es la muerte de la naturaleza a manos de la ambición y la competencia. Y la muerte, por más que tenga careta humana, seguirá siendo muerte. Cualquier transformación que no involucre el cambio de este sistema de oprobio y explotación, es en última instancia una trampa que, aunque puede ser bien intencionada, alarga la vida del capitalismo y constituye un peligro en el que esperamos que el pueblo latinoamericano no caiga.

Esta definición de la izquierda ligada a la idea del socialismo como sistema social superior, conduce a plantear la necesidad de la construcción del Poder Popular. Para nuestro movimiento (MPD) se trata de observar y recuperar el socialismo científico, que nació como teoría y práctica con Marx y Engels, y que deberá aplicarse a las condiciones geográficas propias y a los escenarios históricos de inicio de siglo.

Extrañamente, entre quienes plantean un posible “Socialismo del siglo XXI” hay los que lo definen en contraposición con la experiencia histórica del socialismo, además llenándola de interpretaciones equivocadas o basadas en fuentes anti-socialistas. Esfuerzo erróneo ya que cuando el socialismo solo puede construirse en contraposición al capitalismo, sistema que debe ser destruido y reemplazado, utilizando todas las formas de lucha que los pueblos sientan necesarias.

La crisis de la derecha en el Ecuador

Por otra parte, tomando como referencia breve la situación nacional y el planteamiento de que la derecha en el Ecuador está muy debilitada, y que por tanto no existe oposición al gobierno, cabe comprender que, si bien la derecha ha sido fuertemente golpeada en sus expresiones políticas más tradicionales, este liderazgo ha sido reemplazado por los grandes medios de comunicación (derrotados también en la elección de asambleístas) y por otras estructuras de derecha como Movimiento UNO, proyecto muy cercano al alcalde Jaime Nebot de Guayaquil.

El voto en plancha de ciertas formaciones de derecha demuestra que existen sectores con un pensamiento ideológico reaccionario y neoliberal, de tal manera que no se puede creer que estén acabados. Habrá que ver el peso de los líderes locales en las elecciones seccionales del 2008 y si, para enfrentarlos, se acepta la constitución de frentes de unidad de las fuerzas de izquierda.

La crisis de los partidos de derecha no es solo resultado de sus errores. Es también secuela de la acción de la izquierda, de la acción del gobierno. Es fruto de la oposición popular a los gobiernos locales de derecha. De manera tal que su futuro depende, en parte, de lo que hagamos desde este lado de la orilla para debilitar su relación con los sectores populares.

No obstante, nada de lo dicho significa que los detentadores del poder económico y de los grandes medios de comunicación se quedarán inmóviles ante cualquier medida que amenace sus intereses. Hay un campo de batalla en el que apenas se están dando las primeras escaramuzas, pero que anuncia enfrentamientos más fuertes y trascendentes. No es el caso, por tanto, de una confianza que llame a bajar la guardia o a dejar el campo libre a la conspiración oligárquica.

Reflexiones finales

Por lo dicho, es necesaria e indispensable la masiva movilización popular en torno a la Asamblea Constituyente, para apoyar lo positivo del gobierno y plantear medidas que profundicen el proceso. Habrá que tratar fraternalmente las diferencias entre las fuerzas de la corriente, y enfrentar a los enemigos de los trabajadores y los pueblos del Ecuador. Dentro y fuera del escenario de la Asamblea Constituyente hay principios irrenunciables con los cuales no se puede ser condescendiente ni siquiera a nombre de lograr “consensos”: éstos son inexistentes con el contrario, pues dotar de un sentido similar a algo solo es posible entre iguales y en una sociedad de clases, no hay ciudadanos iguales.

El momento histórico en el continente trae esperanzas y compromisos. Deseamos éxitos en las próximas elecciones municipales a los compañeros del Polo Democrático Alternativo de la hermana República de Colombia. Estamos seguros que sus victorias serán parte de las victorias de las fuerzas más avanzadas de la región y dará a nuestros pueblos alternativas de verdadera integración.

cinco

El Partido de los Trabajadores: entre el poder popular y el gobierno

A partir de una referencia histórica al proceso de constitución del Partido de los Trabajadores (PT), Iole Iliada cavila sobre los retos que afrontan los partidos de izquierda especialmente cuando llegan al gobierno. Su descripción del PT como un movimiento joven conduce la reflexión hacia la consideración de los procesos políticos de izquierda como parte de una historia de transformación de los sectores populares organizados.

IOLE ILIADA LOPES

Iole Iliada Lopes / Partido de los Trabajadores (PT) – Brasil.

El Partido de los Trabajadores (PT) de Brasil cumplió 27 años en este año 2007. Somos una agremiación aún joven que aparece en su tiempo como una verdadera novedad política, ya que surge como un partido diferente a los partidos tradicionales brasileños. El PT es producto histórico de la coyuntura vivida por el país desde la década del 70 y es también heredero del acumulado histórico de las luchas de la izquierda, de los sectores democráticos, populares y socialistas de Brasil.

En la década del 70 entra en crisis el modelo de acumulación capitalista mundial y el ‘milagro brasileño’ basado en un desarrollo económico nacional promovido largamente por la dictadura militar. Los efectos económicos empiezan a sentirse en gran parte de los sectores medios y de trabajadores brasileños quienes en el plano electoral se manifestaron en contra de la crisis.

El sistema político brasileño por la fuerza de la ley de la dictadura tenía un sistema bipartidista, un partido de gobierno (ARENA²) y un partido de oposición (MDB³). El partido ARENA ganó todas las elecciones hasta 1974, después el pueblo pasa a votar por el partido de oposición expresando un cambio y una pérdida de apoyo popular a la dictadura militar.

Paralelamente los movimientos sociales empiezan a llenar las calles. En primer lugar con el movimiento estudiantil, luego el movimiento sindical con grandes huelgas en la región suburbana del ABC paulista⁴, donde se concentran las grandes montadoras automovilísticas. A partir de ahí una serie de movimientos congregan a gran parte de los sectores democráticos, populares y nacionalistas de izquierda en las luchas contra el aumento del costo de vida, y en oposición al gobierno militar.

Es interesante señalar que los antiguos liderazgos nacionalistas o de izquierda no son los protagonistas de este proceso, en parte porque varios líderes estaban exilados y otros aniquilados. La ausencia de liderazgos

² Alianza Renovadora Nacional fundada en 1966 con la intención de apoyar al nuevo gobierno militar surgido tras el Golpe de 1964. En 1980 el pluripartidismo sería legalizado y ARENA fue rebautizado como Partido Democrático Social.

³ Movimiento Democrático Brasileño fue fundado en 1966 durante la dictadura militar. Desapareció en 1979 junto al sistema bipartidista, pero fue refundado con el nombre de Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB).

⁴ Región industrial formada por siete municipios de la Región Metropolitana de São Paulo: Santo André; São Bernardo do Campo; São Caetano do Sul; Diadema; Mauá; Ribeirão Pires y Rio Grande da Serra. Fue el primer gran centro de la industria automotriz brasileña. La región es sede de diversas industrias, como Mercedes-Benz, Ford, Volkswagen y General Motors, entre otras. La presencia de industrias hizo que la región fuera la cuna del movimiento sindical en Brasil.

políticos tradicionales es un elemento importante para comprender el nacimiento del PT ya que gran parte de los activistas sociales que salen a las calles no estaban organizados en un partido. En este proceso surgen nuevos liderazgos, entre ellos el más conocido es el de Luis Ignacio Lula da Silva, actual Presidente del Brasil, pero no es el único.

Con la apertura política en Brasil a finales de la década del 70 hay un cambio en la ley electoral, pasando del sistema bipartidista a un sistema pluripartidista. En ese momento crece en el interior de los movimientos sociales el debate sobre la necesidad o no de constituir un partido, fue un debate extenso y complejo debido a diversas posiciones. Algunas apuntaron a que el movimiento permanezca como tal sin participar de elecciones y sin disputar el poder institucional; para otros no era necesario un partido nuevo sino que los sectores ingresen a los partidos más antiguos, entre ellos el propio MDB, o sacar de la clandestinidad a partidos como el Partido Comunista de Brasil (PCB), o al PCdoB, que es una fragmentación del PCB.

Retos contemporáneos de los partidos de izquierda

En este debate prevaleció la idea de que los trabajadores necesitaban de un partido político. En el Manifiesto de Fundación del PT se cita: “...queda cada vez más claro para los movimientos populares que sus luchas inmediatas específicas no bastan para garantizar la conquista de los derechos y los intereses del pueblo trabajador”. Como la lucha contra la dictadura no avanzaba, prevaleció la idea de formar un Partido de los Trabajadores organizado, controlado y dirigido por representantes de los trabajadores.

La literatura sobre el PT acostumbra decir que el partido posee 3 matrices principales: el sindicalismo combativo, el nuevo sindicalismo que surge de las grandes huelgas de la región de ABC paulista, y, los cristianos progresistas integrantes de sectores de la iglesia católica ligados con la Teología de la Liberación. Estos últimos cumplieron un rol importante durante el periodo militar en la organización popular y en la protección a sectores de izquierda que sufrían persecución política o vivían en la clandestinidad.

De estos hechos se deduce el carácter plural de la organización partidaria del PT. Parece importante entonces señalar que diversas de las reflexiones y problemas en debate hoy para los partidos que se forman en esta década en América Latina estaban también presentes en la conformación del PT a finales de la década del 70 e inicio de los años 80.

¿Qué desafíos y reflexiones afrontan los nuevos partidos de izquierda? En primer lugar garantizar la participación efectiva de los militantes en las decisiones partidarias. En el caso del PT el reto fue que no se convierta en un partido electoral sino que sea un partido militante con inserción en las luchas sociales.

El otro desafío fue conciliar la pluralidad de fuerzas en su formación sin perder la centralidad política, la capacidad de funcionar como un partido con dirección centralizada. El PT desde su nacimiento decidió no funcionar como un frente sino funcionar como un partido.

Las respuestas a estos desafíos no son ciertamente las mejores y no están exentas de problemas y contradicciones, sin embargo, son experiencias sobre las cuales vale la pena pensar y aprender. Para garantizar la democracia partidaria fueron establecidos al menos tres mecanismos fundamentales:

1. Organización territorial de base, de abajo hacia arriba, a través de instancias municipales, estatales y nacionales de tal suerte que las instancias inferiores tengan efectivamente poder decisorio, y sean llevadas a las instancias superiores mediante elecciones de delegados y delegaciones para los encuentros nacionales;
2. Organización por núcleos, mecanismo considerado por muchos como lo más novedoso, es una forma interesante de descentralización política que sigue el modelo organizativo de la iglesia católica, o al menos recibió una gran influencia de ella. Consiste en pequeños grupos de “PTistas” agrupados por barrios, por locales de trabajo, por categorías profesionales, por movimientos de acción, núcleos de mujeres, núcleos jóvenes, etc., son núcleos constituidos de forma descentralizada y que permiten, teóricamente al menos, un contacto más cercano del partido con las comunidades y grupos; y,
3. Mecanismo de proporcionalidad en las elecciones de todas las instancias y órganos dirigentes del partido. Este elemento no fue incorporado desde el principio cuando el PT tuvo problemas para administrar la pluralidad de fuerzas internas, sino que fue un ejercicio por reglamentar el derecho a las tendencias dentro del partido. Se reconoció a las tendencias como agrupamientos políticos con derecho a expresar posiciones propias, formas organizativas, pero que no pueden funcionar como partido dentro del partido.

Hasta el 2005 las elecciones del PT se realizaban directamente por delegados reunidos en un Congreso, a partir del 2005 las direcciones en todos los niveles son electas directamente por los afiliados en un Proceso de Elección Directa llamado “PED”, en el cual las tendencias organizadas participan de elecciones con listas y candidaturas propias para la presidencia.

En septiembre 2007 se realizará una elección para todos los niveles. Participarán, en la disputa de la presidencia del Partido de los Trabajadores, 7 candidaturas de diversas tendencias y a veces alianzas entre tendencias internas. Es un elemento muy importante, algunos militantes dicen que las tendencias son el problema del PT: yo pienso que las diferentes tendencias son una de las garantías de la dinámica y de la democracia partidaria. Es la mejor manera de resolver las divergencias internas sin perder las respuestas a los desafíos de ser un partido político que dirige políticamente un proceso, en el sentido de ser el intérprete de un proyecto político y de un proyecto estratégico.

Partidos de izquierda en la conducción del gobierno

En Brasil ahora somos el partido del Presidente de la República, y esto trae una serie de contradicciones. La mayor dificultad encontrada en el proceso es justamente la relación entre partido y gobierno. Cuando un partido de izquierda llega al gobierno se enfrenta a un Estado de hegemonía económica neoliberal y a una correlación de fuerzas no favorable, entre otras limitaciones. El difícil aprendizaje de este proceso es tener presente que el partido debe mantener su autonomía en relación al gobierno, apoyarlo con una visión crítica sin olvidar que estar en él es una contingencia histórica: el partido, sin embargo, es un proyecto mayor que no puede ser sometido a contingencias históricas y al tiempo de duración del mandato político.

Para concluir, el PT nace como un partido que tiene claro que tanto la lucha institucional como la lucha social son importantes, las transformaciones sociales sólo se obtendrán si se conjugan los dos frentes de acción. Para lo cual el partido no puede olvidar su autonomía, el partido debe estar y apoyar al gobierno pero su proyecto es permanente.

seis

Por una Fuerza Política de Izquierda

NORMAN WRAY REYES

El texto ubica similitudes entre el proceso histórico del Partido de los Trabajadores en Brasil y la coyuntura política en el Ecuador. Desde su posición de Asambleísta Nacional por Acuerdo País, apunta la necesidad de democratizar en el sentido más amplio las estructuras del movimiento que detenta actualmente el poder político, así como la urgencia de consolidar una fuerza social que sea depositaria y sostenga el proceso democrático revolucionario actual.

Norman Wray Reyes / Alternativa Democrática – Ecuador. Asambleísta Alianza País.

En este momento de aprendizajes tan interesantes e importantes para el país, deseo llamar la atención sobre un punto: cuando Alternativa Democrática decidió unir fuerzas en la conformación de Acuerdo País para las elecciones del 30 de septiembre 2007, se firmó un acuerdo con el compromiso de impulsar varios temas desde la Asamblea.

En ese acuerdo hay un párrafo que merece ser analizado y que es el compromiso cierto de estos días: “que este Acuerdo País es un paso importante en la construcción del acuerdo político amplio y democrático capaz de generar en la Asamblea Constituyente y también después, las condiciones necesarias para el bienestar de todos y todas, para la recuperación de lo público, para la democratización del Estado y de la sociedad”.

La lectura de este punto del acuerdo permite entender el proceso histórico y de renovación actual y concebirlo, también, como responsable fundamental para crear las condiciones de cambio a largo plazo.

Orientados en esa línea, es necesario analizar los siguientes puntos:

1. La Constituyente no es un fin en sí mismo, es el resultado de un proceso en el cual hay un antes, un durante y un después, en el que se construye un proyecto de vida en común.
2. En Acuerdo País no está representada toda la tendencia de izquierda y es necesario incluir a aquellos grupos que no son parte del movimiento, estableciendo canales de diálogo. La razón fundamental es que la izquierda configura un escenario amplio y de rescate histórico de una serie de luchas, que en su momento viabilizaron la posibilidad de avanzar hacia un proceso Constituyente, el cual se viene construyendo desde condiciones específicas.
3. Hay un liderazgo clarísimo del Presidente Correa y de su equipo de gobierno quienes están cumpliendo lo ofrecido en campaña, hecho inédito en los últimos años en el país; y,
4. La urgencia de construir una fuerza que sostenga el proceso político en el corto, mediano y largo plazo.

La Constituyente no es producto de generación espontánea, sino que se ha gestado en el cuestionamiento y crítica permanentes al acuerdo de retorno democrático de 1978 liderado por varios partidos y fuerzas políticas,

misimos que 25 años después, están desapareciendo. En tal vacío se posibilita la construcción de fuerzas políticas democráticas nuevas.

Puntos de encuentro entre el PT y el proceso ecuatoriano

La fuerza política democrática tiene que materializarse con procedimientos, metodologías, formas, y acciones, puesto que el reto fundamental es volver a la palabra una realidad. Aprendizajes reales que los compañeros de Brasil experimentan en el gobierno del Partido de los Trabajadores (PT) y, sobre todo, en el municipio de Porto Alegre y en el proceso del Presupuesto Participativo local. El PT no solamente soñó, sino demostró que con una fuerte participación de hombres y mujeres los presupuestos participativos podían ser un ejercicio de construcción ciudadana y de innovación democrática fundamental.

Otro aprendizaje interesante es que el PT definió procedimientos claros para el funcionamiento de las tendencias al interior del partido. En el Ecuador, la diversidad y capacidad creativa de los movimientos es una potencia de posibilidad para la unidad de la izquierda, pero ha sido también su límite. Es primordial apostar por la opción cierta de generar procesos de unidad. De una u otra forma la campaña electoral del 2007 sentó precedentes interesantes y necesarios para la construcción de una tendencia amplia con fuerzas políticas representadas en la Asamblea Constituyente. El reto ahora es mantener la capacidad de actuar a mediano y largo plazo fuera de ella.

Hay dos hechos que dan esperanza de unidad: 1. el nivel de la campaña, en el cual la izquierda sostuvo un debate deliberativo y respetuoso con las otras fuerzas de la tendencia, sin caer en la tentación de autodestrucción. Y, segundo, se ha convergido a través de algunas iniciativas (como las impulsadas desde el ILDIS¹), en acuerdos mínimos a ser impulsados en la Asamblea Constituyente. Dicho de otra forma, la posibilidad de que durante y después de la Asamblea se cuente con la fuerza política necesaria para sostener el proceso de cambio, depende de la convergencia de todas las fuerzas progresistas en la construcción de un proceso más allá de lo electoral.

¹ Se refiere a los procesos de diálogo político entre las fuerzas del centro y la izquierda impulsadas a lo largo del 2007 por ILDIS y la Revista La Tendencia en el marco del programa “Las izquierdas y La Constituyente” (N.d.e).

La experiencia del PT permite ver una fuerte vinculación con los sectores sociales, pero al igual que en Brasil, es importante superar una perspectiva exclusivamente corporativa que no incluye la participación ciudadana. Es urgente abrir espacios de participación política a todos aquellos que no están integrados dentro de un gremio, pero que necesitan y desean ser actores clave en la definición de las prioridades públicas. La consolidación de una fuerza política implica que actúe desde el plano institucional, que garantice y cree espacios cada vez más amplios de participación ciudadana y que, vinculada a sectores sociales, posibilite generar condiciones reales de transformación.

Profundizar la democracia desde adentro y desde afuera

Dicha fuerza política debe establecer mecanismos democráticos que demuestren al país una modificación real de la organización política. Para este cometido es necesario no solo declararse fuerza democrática, sino, ejercer ese carácter dentro y fuera de la organización, logrando que los sistemas de elección universal y directa a los organismos de dirección, de organización y de selección de candidaturas sean amplios, incluyentes y participativos. Crear también, un sistema de formación política para la militancia que genere cuadros y propuestas que permitan contar con oferta política frente a necesidades ciudadanas. Se trataría de una fuerza política que admite que cada militante es un voto independientemente de su vinculación a cualquier organización social, en donde se cuente con organismos amplios de construcción y definición de la línea política, y con total respeto a las tendencias internas desde una perspectiva de unidad y de manejo fraterno de las diferencias.

Llegar al proceso Constituyente no hubiera sido posible sin el recorrido histórico de luchas impulsadas desde la izquierda y, a la vez, el contar con un gobierno decidido a crear las condiciones para que el pueblo se pronuncie en una consulta popular por una Asamblea Nacional Constituyente. Sin embargo hay que discutir constantemente la consolidación de una fuerza política que se enfrente a los sectores de derecha quienes aspiran a seguir bombardeando los procesos desde instancias como el Congreso Nacional o articulando sus tradicionales poderes de facto. La aprobación de la Constitución en la Consulta Popular (septiembre 2008) exige un esfuerzo muy grande, para continuar con la materialización de la palabra, del proyecto de vida en común, para cambiar la vida concreta de todos los ecuatorianos y ecuatorianas.

Si me preguntan ¿cuál es el partido que yo quiero? diría: un partido profundamente feminista en la comprensión de la equidad y del cuerpo como territorio de ejercicio de la soberanía, con un fuerte rechazo a la división entre lo público y lo privado (democracia hasta en la cama); ecológico en la comprensión sistémica del manejo de sus contradicciones internas y externas; anti-patriarcal, que sueña una sociedad para los niños, niñas y viejos. Un partido que comprenda y entienda la fuerza de la lucha histórica de todas las izquierdas con una naturaleza profundamente libertaria.

siete

El MAS en la lucha política popular y en los niveles de gobierno

El presente texto introduce a breves rasgos la conformación del Movimiento Al Socialismo (MAS) en un contexto de resistencia a las políticas neoliberales, como parte de una larga historia de lucha campesino-indígena en Bolivia. Caracteriza al MAS como un movimiento político de izquierda que apuesta por el socialismo comunitario, basado en principios de equilibrio, redistribución, complementariedad y reciprocidad en el manejo del Estado.

SANTOS RAMIREZ

Santos Ramírez / Movimiento al Socialismo (MAS) – Bolivia. Hasta enero 2008 fue presidente de la Cámara Alta del Congreso. Por dos ocasiones fue presidente interino de la República Boliviana ya que Evo Morales y García Linera salieron del país al mismo tiempo.

Es importante considerar que si bien hoy en América Latina hay escenarios políticos nuevos, incluyendo el escenario boliviano, no son simplemente logros unilaterales de fuerzas de izquierda o movimientos sociales, sino son también, consecuencia de las grandes debilidades y desaciertos de quienes manejaron los sistemas políticos partidarios en la región.

Para el caso boliviano nuestra primera estrategia de lucha fue la social, sindical, campesina e indígena originaria. Casi un 80% de quienes conformamos el proyecto Movimiento Al Socialismo, liderado por el compañero Evo Morales, venimos de la lucha social que generó conciencia social en la población boliviana. Las luchas siempre terminan en algo y en Bolivia terminó en una conciencia social, que se ha convertido en conciencia política.

En 1995 se decidió conducir la lucha social hacia una lucha por el poder político, el Movimiento Al Socialismo (MAS) fue fundado hace 12 años como instrumento político y de resistencia al neoliberalismo. Se articuló una resistencia y movilización permanente del MAS contra el modelo neoliberal presentando puntuales demandas y alternativas a los diferentes gobiernos de turno.

Sin embargo, esta forma de acción generó un círculo que encerró al Movimiento en una lógica de movilización-acuerdo-movilización. Este primer período del MAS posibilitó que la lucha social se transforme en conciencia social y se considere necesario el enfrentamiento político.

La segunda estrategia fue discutir los términos en los que se daría la lucha política y se decidió trabajar tres documentos fundamentales: la declaración de principios, el programa de gobierno y el estatuto orgánico. A partir de estas definiciones el MAS empezó a participar en 1999 en elecciones municipales con una presencia muy pequeña en el escenario nacional. La primera sorpresa se dio en el 2002 cuando las encuestas otorgaban al MAS el 6% de escaños y se logró un 22%. En el 2005 ocurrió la segunda sorpresa, la derecha calculó su estrategia pensando que el “partido indio” no sacaría más del 35%, y fue en ese momento cuando el pueblo boliviano legitimó una identidad indígena originaria logrando aproximadamente el 54% de los votos.

Gobierno del MAS

Al analizar el éxito del movimiento en la arena política fijamos un tercer momento del MAS en el que éste camina conjuntamente con la voluntad del pueblo para gobernar Bolivia. En este afán, en campaña electoral, se ofreció refundar Bolivia implementando 10 medidas: la Asamblea Constituyente, la ley tijera para la austeridad, la nacionalización de hidrocarburos, la implementación del plan nacional de desarrollo, la nueva ley de tierras, la refundación de la educación, un nuevo modelo económico que abandone la economía de mercado, la ley para la descentralización y autonomías, el desarrollo productivo con soberanía alimentaria, y la soberanía social en salud y vivienda.

Hasta el momento, como estrategia de gobierno, se ha logrado elaborar el plan nacional de desarrollo para una Bolivia soberana, participativa, con identidad y productiva. Es importante conocer rápidamente cómo recibió el MAS el país el 22 de enero del 2006: una deuda externa de aproximadamente 5 mil millones de dólares y un PIB también de 5 mil millones de dólares, es decir ningún ingreso. El déficit fiscal se aproximaba al 10% en relación al PIB, hoy tenemos un crecimiento de 4.7%. La balanza comercial no podía superar más de 2 mil millones de dólares, hoy está en aproximadamente 4.800 millones de dólares; la reserva internacional tenía un tope máximo de 1.200 millones de dólares, hoy es de 4.300 millones de dólares.

El crecimiento de Bolivia, particularmente del PIB, se debe a las medidas implementadas en el país, entre ellas la austeridad fiscal al recortar los sueldos de privilegio, una autoridad pública ganaba entre 60 mil y 120 mil bolivianos, es decir 10 mil a 20 mil dólares al mes, cuando el salario mínimo nacional era de 440 bolivianos¹. Se fijó el salario del Presidente en 15 mil bolivianos (USD 1.980 aproximadamente) –como salario máximo en el sector público– y un incremento progresivo en el salario mínimo nacional que ahora es de 520 bolivianos (USD 68,77).

La segunda medida de austeridad fue el decreto supremo para terminar la vigencia de gastos reservados, presupuesto guardado anualmente en el Banco Central de Bolivia –entre 150 a 200 millones de bolivianos– para “sobornar” a diputados, senadores, ministros. Este presupuesto se destinó a salud y educación. Por primera vez aumentó el presupuesto al sector de la salud y educación en un 7%.

¹ USD 58,19; (Julio 2008 tipo de cambio 1 boliviano = 0,132256 dólares estadounidenses)

Luego se implementó la nacionalización de los hidrocarburos, decisión histórica para los bolivianos, con la cual el Estado es el eje central en la negociación con capitales privados nacionales o extranjeros y tiene como principio fundamental la identidad y dignidad del país. Otra de las medidas implementadas fue la creación del Banco de Desarrollo Productivo para micro pequeños productores de provincia que nunca accedieron a créditos. Después de 30 años en los que desaparecieron los bancos estatales en Bolivia, ahora los campesinos pueden acceder a créditos con un interés mensual del 0,5%.

Muchos otros programas están siendo implementados, entre ellos la revolución agraria que entregó en un primer momento 2 tractores por Municipio; y la implementación de programas de crédito para infraestructura. La revolución agraria no es solamente resolver la propiedad de la tierra, sino también mejorar la producción y liquidar el latifundio improductivo.

Otro complemento es la cooperación internacional que hemos recibido de países hermanos como Cuba y Venezuela en la implementación de programas como Operación Milagro o programas de ‘carnetización’ y de alfabetización los cuales por primera vez trabajan por los derechos de los olvidados.

Disputas hegemónicas en Bolivia

Es importante también analizar los escenarios políticos de disputa que polarizan actualmente a Bolivia. Los que eran patrones y verdugos hoy son oposición, los dueños de los medios de comunicación –televisión, radio, prensa escrita–, se han convertido en la primera oposición y no como partido político, sino como movimiento. Otro grupo de oposición son los latifundistas, quienes poseen alrededor de un millón de hectáreas improductivas; y el tercer grupo de oposición está integrado por los partidos políticos tradicionales que quedan en el país.

Entendemos que es difícil desmontar y descolonizar el Estado neoliberal en Bolivia, pero actualmente todas las medidas económicas, sociales, políticas y culturales están dirigidas a desmantelarlo. Este proceso es una revolución democrática y cultural porque creemos que la transformación de Bolivia no debe darse con dictadura ni autoritarismos; es cultural porque hay 36 naciones conviviendo en el país.

Actualmente se puede decir que el MAS construye un socialismo comunitario con identidad, pero también se declara como un proceso acelerado, debido a las apuestas y esperanzas de la población por soluciones rápidas. La pregunta aquí es ¿cómo garantizar la sostenibilidad del proceso junto con el pueblo boliviano? Hemos encontrado las debilidades ante la ausencia de mecanismos de politización, de ideologización para entender los principios, postulados y el programa de gobierno. El MAS está trabajando en la socialización de estos principios al interior del país con las regiones, con los departamentos y con los municipios.

Este proceso ha permitido comprender que el MAS no es un partido político sino un movimiento político, porque el padre y la madre no es un jefe político ni 2 ni 10 líderes. Son los movimientos sociales quienes crearon el instrumento político, son los que determinan su comportamiento, su trabajo, su control, su fiscalización. Contamos con la Coordinadora Nacional del Cambio dirigida por Presidente, el Vicepresidente y los movimientos sociales en donde se recibe la información, las iniciativas, las críticas para conducir y reorientar el trabajo del gobierno.

Somos un movimiento político de izquierda que apuesta por el socialismo comunitario con principios de equilibrio, redistribución, complementariedad y reciprocidad en el manejo económico, político, social y cultural. Además de la trilogía básica difundida por el compañero Evo Morales, quien no solamente es el Presidente de Bolivia sino también el presidente del Movimiento Al Socialismo, el ama shua, el ama llulla y ama quilla: no robar, no mentir, no ser flojo.

Con estos principios podemos empezar a discutir la construcción de una plataforma común para los movimientos de izquierda en América Latina, en la cual se consideren los siguientes elementos: respeto a los recursos naturales que deben servir al desarrollo económico de los pueblos; trabajar con la complementariedad de liderazgos individuales y colectivos porque la única garantía de los procesos de cambio es el pueblo mismo, como fuerza social, popular, campesina e indígena. Por último, es importante construir escenarios permanentes de información, de capacitación, de formación de liderazgos como desafío a la plataforma de los pueblos latinoamericanos.

Concluyo afirmando que el proyecto del Movimiento Al Socialismo (MAS), no lucha solamente por derechos humanos, sino por la vida. Lo que implica luchar por el agua, por la tierra, por la energía, el medio ambiente, por el

hombre y la mujer; es decir, estamos vigentes en el escenario nacional boliviano ante todo para responder a las demandas históricas del movimiento campesino indígena originario del país.

ocho

Momentos —de tensión— en la conformación y consolidación del MAS-IPSP

El artículo ubica a la organización social y política del MAS en un contexto global de crisis neoliberal y empoderamiento de los actores del mundo rural. Establece dos períodos de conformación del MAS —primer momento fundacional con organizaciones rurales, y un segundo momento de incorporación de organizaciones urbanas— el cual produce una tensión permanente en la organización y toma de decisiones dentro del movimiento. El reto principal del MAS constituiría entonces en la democratización y el fortalecimiento del carácter deliberativo interno a su estructura.

MOIRA ZUAZO

Moira Zuazo / ILDIS-FES, Bolivia

Este texto realizará una interpretación y lectura del Movimiento Al Socialismo - Instrumento Para la Soberanía de los Pueblos (MAS-IPSP) desde una perspectiva genética/sociológica, tratando de pensar la articulación entre el nivel global, la discusión latinoamericana y la matriz histórica boliviana que da lugar a la emergencia de este partido/movimiento.

Lectura genética / sociológica del MAS

Bolivia en el periodo 2000-2005 sufre una etapa de crisis estatal directamente ligada a las contradicciones del modelo neoliberal —primer puente con el proceso global—. La crítica al neoliberalismo, en el caso boliviano, conduce a un derrumbe institucional de los partidos políticos tradicionales. Esta crisis no sucedió en un escenario vacío sino en un contexto histórico de fortalecimiento de la organización social gestada por varios municipios, quienes, desde el año 1994, retoman varios elementos del modelo del presupuesto participativo de Porto Alegre.

La municipalización boliviana determina dos elementos fundamentales para la emergencia del MAS: el primer elemento es la apertura de un espacio para el acceso político de la población boliviana rural, acompañada por el segundo elemento que es un proceso de empoderamiento rural, donde encontramos el segundo puente con el proceso global. Este empoderamiento vinculado al trabajo de las ONG, que está aún generándose, tiene que ver con la formación de una ciudadanía global con importantes resultados.

Este panorama, sin embargo, genera una contradicción, entre un acceso político relativamente claro a partir de la municipalización y una falta de acceso económico y sociocultural.

Al mirar la génesis del MAS-IPSP vemos que este nace en base a tres pilares:

1. La Confederación Nacional de Colonizadores es decir los trabajadores del campo que provienen de procesos internos de migración rural, gente que llega a un nuevo espacio en un proceso de adaptación que significa la colonización;
2. La Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia, y

3. La Confederación Nacional de Mujeres Campesinas Bartolina Sisa que determinó la presencia de un grado relativamente alto, al menos en términos cuantitativos, de equidad de género en el liderazgo y en las posiciones de decisión en el partido / movimiento.

Al analizar estos tres pilares fundacionales se puede concluir que el Movimiento Al Socialismo es un partido rural, producto y expresión de la ruptura urbano-rural y de las contradicciones y problemas de este rompimiento; y un partido que expresa fundamentalmente estos intereses.

Es importante también mencionar que este es un primer momento del proceso, sintetizado por la cita de Silvia Lazarte, Presidenta de la Asamblea Constituyente Boliviana y dirigente de la Confederación Nacional de Mujeres Campesinas Bartolina Sisa, quien en una entrevista aclara al periodista y le dice “Yo no soy del MAS, yo soy el MAS” haciendo referencia al hecho de que son básicamente estas tres organizaciones las que fundan el partido y las que le dan el carácter y la fuerza al mismo. Tal afirmación es una muestra clara del MAS como un partido con específicas raíces sociales que, sin embargo, plantea algunos problemas o desafíos presentes y futuros.

Ocurre que desde el origen el MAS-IPSP, presenta una tensión entre la dirigencia orgánica, que viene por vía directa de los movimientos sociales rurales o fundadores; y, los liderazgos que vienen por otras vías provenientes de un segundo momento. El gran desafío para el Movimiento es consolidar un partido institucionalizado en base a normas democráticas que permitan un debate interno amplio y horizontal en la toma de decisiones.

Segundo momento en la conformación del MAS

El MAS, después del momento formativo descrito, se plantea una política abierta y amplia de alianzas con diferentes sectores, movimientos sociales, con partidos y viejos líderes de izquierda, con organizaciones no gubernamentales que trabajan en el campo de DDHH, así como con ONG que trabajan en el campo rural.

Estos movimientos entran en un segundo momento, conjuntamente con sectores indigenistas más radicales como la Confederación Nacional de Ayllus y Marcas del Collasuyo (CONAMAC), las juntas vecinales de El Alto, el autotransporte, la Confederación Nacional de Jubilados, los Mineros Cooperativistas, el Movimiento de Mujeres y otras organizaciones más

pequeñas. Se abre un abanico amplio en donde la inclusión de organizaciones sociales urbanas, parte de este segundo momento, queda como gran desafío.

La participación de la población urbana constituye uno de los grandes retos a futuro precisamente por la tensión dentro del partido entre dirigentes orgánicos que provienen de las tres organizaciones pilares rurales, y los que van a ser considerados como invitados, especialmente en la forma de elección.

Para el caso de la dirigencia orgánica existe una suerte de elecciones primarias desde el movimiento social, realizada especialmente en los sindicatos campesinos y de colonizadores, en donde la decisión de cuál va a ser el candidato es democrática, aunque aún hoy no está consagrada como norma. Es decir, hasta la fecha no hay un mecanismo homogéneo consagrado en una norma interna legal y legítima; en algunos casos hay elecciones primarias con voto secreto, y en otros casos se designa por turno y rotación que reconoce jerarquías distintas a diferentes espacios territoriales, o en otros casos, aunque estos son los menos, es por aclamación.

Por el contrario los invitados son designados precisamente por invitación por ser los líderes visibles de organizaciones sociales urbanas importantes. En resumen quizás esta tensión entre dirigentes orgánicos e ‘invitados’ plantea uno de los principales desafíos cuando se mira hacia futuro del MAS, y esto permite vincular el tema boliviano al debate latinoamericano.

Las izquierdas en Latinoamérica: aportes para la consolidación del MAS

Al presente hay todo un debate en torno lo que ocurre políticamente en América Latina por el viraje del electorado hacia la izquierda. Ludolfo Paramio –político español– plantea que en los casos en los que había un partido de izquierda institucional fuerte este viraje va a ser capitalizado por los partidos de izquierda, el caso más clásico en esto es Chile, también el caso de Uruguay y Brasil. Por el contrario, en los casos en los que los partidos de izquierda eran inexistentes, Bolivia por ejemplo, o eran partidos de izquierda muy débiles, lo que vemos es que empiezan a emerger fenómenos de populismo. Hablar del tema es poner el dedo en la llaga para ubicar cuáles son las preguntas centrales y los grandes desafíos de estas fuerzas emergentes.

Por otra parte, Ernesto Laclau plantea que el populismo no necesariamente tiene una ideología sino que está caracterizado por el ataque a las instituciones, en este punto hago referencia a la exposición del caso colombiano donde se mostraba que con Uribe se experimenta un fenómeno verdaderamente populista desde la derecha. La característica del populismo sería esta suerte de ataque a las instituciones y el hecho de que emerge cuando las instituciones llamadas a dar una respuesta a la demanda social pierden eficacia y pierden legitimidad.

Finalmente, Alain Touraine plantea que el gran desafío de Bolivia es agregar cambio y democracia, es decir lograr el cambio sin llevarse por delante la democracia. Rescato aquí las palabras de Alberto Acosta, quien comentó al principio la necesidad de pensar la política como espacio de la creatividad. El gran desafío del Movimiento Al Socialismo es el de lograr instalar internamente un debate democrático y recuperar la fuerza, las formas horizontales de toma de decisiones en un proceso institucional de partido.

Planteo que en el MAS-IPSP hay una corriente fuerte de presencia de los movimientos sociales que trae formas democráticas en la toma de decisiones aunque no como formas únicas, pero que pierde espacio en la medida en que de pronto hay una suerte de recreación simbólica del proceso horizontal de toma de decisiones. Sin embargo, vemos una gran potencialidad de recuperar los procesos de toma de decisiones horizontales, que se realicen desde la base y que suban a niveles superiores.

Para que el pluralismo se instale en el debate democrático interno y de paso a una presencia horizontal entre dirigencia orgánica e 'invitados', es necesario la consagración de normas democráticas al interior del MAS-IPSP, y fundamentalmente el respeto a esta normativa interna para la toma de decisiones y entre ellas fundamentalmente para la elección de candidatos incluido el debate de la elección de la cabeza para las próximas elecciones.

Si el MAS-IPSP logra instalar este debate abierto, de libre opinión, de opiniones individuales que no son las opiniones corporativas, el partido podrá crecer y adquirir fuerza democrática.

nueve

El Frente Amplio en Uruguay y su fuerza pluralista

ROBERTO CONDE

La experiencia del Frente Amplio de Uruguay, como fuerza polipartidista y policlasista, enfatiza en la sólida unidad de los ocho partidos que lo componen basados en el respeto irrestricto a la diversidad identitaria, y la confluencia de una ideología socialista común expresada en sus bases programáticas. El horizonte socialista propuesto desde el FA apuesta a un cambio estructural y disputa el campo hegemónico desde las instancias gubernamentales, así como desde los sectores populares organizados.

Roberto Conde / Partido Socialista - Frente Amplio del Uruguay

La experiencia uruguaya es muy distinta a la vivida en los países de América Latina. Quizá la más semejante es la construcción de la fuerza política en Chile, pero aún así existen diferencias importantes en el momento actual.

En primer lugar, el Frente Amplio de Uruguay (FA) a diferencia de los muchos movimientos y fuerzas de la nueva izquierda no se constituye a partir de dictaduras o de la devastación neoliberal, sino que se conforma antes, cuando debido a la fundación del FA ocurre el Golpe de Estado en 1970.

El Frente Amplio es la culminación de un proceso de unidad popular que no comenzó a partir de una estructura política, sino que empezó desde la agregación de formaciones sociales. Para efectos de análisis cabría realizar un paralelismo con las experiencias que combinan la organización política y el movimiento social. La unidad política en el FA fue precedida de 2 acontecimientos trascendentes en la vida de Uruguay: por una parte, la unificación de todo el movimiento sindical en una única central de trabajadores, la Convención Nacional de Trabajadores ocurrida en 1965; y, por otra parte, el llamado Congreso del Pueblo (agosto 1965) que unió a todas las fuerzas populares, sociales, sindicales, políticas, de la cultura, de la universidad, para elaborar una plataforma anti-oligárquica, anti-imperialista y de desarrollo nacional-popular para el país.

Sin esta acumulación previa, tanto programática como de valores que solidaron la unidad popular, hubiese sido prácticamente imposible una experiencia en la cual se articulen el Partido Socialista, el Partido Comunista, el Partido Demócrata Cristiano y partidos provenientes de la derecha liberal –de los cuales se desgajan sectores liberales progresistas–.

La unidad en la diversidad

Treinta y seis años después de la construcción del FA quedan demostradas dos cosas: el avance de la lucha democrática, popular, liberadora y transformadora del pueblo debe imprescindiblemente contar con una fuerza política organizada de forma permanente. Esta fuerza mantiene disciplina interna y madurez ideológica, además de un estatuto, programa y autoridades comunes. Asimismo, se cultiva un particular “culto” a los mandatos supremos que son: la unidad de acción y el respeto a la pluralidad y a la identidad de cada uno dentro del Frente.

A pesar de los problemas internos y de las discrepancias político-ideológicas, se ha encontrado siempre la síntesis para que todo el Frente actúe como una sola fuerza política, cumpliendo así con el principio de unidad de acción sin destruir la identidad de ninguno de sus componentes. La fortaleza de la izquierda uruguaya está en conjugar de una manera sabia en la vida práctica el principio de la unidad en la diversidad.

Si una decisión, por ejemplo, es adoptada por dos tercios de la mesa política nacional del Frente Amplio o en las bancadas de legisladores, dicha decisión se convierte en obligación y/o norma imperativa para todos. Cabe acotar que el alcanzar dos tercios de la votación implica construir consensos producto de debates dentro de una fuerza política con enorme legitimidad.

Aún así, es tan importante el respeto a las identidades que hay algunos temas que nunca son obligatorios para los partidos y no se imponen por ningún tipo de mayoría. Particularmente los temas referidos a principios filosóficos o religiosos los cuales apelan a una ética y a valores. En estos casos no solamente los partidos tienen libertad de acción, sino que los individuos cuentan con la libertad de acción si por razones de conciencia no pueden acompañar una decisión.

Hablamos de casos extremos que se han dado apenas 2 o 3 veces en 36 años de historia, pero casualmente hoy a esta misma hora, se discute en la Comisión de Salud de la Cámara de Senadores el proyecto para la despenalización del aborto¹. En Uruguay, la mujer que decide abortar es considerada delincuente y por tanto procesada y posiblemente encarcelada. En el Frente Amplio participan compañeras provenientes del cristianismo de izquierda y no se puede pretender que el Partido Demócrata Cristiano vote a favor de la despenalización del aborto. Se irrespetaría el principio de la libertad de conciencia.

El respeto a la diversidad es vital en el Frente Amplio, no hubiera sido posible ganar las elecciones con el 51% de los votos si se la irrespetara. En Uruguay no existe ningún partido que abarque la diversidad cultural y de intereses, la multiplicidad de visiones que coexisten en la sociedad y traducirlas en una acumulación electoral. En el FA se conjuga en una sola fuerza

¹ El 06 de noviembre 2007, el Senado de Uruguay aprobó el “Proyecto de Ley de Salud Sexual y Reproductiva” que incluye la despenalización del aborto en las 12 primeras semanas del embarazo. La iniciativa espera la aprobación de la Cámara de Diputados y es rechazada por el presidente Tabaré Vázquez.

política las tradiciones del sindicalismo, del marxismo, del cristianismo, de la izquierda progresista, las tradiciones liberales del estado Batllista,² etc.

El horizonte socialista del Frente Amplio

Dentro del Frente no se discute cuán socialistas somos o cómo se construye el socialismo, ya que sería una fuga hacia el futuro. El socialismo se construye paso a paso al afianzar la unidad, al afirmar definitivamente la hegemonía social, cultural y política de la sociedad uruguaya, en la medida que se controla el poder administrativo institucional del Estado aplicando el programa de gobierno en etapas sucesivas.

Es absolutamente estéril aplicar un camino preconcebido en base al debate ideológico, más bien, hay que sintetizar la ideología a partir de prácticas fundamentadas en el principio de unidad de acción. Por tanto el Frente Amplio no es una fuerza socialista, a pesar de que está integrado por comunistas, socialistas y por el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaro –que en su época reivindicó la construcción de la revolución socialista por la vía armada–, sino que todos dentro del Frente discuten cómo crear las condiciones históricas concretas para aproximarse a un horizonte socialista.

En este sentido cabe reconocer que quizá el Frente Amplio carece de mística socialista por falta de definición, sin embargo, se ha iniciado el proceso de instalación de una hegemonía, a nivel de las relaciones sociales, concebida para todos los planos del escenario global.

La lucha endógena del Frente es instalar una hegemonía cultural, ideológica, de valores, institucional y social, la cual, aún siendo una fuerza pluripartidista y policlasista –alianza de partidos y expresión de múltiples sectores sociales– comparte orientaciones, valores y objetivos comunes que lo diferencia de las fuerzas reaccionarias y conservadoras. Así se procura

² **Batllismo** es el nombre dado a una corriente del Partido Colorado de Uruguay inspirada en la doctrina política creada por José Batlle y Ordóñez (Presidente de la República por dos periodos: 1903 - 1907 y 1911 - 1915), que –en sus aspectos básicos– sostiene que para el desarrollo de un país el Estado debe controlar aspectos básicos de la economía por medio de monopolios estatales, así como crear un amplio cuerpo de leyes sociales. A través de la legislación social y la acción de un Estado benefactor, se procuraba reducir las tensiones de la lucha social y encarrilarla a través de la negociación y los acuerdos, con un valor esencial: la seguridad. Una interpretación marxista del Batllismo sugiere que fue la expresión política de una naciente burguesía uruguaya que, débil económica y políticamente, procuró lograr una base electoral por medio de un pacto con la ramplante clase obrera que no debía cuestionar la propiedad privada. El Batllismo fue el más influyente movimiento político creado en Uruguay durante el siglo XX.

dibujar nítidamente el espacio progresista de izquierda en Uruguay necesario para continuar el proceso histórico hegemónico.

La mayoría absoluta del Frente Amplio, a nivel del sistema político, intentar desencadenar un proceso de reformas que generen cambios estructurales en la sociedad a nivel material, económico, cultural, educativo, en políticas sociales y en el plano institucional. Hemos comenzado ya con reformas al sistema tributario desde el cual se puede organizar una distribución progresiva de la riqueza.

También se ha iniciado con la reforma al sistema de salud para que toda la población uruguaya –desde el primer al último habitante del territorio nacional– tenga garantizado a partir del 1ro de enero 2008 una atención de calidad. Las personas que quieran pagar otro tipo de atención lo podrán hacer, pero se incluirá en el pago de servicios de salud privados una contribución para un fondo nacional.

En otros ámbitos, actualmente se promueve un profundo debate de reforma a la educación que se implementará desde el año 2009. Se ha iniciado también el proceso de reformas progresistas del Estado en aspectos sustanciales de la vida institucional del país tales como: ley de descentralización para avanzar de una democracia representativa a una democracia participativa institucionalizada, ley de defensa nacional, una nueva ley orgánica de las fuerzas armadas, ley orgánica de la fuerza policial y de seguridad interior.

Se ha reinstalado una amplia y eficaz legislación laboral con barreras contra la tercerización, conjuntamente con una política económica que desde el 2005 garantiza en forma continua el aumento de los ingresos reales de los hogares y disminuye la desocupación. El incremento de la sindicalización de los trabajadores ha sido extraordinario. Éstos, si bien asumen la perspectiva popular de defensa de un gobierno de izquierda, mantienen netamente su independencia de clase.

Puede decirse que la presencia de la mayoría absoluta avanza intensamente para producir transformaciones que, al cabo de los 5 años o a finales del 2009, abran el camino a la continuidad histórica del gobierno del Frente Amplio en Uruguay por lo menos 10 o 15 años más.

Para concluir se considera importante enfatizar que si bien el Uruguay es un país altamente institucionalizado, el avance hegemónico de la izquierda

ha sido posible por la capacidad de construir una fuerza política basada en partidos altamente politizados, ideologizados y con un culto sagrado a la unidad y al respeto de la identidad de cada uno de los ocho partidos que componen el Frente Amplio. Confluencia de partidos articulados por la unidad de acción a partir de un programa común, adoptado por mayorías internas muy exigentes, que expresa un alto grado de consenso.

diez

El acumulado político del Frente Amplio en Uruguay

El texto profundiza la experiencia del Frente Amplio en Uruguay y provee elementos de análisis sobre el carácter pluralista y abierto cultivado por las fuerzas políticas en él convergentes. Enfatiza en la necesidad de implementar procesos deliberativo entre los partidos/movimientos políticos de izquierda y la sociedad civil a nivel nacional como regional, para ahondar las transformaciones y la agenda postneoliberal.

AGUSTÍN CANZANI

Agustín Canzani / Fundación Liber Seregni
- Uruguay

La presente ponencia utiliza la denominación o concepto de “fuerza política” y no de partido, ya que a pesar de que resulte complicado, es una forma común en Uruguay para referirse al Frente Amplio. Algunas personas preguntan porqué no se habla directamente de partido y, es necesario explicar que existe una resistencia importante en el FA a cambiar de término ya que es una especie de magma donde hay diferencias pero también límites precisos y bastante pragmáticos.

Contextos de acción del Frente Amplio en Uruguay

Resulta bastante difícil pensar las características o el proceso de construcción de la fuerza política de izquierda progresista sin pensar en la evolución y las características del sistema de partidos. En cualquier país el sistema de partidos marca la cancha, en Uruguay quizás más que en cualquier otro país de América Latina, el FA es fruto de un largo proceso histórico-político que nace fundamentalmente como la construcción de una alternativa de izquierda –en un sentido amplio– al sistema de partidos probablemente más antiguo, más estable y más bipartidista de América Latina vigente hasta comienzos de la década del setenta.

Los dos partidos tradicionales uruguayos nacen con la república. El Partido Colorado y el Partido Nacional participan en las primeras elecciones en 1830, y lo siguen haciendo con continuidad hasta hoy. Sus organizaciones partidistas aún se mantienen aunque con variantes discursivas y de lineamientos. Por otra parte, son partidos que obtenían, por lo general, más del 85% de los votos en todas las elecciones hasta 1971.

El Frente Amplio surge en un momento histórico particular, en una situación de crisis social y económica en que se plantea una pugna muy fuerte por la distribución de los recursos, a finales de los años sesenta. Un primer hecho importante es la creación de una central sindical única, en la que confluyen las vertientes históricas anarquistas y socialistas-comunistas, que integra a todos los gremios y ostenta rápidamente un alto nivel de afiliación.

A su vez, esa central sindical nace con una fuerte vocación de coordinación con el movimiento estudiantil, y se genera allí una sólida confluencia política que agrupa a todos los sectores de izquierda –partidos históricos de baja incidencia electoral– y también a grupos de izquierda de la democracia cristiana y sectores –o dirigentes– disidentes de los partidos tradicionales.

Para decirlo de manera más gráfica, se genera un “bicho” político que produce prácticas políticas diferentes.

Esa rareza proviene de algunos aspectos originales respecto al resto de los competidores políticos. Hasta hace poco tiempo, Uruguay contaba con una legislación electoral bastante particular, ya que un mismo partido político podía tener varios candidatos a presidente, y los votos a los diferentes candidatos sumaban para el mismo partido. El triunfo se otorgaba al partido con mayor votación y, dentro de éste, al candidato que tenía más votos. Este sistema generó que los partidos no tengan un programa común: cada candidato podía tener un planteamiento con diferencias importantes.

¿Cuál es entonces la primera originalidad del Frente Amplio? El contar con programa y candidato único, práctica que demostró el compromiso en la unidad de acción, manteniendo el pluralismo de las fuerzas políticas. En aquella primera elección el Frente Amplio agrupó a casi todos los votos de los sectores de izquierda, algunos de los sectores identificados con grupos de centro o centro-izquierda y una parte de la democracia cristiana.

Un segundo elemento importante es que el FA, de alguna manera bajo la inspiración de los frentes populares de los años 30 y 40 en Europa, es un “bicho” que logra generar una identidad política fuerte. El FA como fuerza política estuvo prohibido casi todo el período de dictadura, y sin embargo, los estudios realizados sobre los mecanismos de socialización política demuestran que un hijo de padre y madre ‘frentista’ tiene un 85% de probabilidad de ser ‘frentista’. Se trata de una transmisión social, que tiene que ver con mecanismos de socialización discursiva y con la construcción de identidad. Unidad sólida que no cae con los doce años de dictadura, si no que se refuerza dentro de ella.

Democracia directa y acción colectiva

Otro elemento importante es que el FA se revaloriza luego de la reapertura democrática por tres razones: primero, con la democracia se rearma el escenario político partidario en Uruguay con distintas opciones, los partidos y grupos políticos que conformaban el FA reafirman la validez del instrumento político creado en 1971. Segundo, el Frente revaloriza el camino de cooperar entre sí y con otras fuerzas políticas; y tercero, se empieza a innovar en términos de práctica política, entre otros, con la renovación de los repertorios de la acción colectiva.

Se implementan mecanismos de democracia directa como forma de control, veto y propuesta política. Dispositivos como plebiscitos o referéndum previstos, hace mucho tiempo, en la Constitución uruguaya son implementados sistemáticamente. La primera instancia en que se los utiliza es para derogar la ley de amnistía para los militares. Fue un trabajo de movilización fabuloso, porque para habilitar esa votación se necesitó que firme el 25% del padrón electoral: uno de cada 4 electores tuvo que firmar para decir “quiero que esta ley se ponga a consideración”. Y si bien se perdió el plebiscito, la forma de hacer política quedó incorporada en el repertorio de la izquierda uruguaya como un mecanismo de propuesta, veto y control.

La segunda instancia importante que consolida la práctica del plebiscito fue cuando en 1992 se vota para derogar la ley de privatización de las empresas públicas, con un resultado final favorable. Vale la pena resaltar este instrumento en momentos en los cuales la izquierda era todavía una fuerza minoritaria.

Otro elemento relevante es la capacidad de la izquierda para incorporar fracciones disidentes de los partidos tradicionales y de otros grupos asimilándolos en el marco del Frente Amplio. Una lista rápida –no exhaustiva– muestra que en 1989 se incorpora formalmente el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros –ex guerrilla urbana–, en 1994 grupos disidentes del partido blanco, en 1999 se incorporan otros grupos que vienen de los partidos tradicionales, y en 2004 se reincorporan al Frente Amplio la última escisión que la coalición tuvo años atrás. Todas esas fuerzas políticas están hoy asimiladas al FA constituyendo un elemento importante en la política de alianzas con orientación pragmática pero convencida de la importancia de cada una de sus fuerzas.

Por otra parte, en esta construcción también tiene un lugar clave la conquista por el Frente Amplio del gobierno municipal de Montevideo en 1989. El FA ganó con el 36% de los votos. En 1994 volvió a ganar con el 42%, en el 2000 ganó con el 56% y en el 2005 con el 60% de votos. Dicho ascenso muestra que la propia gestión municipal fue un apoyo esencial del proyecto político electoral, un espacio de prueba de la fuerza política y un redinamizador de la política uruguaya.

En ese contexto, cabe resaltar dos elementos presentes en la izquierda uruguaya de los últimos veinte años. El primero es una visión estratégica de protección del Estado como una herramienta fundamental para hacer política. El segundo, es la visión estratégica sobre la construcción de hegemonía. El

recorrido electoral es un indicador: en 1971 la izquierda obtuvo el 18% de votos, varios años de dictadura después en 1984 subió al 20%; después de una escisión, en 1989 obtuvo el 22%; en 1994 se transformó por primera vez en competencia cuando obtuvo el 29% –y perdió la elección por apenas 2%–. En 1999 después de una reforma que imponía la segunda vuelta pasó a ser la primera fuerza política del país con 40% y perdió en la segunda vuelta, y en el 2004 ganó en la primera vuelta con el 51%. Esto parece sencillo, pero es una trayectoria de 33 años, con 6 elecciones presidenciales, lo cual indica una voluntad muy fuerte de mantener un camino propio.

Desafíos desde la izquierda gobernante

Para terminar, cabe anotar ciertos puntos que son grandes desafíos de la fuerza política actualmente. El primer desafío es la relación entre gobierno y fuerza política, ya que las formas dinamizadoras de acción colectiva dentro del Frente se han vaciado, entre otras razones, porque muchos de los líderes están en el gobierno y también porque el bloque parlamentario está funcionando con algunos problemas, no de disciplina, si no de capacidad de incidencia en la lucha política y social de manera más importante.

El segundo desafío es que el Frente Amplio tiene hoy una estructura interna acordada para cuando era oposición, y al entrar en el gobierno muestra una cantidad de dificultades porque los temas políticos sobre los que hay que pronunciarse tienen lógicas y tiempos diferentes.

El tercero, el FA ha avanzado en muchas áreas de políticas consideradas importantes, pero tiene aún asignaturas pendientes, especialmente en áreas de regulación estatal sobre las cuales hay poca discusión. Un ejemplo típico es el de las telecomunicaciones en general y, más específicamente, las regulaciones sobre los medios de comunicación. Hoy, cuando surge algún problema, lo común es que aparezcan respuestas poco creativas.

Finalmente, el cuarto desafío ligado a la revitalización del debate sobre la creación de un nuevo consenso pos-neoliberal en América Latina. Se puede considerar que en su primer gobierno el FA ha hecho las cosas bastante bien según lo dicen los analistas y las encuestas de opinión pública, entonces también se puede afirmar que el gran desafío va más allá de ‘hacer las cosas bien’. Implica transmitir y discutir con la sociedad sobre modelos de desarrollo que sean diferentes a los heredados de la crisis neoliberal.

Un partido de izquierda que tiene posibilidad de volver a ejercer el gobierno requiere tanto de debate interno como de diálogo con las fuerzas progresistas del continente.

once

Lucha política de izquierda y cambio civilizatorio en América Latina

El texto retoma ciertas variables políticas del Frente Amplio de Uruguay para integrarlas en una reflexión sobre los desafíos para el cambio que vive el Ecuador y la izquierda en América Latina. Apuesta a la profundización de la democracia representativa como el escenario y punto de partida para el cambio político y social. Enfatiza, además, en la importancia de generar una base social amplia e informada que sostenga de forma creativa los procesos de transformación estructurales frente al bloque de poder.

GUSTAVO AYALA

Gustavo Ayala / Partido Socialista - Ecuador

Es substancial debatir el asunto de los partidos políticos en pleno escenario de debacle del sistema de partidos y cierto clima antipolítico; enfrentados a la instalación de una nueva Asamblea Constituyente y, debido a que la configuración de un gobierno progresista exige la urgencia de construir organización social que garantice un proceso de cambio en Ecuador.

Pretendo aportar algunos elementos que pueden tomarse como ejemplos de la experiencia uruguaya para cualquier proceso de unidad, y después reflexionar sobre los partidos políticos en general.

Aportes a la reflexión desde el Frente Amplio

Es necesario reconocer que aún cuando el sistema electoral uruguayo es en extremo complejo y no necesariamente un modelo para reproducir, tiene dos características a ser tomadas en cuenta como incentivos institucionales para el caso ecuatoriano, a puertas de una nueva reforma política. Estos son: promover las alianzas y permitir la diversidad identitaria de organizaciones como parte de amplias coaliciones políticas. Tales elementos permiten pensar en alianzas electorales a largo plazo y en procesos de unidad entre las fuerzas progresistas que reviertan la profunda fragmentación política ecuatoriana.

Como característica de la organización política, y al contrario de la mayoría de experiencias de alianzas entre las organizaciones progresistas ecuatorianas, rescato la configuración de los comités de base como espacios de encuentro de los militantes en la vida cotidiana, como elemento central del Frente Amplio uruguayo. Estos espacios amplían la discusión de la línea política de la coalición y pueden incidir en la toma de decisiones políticas.

Tanto es así que la mayor parte de la militancia del FA ha rebasado las identidades partidistas, para que la identidad 'frenteamplista' esté por sobre la suma de las partes. Hay más militantes 'frenteamplistas' que militantes de cada organización y eso demuestra que al existir procesos de unidad en el sentido que la sociedad desea, éste no es simplemente la suma de organizaciones sino la multiplicación de voluntades.

Es también interesante la configuración del proyecto político. El programa del FA no es un programa revolucionario pero es un programa para la

coyuntura histórica: un programa nacionalista, democrático, anti-imperialista y anti-oligárquico. En ese sentido, lo que se busca es procesar gradualmente la contradicción oligarquía-pueblo y no, por lo menos en esta etapa histórica, la contradicción capital-trabajo. Ello ha permitido generar una estrategia común de acción que evite la crisis y la profundización de sus consecuencias.

Desde esta perspectiva, la izquierda uruguaya reformó el sistema político, siendo un elemento que para el caso ecuatoriano exige realizar una profunda reflexión. Y esto por dos motivos. El primero, porque se comprende que mientras más organización popular está detrás de un proyecto de cambio éste cuenta con más sustento político y será más sostenible en el tiempo y menos sujeto a coyunturas electorales o a liderazgos personales.

Segundo, después que el neoliberalismo debilitó al Estado y socavó los instrumentos para la conducción política de la sociedad, las democracias restringidas en América Latina se blindaron como modelos conservadores. Sin embargo, la institucionalidad del sistema político –con todas las limitaciones y condicionantes estructurales previas– es un espacio donde los intereses de los sectores populares pueden irrumpir con mayor margen de maniobra ante los poderes fácticos. La institucionalidad es el instrumento más manejable para hacer frente al mercado y generar líneas de cambio redistributivos.

Desde nuestro punto de vista, el reto político actual en América Latina es constituir una base social para un proyecto que permita sostener el régimen político representativo al mismo tiempo que se logre cambiarlo para hacerlo profundamente democrático. Debemos ser capaces de resolver, en democracia, la implementación del cambio social. Eso no significa ver a la democracia liberal como horizonte, al contrario, el estado de la democracia representativa es el punto de partida pero no puede ser el límite.

Un filósofo italiano decía que si bien para entender e intervenir sobre la realidad hay que pisar con los pies en la tierra, no es menester tener la cabeza al mismo nivel. Es decir, se torna indispensable que las clases subalternas revaloricen la teoría como un arma imprescindible para la transformación social. Pues las ideas pesan en el balance de la acción política y en los desenlaces del cambio histórico.

Ficciones neo-liberales

Esto implica también problematizar algunas mitificaciones que son malas guías políticas. Una es el caso del renacimiento del mito del desarrollo capitalista nacional en las izquierdas latinoamericanas, pues pasa por alto elementos estructurales del sistema capitalista mundial.

La otra mitificación es sobre la organización política. Es lugar común proclamar la obsolescencia de los formatos tradicionales de representación política, partidos políticos principalmente como instrumentos creados en un contexto histórico diferente, para un accionar político delimitado al ámbito del Estado-nación y con sujetos hoy desdibujados. No obstante, genera mucha preocupación que al mismo tiempo que se proclaman los límites no se realice esfuerzo por discutir el tema de las nuevas vías y formatos organizativos necesarios y posibles.

En la coyuntura ecuatoriana, bajo un perorata impregnada de antipolítica y liberalismo, se reivindica, desde todas las tendencias, “lo ciudadano” como un festejo mediático de la (supuesta) espontaneidad individualista y una crítica simplista al aparato partidario como centro de operaciones de la “política corrupta”.

La variante ecuatoriana va desde el rechazo a la idea misma de partidos políticos como elementos necesarios de la democracia hasta una *sui generis* crítica a los partidos existentes tachándoles de no ser partidos políticos en estricto sentido. Esta idea pasa por alto la experiencia original de la democracia en América Latina y las formas concretas que adopta ésta. La visión es que al no ajustarse la realidad ecuatoriana a los conceptos –aprendidos desde categorías occidentales– se descalifica a la realidad como inexistente en lugar de ajustar los conceptos y pensar con cabeza propia. La verdad es que esa crítica tiene cierto tufo eurocéntrico y ahistórico.

En general, todo el discurso del malestar con la política justifica recambios de élites políticas y evidencia cierta pereza intelectual, pero desprecia un acumulado histórico de lucha social de las organizaciones populares. O, mejor dicho, genera un tipo de discurso, como decía Marx, “autorizado por la policía y vedado por la lógica”.

Apuestas frente al cambio

De tal suerte que, para consolidar el proceso de cambio que este nuevo gobierno puede abrir en Ecuador, es indispensable pensar la temática de la organización y esto bajo dos actitudes: rescatar la memoria histórica, comprender nuestra condición de herederos de una rica tradición de lucha, en mi caso de 81 años de historia del Partido Socialista, o de más de quinientos años de lucha del movimiento indígena y popular, pues en la historia nada empieza de cero; pero también insistir en la necesidad de ser creadores, de ser sujetos que se arriesgan a explorar los contornos inciertos del futuro, más aún en una época de transición.

Finalmente, considero que las izquierdas en América Latina estamos en un proceso de debate y entraremos, a mediano plazo, en un momento de definición. Esta redefinición pasará por el debate entre un reformismo puntual bajo la lógica del administrador de crisis y un reformismo radical que busca impugnar el orden, favorecer la constitución de sujetos sociales y preparar un nuevo escenario donde lo imposible de hoy sea lo posible del mañana.

Lo peor que nos puede pasar a las izquierdas latinoamericanas es auto condenarnos a moderar los efectos sin poder intervenir en las causas. Ya que en el fondo nuestra discrepancia con el bloque de poder es civilizatoria, porque como nos recuerda el irreverente ministro uruguayo José Mujica: para administrar esto, la derecha tiene oficio.

La democracia es el bastión del socialismo

A partir de una detallada descripción del recorrido del Partido Socialista, Marcelo Schilling introduce parte de la historia de la izquierda chilena. Discute sobre las vicisitudes y casualidades inherentes a los procesos de cambio, los cuales para ser profundos y radicales deben darse respetando irrestrictamente la libertad y la democracia.

MARCELO SCHILLING

Marcelo Schilling / Secretario General del Partido Socialista - Chile

Chile no es muy diferente del resto de América Latina como trataré de graficar en la gestación y trayectoria de su Partido Socialista (PS). Ello es importante porque cada uno de sus episodios fundamentales marcó el espíritu, el proyecto, el quehacer, la manera de organizarse, de actuar y de aprehender el mundo de los socialistas chilenos.

Reconstruyendo la historia del PS

El PS nace en 1933. El contexto histórico era el de la crisis económica mundial del capitalismo de 1929. En Chile ella golpea muy fuerte, precedida por la quiebra de la industria del salitre, la principal riqueza del país en la época. Si bien ya existía el Partido Comunista, este no capitalizó el descontento social pues, bajo el influjo de la COMINTERN, se había convertido en un partido sectario. En ese vacío de la izquierda chilena surge el PS que, a través de su primer Secretario General, Oscar Schnake, proclama que no es un partido más, sino uno que se propone cambiar la sociedad chilena instalando una República Democrática de Trabajadores.

Los mismos dirigentes y grupos socialistas que fundan el PS, el 4 de junio de 1932, mediante un golpe de Estado instalan la primera República Socialista de América Latina, de efímeros 12 días de duración, bajo la consigna de “Vestir, Alimentar y Domiciliar al Pueblo”.

Este gesto revolucionario era abiertamente contradictorio con la afirmación democrática que los mismos grupos socialistas harían el 19 de abril de 1933 al crear el PS. Asimismo, eran contradictorias las medidas impulsadas por el Gobierno de la República Socialista, la más radical de las cuales fue devolver las máquinas de coser, empeñadas por las mujeres de los trabajadores en la Caja de Crédito Prendario (más conocida popularmente como la “Tía Rica”) para alimentar a sus familias. Esta medida reformista tuvo la virtud de instalar a los socialistas en el corazón y en las mentes del pueblo. Como la mayor parte de las veces, un gesto valió más que miles de documentos y palabras.

Esta contradicción originaria acompañará al PS durante toda su existencia al igual como la vocación de poder, de ser Gobierno, evidenciada en el golpe de Estado de la República Socialista.

En efecto, en la segunda mitad de la década de los 30 el PS, el Partido Radical (PR) y el Partido Comunista (PC) fundan el Frente Popular, que instalará

a Pedro Aguirre Cerda en la Presidencia de la República. Su programa era afianzar la democracia, extender el derecho a la educación e industrializar el país al calor del proceso de sustitución de importaciones que se desarrollaba en casi toda América Latina.

Esta alianza sería el primer síntoma de la inclinación casi genética del PS a la suscripción de alianzas, tanto para autogobernarse como para gobernar al país. Ya en la República Socialista como en la fundación del partido (a las cuales concurren varios y diversos grupos socialistas) esta inclinación se había manifestado incipientemente y más tarde se reafirmaría en los años 50, 60 y 70 con el Frente de Acción Popular y la Unidad Popular que llevaron a Salvador Allende a la Presidencia. Más recientemente, dicha inclinación se reiteró con la Concertación Democrática que permitió la salida de la dictadura de Pinochet y la transición a la democracia, encabezada por el demócrata cristiano Patricio Aylwin.

Este rasgo distintivo del PS le ha permitido jugar el rol de articulador de todas esas alianzas, gracias a su cultura de coalición forjada durante décadas, tanto en su propio seno, donde habitan diferentes tendencias, como en las alianzas con otras fuerzas políticas.

Pese al éxito del gobierno del Frente Popular en sus objetivos de mantener la democracia, extender la educación e industrializar el país, el PS se dividiría entre quienes postulaban continuar en esa alianza y quienes proponían retirarse de ella por tratarse de una “alianza de clases” antipopular. Una vez más se ponía en evidencia la contradicción originaria que marca al PS y que se traducía en la ambivalencia entre radicalismo y reformismo, entre democracia y revolución.

Este período de confusión y división comenzaría a superarse en uno de los grupos en que se dividió el PS, llamado Partido Socialista Popular (PSP), en cuyo seno se formuló el Programa de 1947 que criticó al estalinismo y reivindicó la democracia como un valor en sí con la fórmula: “La educación de los trabajadores para la libertad sólo puede hacerse en un ambiente de libertad”. Al mismo tiempo el PSP definiría la línea del Frente de Trabajadores, que excluía las alianzas con sectores “progresistas” de la burguesía y privilegiaba las alianzas con sectores populares, por oposición a la línea del PC, que siguiendo la línea de coexistencia pacífica promovida por Moscú, sí favorecía entendimientos con la burguesía nacional.

Curiosamente, el del PSP sería el camino de Salvador Allende, pero no del PS en un comienzo. En efecto, a inicios de la década los 50, la ciudadanía se cautiva con la candidatura presidencial del ex dictador de los años 20, Carlos Ibáñez del Campo, quien prometía barrer con la corrupción de los gobiernos del Partido Radical, literalmente escoba en mano. El PS lo apoya en la esperanza de darle conducción a su gobierno y Allende levanta su propia candidatura, en alianza con un pequeño sector socialista y con los comunistas.

Ibáñez fracasa, el PSP se retira de su gobierno, el PS se unifica, los Trabajadores también se unifican en la Central Única de Trabajadores y se funda el FRAP que llevaría a Allende como candidato presidencial en 1958, quedando a 30 mil votos de ganar.

Así, mientras el triunfo de la revolución cubana en 1959 expandía la teoría del foco guerrillero, teorizado por Ernesto ‘Che’ Guevara y Régis Debray, como el camino a seguir en toda América Latina, en Chile el PS y la izquierda persisten en la vía democrática pues se había demostrado en 1958 que a través de ella se podía llegar al Gobierno.

Todo esto cambiaría con la derrota electoral de 1964 cuando una coalición de centroderecha impidió la victoria de Allende. Con ello se abre en el PS un debate que concluiría en que la insurrección era el modo para el cambio revolucionario. Así se consagró en los congresos generales de Linares (1965) y Chillán (1967), mientras una conferencia de organización aceptaba el “marxismo-leninismo” y el centralismo democrático como los fundamentos para la acción política y la relación con la sociedad. Se instituyó con ello los núcleos de base, los comités comunales y regionales, y el Comité Central como estado mayor para conducir el golpe de Estado revolucionario; la anterior organización partidaria, a imagen y semejanza de la división electoral del país, perdió relevancia.

En medio de este camino de la insurrección ocurre lo inesperado. Allende, esta vez a la cabeza de la Unidad Popular, que reúne a socialistas, comunistas, radicales, cristianos de izquierda e independientes, gana la elección y es ungido Presidente de la República.

Además de la alegría, en la izquierda chilena de la época la victoria allendista produjo desconcierto: se iba, aparentemente, hacia la “izquierda”

con la estrategia de la revolución y en el camino se presenta una curva ineludible hacia la “derecha”. Este desconcierto estuvo en la base de la debilidad estratégica del Gobierno de Allende, que influiría fuertemente en su derrocamiento.

La ambivalencia estratégica en la conducción del proceso alcanzó ribetes esquizofrénicos: mientras Allende impulsaba la “vía pacífica”, con respeto a la democracia, al Estado de derecho y a las libertades y garantías individuales; su equipo de seguridad, compuesto por militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) daba conferencias de prensa con fotos donde exhibían armas.

Estas contradicciones y relativismos hacia la democracia servirían de fundamento ideológico a la subversión antipopular alentada por la reacción interna y por los Estados Unidos. Este último, que buscó abortar el proceso chileno puesto que era un mal ejemplo para Italia y Francia, donde también era posible que la izquierda llegara al gobierno con una alianza entre socialistas y comunistas. A diferencia de Chile que es un país pequeño, lejano y pobre, Italia pertenecía a la OTAN y Francia tenía su propia fuerza bélica nuclear.

Esta es una historia trágica del socialismo chileno y su lección más evidente es que en la lucha política no todo está programado, sino que influye la casualidad y lo inesperado para lo cual una fuerza política “de cambio” debe contar con la flexibilidad y capacidad de reacción que le permita acompañar y guiar las tendencias sociales y políticas que emergen sin aviso desde la sociedad. Su segunda lección es la necesidad de la coherencia entre el pensamiento y la acción respecto de la cuestión de la democracia, pues cualquier ambigüedad al respecto favorece a los que nunca les ha acomodado la participación del pueblo en la conducción política de la sociedad, del Estado y de los países.

Producido el golpe de Estado, el Partido Socialista lo enfrenta desde la clandestinidad y se divide por una discusión sobre táctica y sobre concepción del socialismo. En lo táctico un grupo proponía emprender el camino de la huelga popular con características insurreccionales y el otro sostenía el camino de las alianzas políticas para, en el propio mecanismo y sistema de la dictadura, en el plebiscito decirle no a Augusto Pinochet y cambiar desde ahí las cosas. Este último camino se impuso.

Regreso a la democracia

Los socialistas, una vez derrotado Pinochet, nos unimos sobre la base de criterios de respeto a la diversidad y cuidado de la unidad. Lo mismo hicimos con la coalición más amplia que formamos donde coinciden cristianos, marxistas y racionalistas laicos sobre la base de un programa común que era el afianzamiento de la democracia, la reconquista de la libertad y establecer las mínimas condiciones para el progreso y la justicia social en nuestro país. Eso es la Concertación.

Este camino no ha sido simple. Se nos critica por distintas razones: una porque hemos ido demasiado lento, pero yo quiero recordar que cuando ganamos el plebiscito Pinochet sacó el 47% (con Fuerzas Armadas intactas) y nosotros el 53%.

Había que negociar y por eso nuestra transición no es espectacular, no es heroica. Por ejemplo, mucha gente cuando salimos de la dictadura dijo “queremos verdad y justicia ahora”. Lo que pudimos hacer fue una Comisión de Verdad y Reconciliación Ahora. Se nos dijo que habíamos renunciado a la justicia porque no hicimos el plebiscito para derogar la ley de amnistía, pero se hizo una cosa que no tuvo ninguna espectacularidad.

Corriendo un riesgo enorme, el presidente Aylwin envió una carta a los tribunales de justicia –inmiscuyéndose en un poder del Estado diferente del cual él dirigía– donde le dice: la correcta interpretación del delito de los desaparecidos es el secuestro porque mientras no aparezcan los cuerpos, si es que fueron asesinados, se supone que este delito sigue cometiéndose y en consecuencia no cabe la aplicación de la ley de amnistía porque la comisión del delito no ha expirado.

Estas disquisiciones jurídicas, que no tienen nada que ver con movilizaciones espectaculares, sino con un simple acto de valor cívico del Presidente, que le pudo haber significado un llamado de atención del Consejo de Seguridad Nacional –que integraban los militares– de que estaba sobrepasando la institucionalidad chilena, significó que tengamos presos a 3 ex jefes del aparato represivo, a ex generales, y que Pinochet finalmente haya podido ser enjuiciado aunque no condenado. Hoy hay más de 60 militares participantes en actos de represión presos y cumpliendo condena y más de 350 de ellos enjuiciados sin que hayan culminado sus procesos.

Chile del siglo XXI

En el curso del proceso de consolidación democrática fue necesario definir también un camino para sacar al país del hoyo en que lo habían dejado. Chile era un país pobre con 14 millones de habitantes y 2.700 dólares per cápita, hoy tiene un ingreso per cápita de más de 10 mil dólares (se multiplicó por más de 3 veces la riqueza en Chile). Recibimos un país con 40% de gente viviendo bajo la línea de pobreza, hoy día sólo el 13% vive bajo la línea de pobreza y en ese sentido el resultado es espectacular.

Al país siempre se lo pone como paradigma cercano al neoliberalismo por el cuidado en mantener el equilibrio macroeconómico. Pero la verdad es que ésta no es una cuestión sacrosanta. Simplemente también fue una necesidad del desarrollo porque no es cierto que mantener el equilibrio macroeconómico sea una cuestión antipopular. Los resultados de lo que ha pasado en Chile se traducen en la vida cotidiana, en la vida diaria, en la calidad de vida de las personas. Estos no fueron resultados abstractos.

Ahora estamos en la construcción de un Estado social de derecho que proteja a todos los chilenos y que consagre derechos universales en materia de calidad de educación, de calidad de la salud, de la calidad de la vivienda, de la calidad de los barrios. Derechos universales que además queden como garantía exigible por la ciudadanía. El objetivo es dejar garantizados los derechos sociales que son en definitiva los que importan a las personas.

Lo que he tratado de evidenciar a partir del título de esta mesa “¿Chile una experiencia diferente?” es que no lo es tanto. El desarrollo y construcción de la izquierda, en especial del Partido Socialista de Chile, como en todos los países de América Latina, ha estado sujeto a vicisitudes, imprevistos, avances y retrocesos, a confusiones teóricas y conceptuales, a contradicciones entre el discurso y la práctica y ha progresado por el método del acierto y el error. Asimismo, se puede afirmar que el enraizamiento del PS en el pueblo y en la historia de Chile se debe más a sus hechos que a una sesuda reflexión teórica o a una retórica revolucionaria.

En nuestro aprendizaje, se puede sostener la conclusión firme de que la democracia es el bastión del socialismo. En ella se han fundado el desarrollo de PS y todos sus éxitos políticos y sociales, incluso el desplazamiento de una dictadura brutal como fue la de Pinochet, y sólo en ella adquiere eficacia el método de acierto y error en la adopción de estrategias de cambio social y político.

trece

Tres ideas en torno a la experiencia

La presente exposición remarca aspectos sustantivos para la consolidación del socialismo en sociedades modernas, libres y diversas. Profundiza especialmente en la necesidad de consolidar las instituciones republicanas para garantizar el desarrollo social con equidad y, la incorporación de la participación, la deliberación, la transparencia y el acceso a la información como ejes de la acción política de los partidos o coaliciones de izquierda en el gobierno.

política del socialismo chileno

SANTIAGO ESCOBAR

Santiago Escobar / Director Ejecutivo del Instituto Igualdad – Chile

Lo primero a señalar es que los partidos políticos son una representación de intereses privados en lo público, que aspiran a captar el gobierno y el poder político para realizar un programa de gestión de esos intereses, que los transforme en plataforma social y guía de cambio.

En una broma un tanto ácida alguien ha definido a los partidos políticos como “una asociación de enemigos con un objetivo común”, debido a los problemas de cohesión que normalmente presentan en su interior. Sin embargo, es necesario recalcar que cada partido, al igual que cualquier organización de la sociedad, tiene sus consensos culturales internos, producto no solo de sus reglamentos, aspiraciones y valores sino, también, de la ecología social en la cual ellos se desenvuelven.

En los partidos progresistas ha predominado la reflexión sobre los momentos del proceso político, especialmente aquellos orientados a la captura del poder, por sobre el debate acerca de las instituciones, su funcionamiento y contenido. Ello genera un desequilibrio en las manifestaciones políticas, que los vuelve o tremendamente instrumentales e impredecibles en el momento del ejercicio del poder, o tremendamente ideológicos en los procesos de captura del poder. Ello porque ambos procesos, el de captura del poder político y el de ejercicio del gobierno tienen una lógica diferente en su interior. No es raro entonces que, luego de dos décadas de democratización o vigencia de democracia electoral en la región, aparezca este tema en el centro del debate.

Bajo la perspectiva de que entre los temas de mayor relevancia está el referido a las condiciones institucionales del funcionamiento de la democracia, definido en el Partido Socialista como los ‘temas republicanos de la democracia’, estamos convencidos de que a fin de cuentas el gran capital de los ciudadanos, especialmente de los más desposeídos de bienes materiales, son las instituciones. Son estas las que garantizan la igualdad y la libertad para los pobres quienes, al no contar con instituciones que funcionen o con poderes públicos no corruptos, o con administraciones ciertas y transparentes en sus procedimientos, quedan totalmente fuera de la lógica de funcionamiento social que permite el desarrollo de un proyecto de país integrado y con justicia social.

Al ser parte de una coalición exitosa de gobierno, que ha ejercido el poder durante casi veinte años, se constata las profundas transformaciones en Chile. Sin embargo, éstas pueden llegar a ser pasajeras si no se ven consagradas por la existencia de instituciones republicanas que garanticen su

permanencia y cumplimiento. Por lo tanto la secularización republicana de las instituciones políticas en democracia es no solo una lección de la historia, sino ahora un objetivo programático de la lucha política del socialismo chileno.

Voluntad, organización y programa para la participación

Un segundo aspecto a recalcar es que realizar una democracia republicana, orientada a un estado constitucional y social de derecho, implica voluntad, organización y programa. Pero tal voluntad, organización y programa, sea como aspiración de un partido político, un movimiento o una alianza política, no se hace en el vacío social.

La atmósfera social actual está caracterizada por un cambio sustancial de los elementos performativos de la política, entre ellos la percepción social de lo que la política debería ofrecer a los ciudadanos.

No soy de los que creen en la apatía como simple reflejo de la sociedad civil. Lo que hay detrás de esta aparente desafección es una asincronía entre lo que los ciudadanos esperan y lo que la política ofrece.

En el contexto actual, las presiones sobre la política provienen no solo de un mayor desarrollo tecnológico sino también de una mayor velocidad, flujo de hechos y de situaciones que dan lugar a una complejidad que los partidos en general no son capaces de captar adecuadamente.

Los gobiernos se ven cercados por una mayor densidad técnica, con una sociedad que adquiere sus criterios de opinión y estructura sus demandas a partir de una información globalizada. Y por lo mismo, la manera de informarse e interpretar la realidad, o de crear una atmósfera política, no proviene solamente de los mensajes que suministran los mediadores políticos inmediatos, como son los partidos o los líderes de opinión, los medios de información o el gobierno con sus acciones.

Las atmósferas sociales se alinean en interpretaciones muchas veces derivadas de lo que denomino ‘estado osmótico de información’, es decir, una situación de cruce de variables significativas, sin orden ni jerarquía, provenientes de diferentes partes y medios, muchas veces con una velocidad que las acerca poderosamente a la espontaneidad. Ello crea no solo vínculos inmediatos o espontáneos, sino, también, atmósferas nuevas que

aparecen y desaparecen haciendo muy fluida la realidad. El fenómeno de la espontaneidad social llegó para quedarse y es uno de los principales desafíos de la política moderna.

El caso chileno y de la Concertación de Partidos por la Democracia en el momento del Plebiscito del año 1988, en que se derrotó políticamente a la dictadura de Augusto Pinochet, es un ejemplo claro de ello. El momento era de un agotamiento psicosocial de la sociedad, capaz de motivar un cambio político aluvional, una explosión insurreccional o una depresión e inmovilidad colectivas. La privación de derechos y la presión social de la dictadura daba para una u otra situación, y lo que efectivamente ocurrió es que generó una derrota política larga a la Dictadura y una base de confianza de onda larga para la Concertación.

El arte político de ésta no fue la derrota política de la dictadura con sus propias armas, sino el aprovechar ese agotamiento psicosocial de manera creativa para dar un giro estratégico al país en un ambiente de alta estabilidad, usándolo no como un combustible de rabia sino de alivio y confianza política en los nuevos gobernantes. Parte de esa magia perdida, de tranquilidad y optimismo, es lo que muchos sectores del PS critican a la actual conducción gubernamental, sin comprender a cabalidad el significado de las coyunturas y la durabilidad de los argumentos sociales.

En la actualidad, la incursión política está desprovista de nuevos instrumentos interpretativos de una sociedad civil que tiene un ambiente de mayor diversidad social y política, mayor complejidad técnica, mayor información. Eso es lo que produce la asincronía entre las expectativas ciudadanas y la oferta política.

Considero que la sociedad espera participación como poder decisorio frente a la política pública. También espera transparencia, expresado como derecho social a la información, que es vital para instalar procesos políticos de amplia legitimidad. Y espera responsabilidad de sus gobernantes para hacerse cargo en público de los errores que la gente conoce y experimenta en sus efectos.

Hay que mirar con atención el fenómeno que se vive en Italia, donde se demuestra que pese a la debacle completa de su sistema político hace pocos años, la sociedad empieza a recomponerse en movimientos políticos con una amplia participación popular. Hasta el punto que en las elecciones primarias generales votaron más de 3 millones de ciudadanos por el Partido

Democrático y lo más probable es que ese hecho afirme un proceso de participación política muy directo en los diversos niveles. Es decir, es posible hacer participar a la gente si se tiene voluntad política, ideas claras sobre la institucionalidad democrática, la propia y la del país, y un programa que la gente entiende y por el que se sienta representado.

La confianza y el diálogo como bienes públicos perfectos.

Deseo subrayar, por último, que la política moderna tiene un elemento consociativo indispensable, que en el caso de Chile ha sido muy importante para superar los problemas tempranos de una transición política compleja. Si las sociedades modernas tienden a la libertad, también tenderán a la diversidad y deberán constituirse como sociedades plurales.

El elemento consociativo indica que no es posible avanzar hacia una institucionalidad estable sin acuerdos macros, sin un cierto consenso sobre las reglas del juego y sin la producción de ciertos bienes simbólicos, especialmente la confianza, que permiten un funcionamiento relativamente cierto y estable del sistema político.

La instalación de una atmósfera de reglas del juego claras, y la confianza, son componentes centrales para que el elemento consociativo de la democracia moderna se transforme en un 'ethos republicano', que de paso a una política dialógica y no de enemigos, y genere certidumbres constitucionales y garantías para las minorías.

Ello no es espontáneo sino orientado, pues lo espontáneo en una sociedad plural es la fragmentación, razón por la cual lo consociativo no implica eliminar el debate, sino solo orientarlo para que se transforme en el piso que pone las condiciones para un ejercicio dialógico de la política.

Por lo tanto, considero que las Asambleas Constituyentes o los momentos constitutivos de régimen como los que se vivieron en Chile entre 1988 y 1990, para hacer posible la transición a la democracia, son cruciales en cada sociedad. Para que los principios de transparencia y responsabilidad cristalicen en torno del objetivo central de cualquier institucionalidad es necesario un encuadramiento jurídico de los fenómenos sociales y políticos que sea aceptado por todos. Expresan mucho más el momento de la hegemonía y el debate que el momento de la dominación y la confrontación.

Desde esa perspectiva, las Constituciones que nacen bajo este prisma son encuadramientos jurídicos de fenómenos sociales y políticos que deben garantizar un desenvolvimiento institucional y social bajo garantías generales. Pero son también criaturas de sus circunstancias que, junto con habilitar un nuevo período, inevitablemente se agotarán en el devenir de lo social y lo político, razón por la cual deben ser pensadas de manera flexible e inclusiva.

Se acostumbra a decir que las Constituciones constan de una parte orgánica y de una parte dogmática o valórica. Sin embargo son algo mucho más complejo que eso, sobre todo en la sociedad moderna. Por lo que resulta indispensable tener claro cuatro aspectos esenciales.

En primer lugar las Constituciones son un consenso cívico sobre los fundamentos y los valores de orientación de todo el sistema, y de cómo ellos pueden permear el funcionamiento de toda la institucionalidad del país.

En segundo lugar son, una arquitectura institucional de las funciones del Estado, desde la existencia de un Defensor del Pueblo hasta un Tribunal Constitucional u órgano afín, que permita reinterpretar institucionalmente el flujo social en ella

Tercero, constituyen un sistema decisorio de Estado con competencias y responsabilidades que se expresan en mecanismos acabados que no traban ni dificultan el funcionamiento del Estado ante la primera controversia.

Finalmente expresan una sincronía institucional y jurídica, es decir, son una especie de sinfonía exenta de notas fuertes, pero capaz de armonizar intereses sociales muy diversos e incluso contradictorios con alta legitimidad social. El único requerimiento es que esta legitimidad no sea delegada sino originaria del pueblo que como soberano sanciona con su voto la Constitución.

En el caso chileno hemos cumplido la etapa de las normas o de las reglas consociativas, que sirvió para hacer la transición. Sin embargo, actualmente está abierta la discusión sobre el Estado social de derecho ya que la Constitución que nos rige no representa ni el consenso social actual de la sociedad, ni su nivel de desarrollo. Si bien un país no puede gobernarse de manera plebiscitaria, una Constitución no es plenamente legítima si no ha sido aprobada con el voto directo del soberano.

Deseo finalizar señalando que los partidos de izquierda, deben salir a disputar los significados de la política en la nueva realidad social.

La sociedad moderna es una sociedad veloz, de redes, vínculos informales y círculos de opinión, muchos de ellos en la red informática universal. Ellos deben instalar un proceso informativo general al interior de la sociedad, para lo cual requieren manejar elementos tecnológicos de la modernidad junto con contenidos reinterpretaivos de la sociedad.

En tales aspectos está la clave para manejar la espontaneidad. No deben pensarse los movimientos sociales como un soporte permanente, pues siempre se mueven por un interés concreto que una vez realizado los desactiva. Cuando ellos adquieren conciencia y vocación más general y política, requieren de sistemas de referencia, sentidos comunes más amplios que no se pueden improvisar, y que son el nicho de los partidos políticos y sus programas.

Todas las improvisaciones en la experiencia de las izquierdas en América Latina, en las que incluyo el Chile de la Unidad Popular, el Frente Amplio en los años setenta, etcétera, han tenido consecuencias trágicas. Hoy debe aprovecharse el sentido de red que tiene la sociedad moderna para tejer un proyecto de amplia base social, con sentidos comunes compartidos. Parte sustancial de la política moderna no se domina en la calle, sino en el flujo cotidiano del funcionamiento institucional y social de un país.

catorce

Ejes de debate sobre la Concertación Chilena

El texto aborda puntos de reflexión sobre los partidos de izquierda en Chile y remarca la formación de una cultura política democrática ciudadana que ha sustentado y apoyado los cambios advenidos después de la Dictadura Militar.

XAVIER BUENDÍA

Xavier Buendía / Izquierda Democrática
(ID) – Ecuador.

El proceso de la Concertación en Chile no es un tema de análisis desde el punto de vista de la heroicidad, sino como uno que tiene muchos factores desde la reflexión y la criticidad de los aspectos que le son connaturales. Se procederá a plantear cuatro ejes de análisis y reflexión sobre la izquierda en Chile.

En primer lugar, el desarrollo de la política de izquierda en Chile generó una densa cultura democrática, entendida ésta como todos los aspectos y valores que comprenden y comprometen a la constitución de una identidad democrática, que determinó alrededor de los procesos desde 1973 hasta el año 1989, una cultura política particular.

El papel de los partidos políticos tradicionales de izquierda y de los que se constituyeron posteriormente fue el de formular una plataforma que enriqueció y fortaleció sus estructuras desde el punto de vista ideológico y que devino en un programa de lucha alrededor del tema plebiscitario. Luego construyeron una plataforma, sin renunciamentos a la diversidad ideológica contenida en esos partidos, sobre la conciencia de lo que es un proyecto de país desde una agenda pública de izquierda.

Como segundo punto de análisis, cabe enfatizar en la capacidad de construir consensos sobre la base de definir parámetros de participación en cada una de las organizaciones, particularmente referidas a la administración del poder y al fortalecimiento institucional. Ejemplo de ello es la profundización de las regulaciones en el ámbito jurídico, sin que los devaneos de la historia ni las coyunturas hagan que se tomen posturas de resquebrajamiento del pacto social.

Tercero, las políticas públicas fueron construidas desde la base social y permitieron tener una coherencia significativa con la agenda presentada desde la línea programática. La convivencia en democracia a través del fortalecimiento y el respeto a las autonomías de cada organización partidaria, permitieron llevar adelante la formación y promoción de cuadros que asuman retos.

El contar con una cultura política democrática no implica simplemente participar en comicios, sino la capacidad de aceptar los resultados y sostener una posición frente a ellos que formule unidad con visión integradora. En ese contexto, se ejecutó la alternabilidad en el marco de gobernabilidad que sin duda alguna se basó en la profundización de la democracia.

Cuarto, la capacidad de internalización que los chilenos y las chilenas tuvieron al empoderarse de la gestión gubernamental y de llevar adelante, no solamente el proceso de gestión, sino de administrar los cambios desde una visión de futuro. Prueba de ello son los indicadores económicos como parte de un plan de gestión y con resultados en el marco social, respetando el ordenamiento jurídico, lo cual hace que se eviten rupturas en lo institucional y en el fortalecimiento de la democracia.

La influencia política y geopolítica que ha tenido Chile alrededor de la Concertación es significativo. Actualmente se enfrenta al desgaste de permanecer por 16 años en la administración del poder, si bien superó ya los aspectos de la transición, enfrenta hoy el reto de modificar los resultados obtenidos y alcanzar nuevos sobre la base de conservar la unidad política en la diversidad.

En este sentido, el mayor legado y enseñanza del proceso chileno a las organizaciones partidarias es el de asumir con responsabilidad el cambio y la innovación para recuperar el rol principal del partido político como intermediario e interlocutor con la ciudadanía.

Segunda parte

Los procesos de unidad en la izquierda ecuatoriana

quince

Análisis comparativo de procesos de unidad en la izquierda ecuatoriana

SILVIA VEGA

El presente ensayo presenta tres experiencias de unidad en partidos y movimientos políticos de izquierda en el Ecuador con el fin de entender los contextos políticos de los cuales emergieron, sus propósitos y el balance entre la lucha social y electoral. A partir de este análisis comparativo Silvia Vega concluye que la historia de los movimientos de izquierda en el país ha sido la historia de la fragmentación. Tal carácter debe ser transformado si se apuesta por un horizonte socialista o post-neoliberal.

Silvia Vega / Socióloga, UCE - Ecuador

Es vital reconocer la oportunidad de la discusión sobre la “Innovación partidista de las izquierdas en América Latina”, en un momento en que el Ecuador vive probablemente el cierre del ciclo abierto con el llamado “retorno a la democracia” que, desde fines de los años setenta construyó la institucionalidad política y dentro de ella la de los partidos políticos, que hoy evidencian su crisis definitiva. Estamos, por tanto, frente a un nuevo momento político, enteramente abierto a la creatividad de los actores y actrices políticas que tenemos el privilegio de vivir este momento histórico.

Se realizará una revisión rápida de la experiencia histórica de unidad partidaria de la izquierda ecuatoriana en el 28 de mayo de 1944, que sin duda fue la experiencia de masas más importante del siglo XX, y también se analizarán dos experiencias adicionales: la reunificación del socialismo en el año 1984 y la fusión del Partido Socialista y el FADI en 1995.

Es una tarea pendiente en el Ecuador, hacer una reflexión profunda y auto-crítica de todas estas experiencias de unidad de la izquierda pues las iniciativas que construyamos en el presente y hacia el futuro deben nutrirse de esas lecciones.

La exposición está organizada a partir de tres preguntas:

1. ¿En qué contexto político y social surgieron estas tres experiencias por analizar?
2. ¿Qué propósito tuvieron estas experiencias? y,
3. ¿Cómo se expresó el balance entre la lucha social y la lucha electoral en ellas?

Acción Democrática Ecuatoriana

La primera experiencia referida es el surgimiento de Acción Democrática Ecuatoriana (ADE) en julio de 1943, como un espacio de articulación multi-clasista del Partido Socialista Ecuatoriano, el Partido Comunista del Ecuador, Vanguardia Revolucionaria Socialista, el Partido Liberal Independiente, el Partido Conservador, el Frente Democrático (de Camilo Ponce Enríquez) y con la participación social de la Unión Democrática Universitaria y la Unión Democrática de Trabajadores. Surgió inicialmente como un frente electoral para organizar las elecciones contra Arroyo del Río y contra el candidato

oficial del ‘arroyismo’, que iban a tener lugar en junio de 1944. Obviamente se produjo antes la revolución el 28 de mayo de 1944 y el panorama político se alteró.

En realidad, ADE fue la que articuló la oposición a Arroyo del Río y la gestora del movimiento revolucionario del 28 de mayo. El Gobierno de Arroyo del Río expresaba los intereses de la oligarquía guayaquileña, y frente a ésta se organizó una alianza bajo la estrategia del “frente popular”, tesis levantada por parte de los partidos comunistas del mundo, como estrategia antifascista y que implicaba la alianza de la izquierda con sectores de la burguesía “democrática”, con la función de cumplir una etapa de la revolución democrático-burguesa.

¿En qué contexto social y político actuó ADE? Surgió en un momento de resquebrajamiento y crisis de la dominación oligárquica, agravada por el cercenamiento territorial de 1941, que creó una herida nacional muy profunda y que resquebrajó también al ejército, institución fundamental de la acción revolucionaria de 1944. Era un momento de enorme ascenso de la organización social, de trabajadores, de mujeres y estudiantes: se constituyó ahí la Alianza Femenina Ecuatoriana que tuvo una destacada participación.

Poco después en la revolución en junio del 44 se conformó oficialmente la Central de Trabajadores Ecuatorianos (CTE), primera central sindical del país, que contaba también con el movimiento indígena organizado en la Federación Ecuatoriana de Indios. Cuando se inauguró ADE fue un año electoral y habían además muchos comités electorales, especialmente a partir del lanzamiento de la candidatura de Velasco Ibarra, candidato que articuló electoralmente ADE y cuya candidatura fue presentada en marzo del 44, como una candidatura de “unidad nacional”.

En ADE hubo una enorme presencia de la izquierda. El propósito principal de ADE era, desde la lectura de partidos de la derecha –Partido Conservador, Frente Democrático– participar en las elecciones para lograr una recomposición de la dominación oligárquica en crisis. Para los sectores de izquierda que participaron en ADE en cambio, era la posibilidad de realización de una revolución democrático-burguesa.

Se plantearon algunos temas en el programa de ADE, que marcan el propósito de esta alianza desde la izquierda, como fue el sufragio libre, la no interferencia gubernamental en las elecciones –pues el fraude estaba más o menos institucionalizado–, la libertad de propaganda y organización

política, la separación de poderes –ya que el presidente Arroyo del Río hacía todo el tiempo uso de facultades extraordinarias–, una depuración administrativa para evitar el tráfico de influencias. En lo económico, se planteaba eliminar los rasgos feudales del país, eliminar la dependencia de capitales monopólicos extranjeros y una planificación de la economía como temas principales del programa.

ADE se desintegró después de la revolución del 28 de mayo cuando se le entregó el poder a Velasco Ibarra quien llegó del exilio en Colombia. Velasco Ibarra constituyó un gabinete donde el único socialista era el Ministro de Trabajo y todos los demás eran de los partidos de la derecha. ADE fue rescatada por la izquierda que se presentó bajo esta denominación a las elecciones de julio para la Asamblea Constituyente.

En esa Asamblea Constituyente que se instaló en julio del 44 se eligieron 58 asambleístas provinciales y 34 funcionales, es decir 92 en total, de los cuales ADE obtuvo 67, es decir más de dos tercios de los asambleístas, lo que probaba que todavía en julio del 44, el peso de la izquierda era muy significativo en el electorado. Las primeras acciones de la Asamblea Constituyente del 44 que duró hasta marzo del 45 fueron de corte jacobino: los primeros 3 meses, una serie de sanciones a los arroyistas, confiscación de bienes a algunos individuos vinculados con el arroyismo, etc., y luego se retrocedió en todas esas medidas hasta el término de la Constituyente.

Un párrafo de Manuel Agustín Aguirre, que en ese momento era dirigente del Partido Socialista y se expresaba con respecto de la Asamblea Constituyente decía: “...los asambleístas fuimos a escribir una revolución que aún no se había hecho, inmadura porque la revolución no es únicamente el triunfo de las armas, es sobre todo el cambio de las bases fundamentales de la organización económico-social contra la cual se produce esta revolución; entramos precipitadamente en un régimen legal sin haber realizado ninguna reforma fundamental de carácter económico, ni mucho menos haber quebrantado las fuerzas contra revolucionarias que se mantuvieron intactas y prestas al asalto”.

De esa revolución nos quedaron dos instituciones democráticas que son quizás el gran logro, porque Velasco Ibarra en el año 1946, al año de haber sido expedida la Constitución de 1945, la dejó sin efecto y dio un golpe de Estado. Las dos instituciones democráticas que nos quedaron como herencia de esa Constitución fueron el Tribunal Electoral y el Tribunal de Garantías Constitucionales.

La izquierda en el “retorno a la democracia”

Entre 1945 y 1978, la izquierda se fragmentó en corrientes ideológicas que tenían sus referentes internacionales con diferentes estrategias de lucha. El “retorno a la democracia” en el año 79, formalizó esta fragmentación de quienes optaron por una participación electoral a través del régimen de partidos y el régimen electoral aprobado en el retorno a la democracia.

Se constituyó electoralmente el Frente Amplio de Izquierda (FADI) que era una alianza del Partido Comunista, el Partido Socialista Revolucionario, el Movimiento Revolucionario de Izquierda Cristiana; y también se constituyó, por otra parte, el Movimiento Popular Democrático (MPD).

En el año 1984, en plena vigencia de la lucha democrática electoral, se da la experiencia de reunificación del socialismo, que se fundamenta en la búsqueda de un espacio legal propio de la corriente socialista, porque se pensaba que el FADI tenía una clara hegemonía de las tesis comunistas.

Entonces, en esta unificación del año 84, se busca usar el membrete legal del PSE que había subsistido, para ser retomado por el Partido Socialista Revolucionario, un sector de la central sindical CEDOC –tanto de Quito como de Guayaquil–, un sector del Movimiento Revolucionario de Izquierda Cristiana –porque otro sector se quedó en el FADI– y, un movimiento electoral de la otra central sindical, la CEOSL, que era el Partido Ecuatoriano del Pueblo. El propósito de esta alianza fue un agrupamiento ideológico socialista, la consolidación de una base social sindical para la lucha en el marco del Frente Unitario de los Trabajadores (FUT) que se había constituido recientemente y la defensa de los derechos humanos, desde la institucionalidad democrática, en la época del gobierno de León Febres Cordero.

El contexto en que se produce ésta, y mucho más la siguiente experiencia de la que hablaré rápidamente, es el inicio del reflujo del movimiento sindical por las políticas de ajuste estructural y los inicios de la flexibilización laboral, la política derechista de Febres Cordero como fenómenos que se profundizaron en la década de los noventa donde surge con fuerza la ideología neoliberal como norte de los gobiernos, especialmente a partir del de Sixto Durán Ballén.

El balance de la lucha social y la electoral en esta primera etapa de la reunificación socialista en los años 80, puede caracterizarse como de equilibrio y balance entre ambas, porque el FUT tuvo todavía impacto, hasta que

finalmente entró en crisis; y la actividad, especialmente parlamentaria, fue muy activa.

En el año 1988 hubo dos experiencias electorales de agrupamiento de la izquierda: el Frente de Izquierda Unido, donde participó el FADI, el MPD, el MIR y el MRT; y la Unión Patriótica del Pueblo, conformada por el Partido Socialista y Liberación Nacional, que se había desmembrado del FADI, bajo el liderazgo electoral de Frank Vargas –quien dio el golpe contra Febres Cordero en el llamado “Taurazo”–.

En torno a estas dos alianzas de la izquierda, se presentó la discrepancia de si se debía agrupar o no a la izquierda junto con un caudillo que efectivamente no provenía directamente de la izquierda o, había que mantener la cohesión ideológica en un frente.

En el año 1995 se fusionó el PSE y una gran parte del FADI, cuando este último experimentaba un paulatino debilitamiento ante la pérdida del referente ideológico internacional tras la caída del Muro de Berlín. Había también un debilitamiento mucho más profundo de las bases sociales tradicionales y sindicales, por una profundización de la flexibilización laboral, una crisis económica y los intentos más sólidos del gobierno de Sixto Durán y Alberto Dahik para la aplicación de medidas neoliberales.

El surgimiento de nuevos actores sociales como el movimiento indígena, el de mujeres, el de ecologistas, el surgimiento explosivo de las ONG en un espacio de acción social en el que estos nuevos actores/as privilegiaban identidades, provocó un distanciamiento de la ideología tradicional de izquierda. En parte porque los partidos existentes no lograron entender, incluir, representar los nuevos discursos; y en parte también, porque hubo enorme provisión de fondos internacionales, para que todos estos movimientos sociales pudieran desarrollarse independientemente.

Esta alianza de 1995, tuvo más bien un propósito de carácter defensivo, que era mantener el referente ideológico socialista en un momento de embate mundial del neoliberalismo; en cierto modo se buscaba que la ideología de la izquierda sobreviviera con algún grado mínimo de resonancia.

En cuanto al balance de la lucha social y electoral, si bien se produjo una fluidez mayor en la relación inter-sindical en el FUT, se trataba ya de un FUT absolutamente debilitado, el peso de la lucha electoral fue prioritario en este período. Esta fusión Socialista-Comunista en el Partido Socialista

Frente Amplio, significó sin embargo, la separación de otros sectores socialistas que confluyeron en la primera reunificación del año 84, que no estuvieron de acuerdo con la alianza con los comunistas.

Análisis comparativo de las experiencias de izquierda

Tomando las tres preguntas que nos habíamos hecho para organizar esta reseña, el contraste que se puede ver entre las experiencias históricas es que mientras la primera se dio en un momento de ascenso de las luchas sociales y de crisis del modelo de dominación oligárquica, las otras dos se dieron en el momento de declive de la lucha social de los actores, los sujetos tradicionales y del surgimiento de nuevos actores, pero en el marco de una derrota mundial del socialismo y una fuerte afirmación capitalista.

Mientras la experiencia del 44 se queda corta en sus propósitos y no capitaliza sus fuerzas sino la hipoteca a la conducción burguesa, las últimas tienen más bien un énfasis ideológico de afirmación de izquierda, pero no logran incidir políticamente hacia la creación de un bloque de poder dominante y actúan más bien a la defensiva.

Si un logro político se puede desprender de un período de lucha de estas organizaciones de izquierda y de los movimientos sociales, es haber impedido la plena implementación del neoliberalismo en el país, pues aquí, ha sido parcial la implementación del modelo.

En el 44, la lucha electoral para la Asamblea Constituyente ahogó la lucha social directa del pueblo. También en varios momentos del periodo posterior al retorno a la democracia, el régimen de partidos y el sistema electoral contribuyeron a la fragmentación de la izquierda, ya que penalizaron las alianzas políticas y llevaron a una dinámica de “supervivencia legal” que opuso a unos contra otros.

Si ahora estamos cerrando el ciclo y planteándonos abrir uno nuevo, es vital reconocer que el sistema de partidos y el sistema electoral creado en 1979 contribuyó a la fragmentación de la izquierda, debemos preguntarnos, ¿en qué línea y en qué dirección habría que plantearse la reforma del régimen de partidos y del régimen electoral para que en este nuevo ciclo político no ocurra lo mismo sino al contrario se potencie la articulación de la izquierda?

De 1945 a esta parte, la historia de la izquierda ecuatoriana, aunque con intentos de unificación parcial, ha sido la historia de la fragmentación. El énfasis en la diferenciación ideológica ha estado en la base de esta fragmentación. Esta última constatación podría conducirnos a la conclusión de que la unidad pasa por privilegiar las agendas políticas de consenso democrático, dejando en segundo plano la discusión ideológica y la definición socialista, entendiendo que estamos atravesando este momento un período de transición post neoliberal, pero no necesariamente de luchas por el socialismo.

En todo caso, quisiera concluir señalando que las tres preguntas que sirvieron de base para la revisión histórica brevísima que hemos realizado, me parecen válidas para organizar la discusión a abordar en el país en torno a la construcción de una fuerza política articulada de las izquierdas. Es decir, caracterizar precisamente el contexto político-social y económico mundial, latinoamericano y nacional, lo cual implica un balance de clases y actores sociales que están hoy presentes. En este punto, creo que nos hace falta mucho pensamiento, mucha reflexión, mucho debate; hecho de menos a un Fernando Velasco, a un Manuel Agustín Aguirre, a un Agustín Cueva. Creo que nos hace falta ese tipo de gente en el momento actual para tener teoría, para tener análisis, para tener reflexión en torno a estos temas.

Un segundo aspecto que tiene que ver con la pregunta de los propósitos de las experiencias, es la definición de una agenda política de convergencia adecuada a la caracterización que hagamos del momento político y del contexto mundial y nacional. Definición de agenda que tenga como ejes los aspectos más sentidos y motivadores de la lucha social de los distintos actores para evitar que sean coaliciones exclusivamente electorales.

Hay que criticar la democracia desde la democracia y esa crítica solo puede tener una perspectiva progresiva, una perspectiva radical que abra brechas para avanzar desde la democracia participativa, desde la acción directa del pueblo organizado y no solo desde las instituciones formales de la democracia liberal. Por eso creo que esas tres preguntas nos sirven para analizar la historia y para articular hoy la discusión que nos lleve a superar esta etapa de fragmentación y a plantearnos de aquí para adelante un período de articulación.

diez y seis

La experiencia del Frente Amplio de Izquierda (FADI) en Ecuador

El presente artículo realiza un importante recorrido histórico de las décadas 50, 60 y 70 en el Ecuador como antecedentes a la creación del Frente Amplio de Izquierda. Sitúa a los partidos y movimientos políticos que confluyeron en la institución del FADI, así como sus fundamentos y plan de gobierno basados en la lucha popular, democrática, anti imperialista y revolucionaria que marcaría el camino hacia el socialismo.

RENÉ MAUGÉ M.

René Maugé M. / Ex secretario general del FADI. Vicepresidente del TSE.

Los diferentes partidos y organizaciones políticas de izquierda han acumulado, durante décadas, importantes experiencias tanto positivas como negativas logrando un agregado histórico, el cual, de saberlo utilizar, se proyectaría hacia una transformación revolucionaria del Ecuador. Revisar la experiencia del Frente Amplio de Izquierda (FADI), proceso complejo y con antecedentes que no se pueden soslayar para la comprensión del futuro de la izquierda, puede ayudar en esta dirección.

Es necesario, para el efecto, partir de algunos antecedentes que permitan comprender como se constituyó el FADI y las experiencias inmediatas que lo precedieron. Las décadas del 50 y del 60 fueron décadas de gran crisis interna y de grandes confrontaciones sociales en el plano nacional e internacional. El primero de enero de 1959 triunfa la revolución Cubana abriendo un nuevo momento en América Latina.

Como un precedente unitario en la década del 50 cabe considerar la experiencia del Frente Democrático Nacional, encabezada por el Dr. Raúl Clemente Huerta de filiación liberal, en el cual participó activamente la Izquierda ecuatoriana. En 1956 el Dr. Raúl Clemente Huerta fue derrotado en elecciones y se reconoció como triunfador al Dr. Camilo Ponce Enríquez de filiación conservadora y luego Socialcristiano. Desde el comienzo su gobierno chocó con una gran resistencia desatándose una serie de acciones en el país, terminando algunas de ellas en asesinatos como el de Pucará el 2 y 3 de junio en Guayaquil.

A partir de 1957 se dieron los primeros pasos para la organización de la Unidad Democrática Anticonservadora, en un entorno de movilizaciones casi diarias. Esta coalición de fuerzas fue conformada por el partido Socialista Ecuatoriano, el Partido Comunista, la Concentración de Fuerzas Populares, el Partido Liberal y un movimiento de independientes. Esta coalición anticonservadora organizó e impulsó la oposición a las políticas del Presidente Camilo Ponce Enríquez y, luego al finalizar dicho gobierno, conformó el binomio compuesto por el internacionalista Dr. Antonio Parra Velasco y el escritor Benjamín Carrión, para participar en el proceso electoral.

El programa anticonservador, democrático, agrario y antiimperialista levantado por la coalición se concretó en la consigna “Parra-Carrión revolución”. Sin embargo, nuevamente el Dr. José María Velasco Ibarra ganó la Presidencia en esas elecciones.

Los partidos que constituyeron la Unidad Democrática Nacional Anticonservadora, conformaron con sus organizaciones juveniles, la Unión Revolucionaria de la Juventud Ecuatoriana (URJE) en 1958. Ésta pasó a ser la expresión de unidad juvenil más importante en la historia del Ecuador.

La URJE, en medio de un intenso ambiente de luchas campesinas, obreras, estudiantiles y sociales y al calor del triunfo de la Revolución Cubana, se potenció pasando a ser un referente y actor que en muchos casos rebasó la acción de los partidos que le habían dado nacimiento.

En este período se instaló en el Ecuador, en el marco de la guerra fría y para contener el poderoso movimiento social, una Estación de la CIA en Quito. Para conocer los daños ocasionados y el fraccionamiento a la izquierda y a las organizaciones sociales producidas por esta oficina, es importante conocer el diario denominado “La CIA en el Ecuador”, escrito por el ex-agente Philip Agee, quien dejó consignado y al descubierto los métodos de división y filtración de los intereses foráneos, en los partidos, centrales sindicales, instituciones democráticas y en particular en la izquierda.

En la década del 60 continuó y se acentuó la crisis en el Ecuador. El Vicepresidente, Dr. Calos Julio Arosemena derrocó a Velasco Ibarra, y luego, este fue derrocado por una Junta Militar, presidida por el Capitán de Navío Ramón Castro Jijón, para contener mediante la violencia el avance de las luchas populares y de la unidad de la izquierda.

A mediados de la década del 60, un poderoso movimiento popular derrocó a la dictadura militar y al convocarse a elecciones se redefinieron las fuerzas de izquierda al constituirse la Unión Democrática Popular que impulsó la candidatura del Binomio Presidencial integrada por el Doctor Elías Gállegos Anda y el dirigente sindical Gonzalo Villalba. En este período se forman nuevos partidos autodenominados de centro izquierda: la Izquierda Democrática de tendencia Social Demócrata y la Democracia Cristiana expresión de la doctrina social de la iglesia católica.

El Dr. José María Velasco Ibarra que fue derrocado en 1962, vuelve a ganar la Presidencia de la República en 1971, autoproclamándose a poco tiempo Jefe Supremo. Roto el orden constitucional, las Fuerzas Armadas desplazaron al Dr. Velasco Ibarra e instauraron el Gobierno Nacionalista y Revolucionario de las Fuerzas Armadas. Con un programa de transformaciones socio económicas, en circunstancias que el Ecuador iniciaba la explotación petrolera.

La política de carácter nacionalista y la implementación de algunos planes impulsados por el General Rodríguez Lara y las Fuerzas Armadas merecen ser analizados y profundizados. Cuando el General Rodríguez Lara quiso iniciar una política de desarrollo de una petroquímica e impulsar las transformaciones agrarias fue desplazado del poder por el Vicealmirante Alfredo Poveda Burbano, ubicado como elemento de transición y de contención de las transformaciones, quién organizó el plan de retorno al régimen constitucional.

Constitución y principios programáticos del Frente Amplio de Izquierda

En 1978, dentro del Plan de Reestructuración Jurídica del Estado Ecuatoriano formulado por la Junta Militar de Gobierno, se convocó a la realización de un proceso electoral. En el contexto de esta convocatoria se constituyó el Frente Amplio de Izquierda (FADI), como una alternativa claramente definida de transformación revolucionaria de la sociedad frente a los proyectos de las clases dominantes.

¿Qué organizaciones confluyeron a la integración del FADI? Concurrieron: el Partido Comunista del Ecuador, el Partido Socialista Ecuatoriano, el Movimiento Revolucionario de la Izquierda Cristiana, el Movimiento Segunda Independencia, el Comité del Pueblo y la Unión Democrática Popular.

Cabe anotar que, en este contexto, el Movimiento Popular Democrático (MPD) optó por su propia estrategia electoral. El binomio del FADI fue precedido por René Maugé y Aníbal Muñoz. Si en ese momento el MPD hubiera privilegiado los intereses nacionales y no su proyecto partidista, es indudable que la real posibilidad de un triunfo electoral hubiere cambiado el curso de la historia ecuatoriana. En la segunda vuelta electoral, a pesar de contradicciones internas del FADI, se contribuyó a la victoria de Jaime Roldós Aguilera.

Es necesario rescatar la declaración de principios ideológicos, el Estatuto y la formulación del Proyecto de Programa de Gobierno del FADI.

La declaración de Principios ideológicos expone que el FADI es un instrumento de lucha popular, democrática, antiimperialista y revolucionaria que permite la unidad de los diversos movimientos de la izquierda ecuatoriana y de amplios sectores de la población, con la finalidad de instaurar un gobierno que haga posible el establecimiento de un nuevo tipo de

Estado de carácter democrático, popular, soberano, independiente y que emprenda en las transformaciones económicas, sociales y políticas que el progreso social demanda y abra el camino hacia el socialismo.

En la Declaración de Principios y en el programa de Gobierno se consigna el carácter irreconciliable con el fascismo, el imperialismo y la oligarquía. En la práctica se buscó cerrar el paso a todas aquellas falsas posiciones demagógicas para que el pueblo pueda ejercer un verdadero poder ciudadano en el que se exprese la libertad y la democracia sin formas mediatizadas.

En el surgimiento del FADI a más de la tradición ecuatoriana, pesaba también la experiencia de la Revolución Cubana y de la Unidad Popular Chilena que llevó al triunfo al Dr. Salvador Allende. Como lo ha expresado Raúl Valdez, cada batalla librada contribuye a aumentar la experiencia revolucionaria de todos, cada paso dado en función del progreso es un impulso hacia nuevas conquistas en el camino de la liberación de los pueblos.

La estrategia u objetivo central del FADI era unir a todos los sectores de la población más allá de los partidos y movimientos que concurrieron a su formación. No se debe perder de vista que los partidos de izquierda estaban vinculados a la Confederación de Trabajadores del Ecuador, a la CEDOC, a la Federación Ecuatoriana de Indios, a la Federación de Trabajadores Agrícolas del Litoral, a la Unión de Cooperativas del Litoral, a la Federación de Artesanos, a las organizaciones estudiantiles, entre otras.

El FADI no era solo una unión de partidos, expresaba también la unión del movimiento sindical, que en ese momento al concretarse el Frente Unido de los Trabajadores (FUT) se proyectaba a la constitución de una Central Única de Trabajadores; del Movimiento Campesino, y de las organizaciones indígenas que demandaban ya el reconocimiento de la pluralidad cultural y étnica.

En cuanto al programa de gobierno, es necesario destacar algunos ejes, como la política nacional, la política democrática y la política de transformaciones socioeconómicas. En la declaración de principios y en el programa del FADI se definía tanto el carácter del Estado como el objetivo a seguir, esto es, desmontar la estructura y el carácter oligárquico del poder político del Estado ecuatoriano.

Si bien es cierto que el Frente Amplio de Izquierda no logró captar el poder, su acción se prolongó en varios sentidos, como por ejemplo: contribuyó a

la unidad de acción del Movimiento Sindical, del Movimiento Campesino e Indígena y de muchas organizaciones sociales.

Los orígenes del neoliberalismo

Bajo el gobierno del Ing. Febres Cordero, en el que se comenzó a imponer el modelo neoliberal, el FADI, junto a otras fuerzas, promovió la unidad de acción parlamentaria integrada por seis partidos de izquierda y del centro, que se cristalizó en la creación del “Bloque Progresista” en el Congreso Nacional.

En enero de 1988, un FADI debilitado por la acción divisionista de sus adversarios, promovió el Frente de Izquierda Unida, en alianza con el Movimiento Popular Democrático, insistiendo en la formulación y la necesidad de un gobierno revolucionario, popular, democrático y patriótico que emprenda en las transformaciones democráticas, agrarias y antiimperialista en el país. Este Frente presentó la propuesta presidencial del binomio integrado por el Abogado Jaime Hurtado y el Abogado Efraín Álvarez F.

En la campaña electoral de 1988, el FADI apoyó en la segunda vuelta electoral la candidatura del Dr. Rodrigo Borja Cevallos, candidato de la Izquierda Democrática, contribuyendo a su triunfo; y, en ese mismo gobierno, dentro del Congreso Nacional propugnó el primer acuerdo parlamentario público, abierto y por escrito hecho en el país, para impulsar aspectos puntuales conjuntamente con los bloques de la Izquierda Democrática y de la Unión Demócrata Cristiana.

Reflexiones finales

A título de conclusión quisiera hacer las siguientes reflexiones:

1. La unidad de las Izquierdas y de las Fuerzas Democráticas es una necesidad histórica para conquistar la victoria y mantener un proyecto de transformaciones basado en un programa.
2. La unidad de la Izquierda no es un planteamiento coyuntural ni táctico sino de carácter estratégico, por ello todos los esfuerzos de la derecha y de las transnacionales se orientan a la división y atomización de los sectores democráticos y populares.

3. En muchos momentos claves de la historia no se ha podido concretar una amplia alianza de carácter estable de la izquierda y de centro izquierda, porque se ha privilegiado los proyectos partidarios y no un gran proyecto nacional al que se subordinen y confluyan todos los actores de las izquierdas.
4. En el momento actual, cuando el Presidente Rafael Correa ha llamado a organizar la revolución ciudadana se hace imprescindible acumular toda la experiencia del pasado y contribuir a una unidad esclarecida que abra un nuevo momento en la historia nacional.
5. La necesidad de una unidad superior que marque un nuevo nivel de conciencia política es un reto actual. Este objetivo se logrará cuando se privilegie los intereses colectivos y los de la nación en su conjunto y se renuncie a posiciones sectarias y dogmáticas, y a los proyectos de grupos o individuales.
6. Es necesario esclarecer las ideas, promover un debate sano, franco y abierto en el seno de las izquierdas y en todo el país que posibiliten la elevación del nivel de conciencia política de ciudadanos y ciudadanas.

diez y siete

Dinámicas socio-políticas en la construcción de Alianza País

El texto bosqueja varias ideas para leer las dinámicas de conformación de Acuerdo País, a la vez que plantea al proceso como una construcción permanente basada en dotar de contenidos y profundizar una revolución ciudadana de izquierda post neoliberal.

AUGUSTO BARRERA

Augusto Barrera / Concejal del Distrito Metropolitano de Quito, Alternativa Democrática.

Al discutir sobre un partido, una organización o un movimiento político, se hace referencia a una dialéctica compleja. Los partidos son de alguna manera, la expresión más clara de la voluntad y la libertad colectiva, pero al mismo tiempo, un partido es un instrumento y tiene una función política en un contexto determinado.

Parafraseando un poco, digamos que hablar de un partido es hablar de la libertad y de las condiciones concretas en las que éste se desarrolla. Esta libertad y voluntad, para quienes hemos tenido una vida militante, ha sido enfatizada en los elementos claves de nuestra propia historia personal o partidaria, recuerdo la historia del Frente Farabundo Martí, la historia del Partido Comunista Chileno, etc.

Se podría pensar que son las circunstancias y la realidad las que modelan la naturaleza del instrumento político, por eso voy a detenerme en la caracterización del momento que vivimos y a partir de eso, inferir y proyectar algunos elementos del tipo de organización política que necesitamos.

Contextos del triunfo de Alianza País

Lo fundamental ahora es contextualizar el triunfo electoral de Alianza País para la Asamblea Constituyente, es decir, entender que si bien ha influido el hecho de tener ‘un buen candidato’, es sin duda también producto de un momento fluido en la historia, donde las formas de dominación y las propias instituciones y actores de esta dominación se están desvaneciendo. En este sentido, la significación más alta del proceso es que comienza el fin de la larga noche neoliberal.

No se trata solamente de un triunfo electoral, sino que los actores, las reglas –y para eso vamos a una Constituyente– y el propio sentido común de la sociedad está en la perspectiva de un cambio. Este proceso no apareció de la noche a la mañana, si bien se expresa electoralmente de cierta manera, es la historia de la incorporación del pueblo al poder. Desde hace apenas 30 años en el Ecuador se acepta el voto para los analfabetos, hace 40 o 50 años el país todavía era una gran hacienda o una gran plantación; estamos viviendo décadas fundamentales de incorporación al ámbito público de gran parte de una población eternamente excluida.

Este proceso, que se activa de alguna manera con un Estado que, en los años 70, deja de ser el mendigo del capital agro-exportador debido a la

emergencia del boom petrolero, llamado por algunos rentismo; que aparece como la única forma de extensión y de presencia de lo público en el país. Desde el Estado se comenzó con la transformación de una serie de bases materiales para la incorporación de la ciudadanía al espacio político público.

La paradoja de este país es que ese proceso duró muy poco y rápidamente se enfrentó a una arremetida neoliberal que incorpora a los actores y a los pueblos a una tensión entre una modernización democrática y una forma vertical de la política y de la constitución del poder, siendo esta la forma en que hemos vivido los últimos 20 años. Este neoliberalismo no ha sido como dicen los gurus del Fondo Monetario: ‘el neoliberalismo de la eficiencia y de la productividad’, ha sido, básicamente, la entronización de las mafias en el campo económico, y en el campo político ha sido la expresión de la anti política, del secuestro de las instituciones públicas.

Muchos de los que estamos aquí hemos vivido más de 25 años de resistencia, hemos construido organizaciones, instrumentos y una subjetividad de lucha fundamental; y entonces, esa que ha sido la ecuación de los últimos 25 años, se ha transformado. Ello resulta del todo interesante porque se transforma a partir de un proceso de derrumbe de las formas tradicionales de dominación y por la emergencia de un proceso absolutamente polifacético, todavía muy amorfo con dimensiones electorales, culturales y no necesariamente orgánicas.

Tres actores que confluyen en la conformación de Alianza País

Es importante ubicar 3 vertientes, campos o actores fundamentales sobre los cuales es posible reconstruir un proyecto a largo plazo:

- El campo popular que es el conjunto de formas orgánicas que enfrentaron y resistieron estos años al neoliberalismo, entre ellos, los movimientos sociales y los movimientos indígenas;
- Un campo que se podría llamar democrático en el sentido de integrar a un conjunto de organizaciones centristas y socialdemócratas; que incluye también una opinión pública más democratizada que operó como reserva moral y ética a lo largo de estas décadas, un claro ejemplo son las movilizaciones de los denominados ‘forajidos’ y la caída de Abdalá Bucaram;

- Y una sinergia expresada electoralmente en los logros de Alianza País.

Por la confluencia de estas 3 vertientes, el proceso no es similar al Boliviano, por ejemplo, ya que no es un proceso constituido orgánicamente como es el Movimiento al Socialismo (MAS), el cual se autodefine como el instrumento político de la organización popular. Tampoco es Venezuela, porque aquí sí hay una sociedad civil densa, con procesos organizados, y con una historia de demandas ancladas en los imaginarios políticos de la izquierda. El ecuatoriano es, entonces, un proceso particular.

El momento actual podría ser caracterizado, como muchos otros, como ‘todo lo sólido se desvanece en el aire’. Estamos en un tiempo de fluidez social y en ese sentido, la necesidad de construir la perspectiva y los desafíos tienen que partir de los retos fundamentales que la coyuntura nos da; entonces, hay que reconstruir la historia de cada partido, de cada militante y que cada organización.

Desafíos a futuro para Alianza País

Estamos en un momento donde lo fundamental es el futuro, y alrededor de eso, quisiera plantear unos desafíos:

1. Dotar de contenido a la noción de revolución ciudadana, constituye el elemento central y el nuevo campo ideológico que permite constituir una izquierda pos neoliberal. En este campo ideológico hay que construir el nuevo proyecto que surja de un debate fructífero desde perspectivas claramente socialistas hasta formas democrático republicanas. Este cauce permitirá resolver la necesidad de construir una sociedad de derechos individuales y derechos colectivos, de romper la dicotomía entre la densificación y el fortalecimiento de la vida individual y de respetar también los derechos colectivos de las organizaciones, los sindicatos y los grupos. Esa revolución ciudadana permite, además, entender un Estado que no sea de clase, sino un Estado de nación, de país y ciudadano. La nueva izquierda construye radicalmente una revolución ciudadana.
2. Tal proyecto debe construirse por medio de una hegemonía inclusiva y clara; no se puede asumir que la coyuntura actual va a ser

revertida en las próximas elecciones, tenemos la obligación de construir una hegemonía que facilite un consenso activo de la población por el cambio; esta es nuestra tarea actualmente. Un consenso activo de la mayor cantidad de sectores por el cambio y eso, por supuesto, implica plantearse tareas fundamentales en términos de la organización popular, social y ciudadana. Supone tareas claves por expandir la noción de soberanía popular, no solamente como tema plebiscitario, sino como la posibilidad de ampliar y extender la soberanía a lo largo de todos los espacios de poder. Hay que construir una hegemonía inclusiva.

3. Es fundamental hacer todos los esfuerzos por construir una utopía realista. Hemos estado acostumbrados a construir la subjetividad de la resistencia, a organizar mil y un paros, mil y una tomas y derrocamientos; ahora nos toca construir esa utopía realista que implica un cambio de mentalidad en este contexto histórico. Urge construir una forma orgánica que profundice la unidad de Acuerdo País. Esta es una unidad que hay que preservar sobre la base de las tareas políticas planteadas.

En el país ha habido una tradición de fundar partidos para ganar las elecciones, desde la universidad, los sindicatos o cualquier organismo. Ahora hay que pensar en construir un contingente político para transformar el país, por lo tanto, la relación con el movimiento social debe ser autónoma y respetuosa. Hay que construir un partido en el que convivan las más variadas tendencias en una lógica de respeto. El método de consolidación de esa fuerza política debe apostar al fortalecimiento de la autonomía y la libertad individual; hay que secarle el pantano a la clientela y hacer que la gente se adhiera al proceso de cambio como un ejercicio de libertad.

Estos son los retos que deben ser puestos en el orden del día para la construcción de una nueva fuerza electoral.

diez y ocho

Alianza País: una apuesta política novedosa

En su intervención,
Gustavo Larrea expone las
particularidades que llevaron
al triunfo electoral por cuatro
ocasiones consecutivas a Alianza
País y su posicionamiento como
movimiento de carácter nacional.
Recoge las experiencias de lucha
de las izquierdas como parte
de un acumulado histórico,
pero marca también grandes
diferencias.

GUSTAVO LARREA

Gustavo Larrea / Miembro del buró político
de Alianza País – Ecuador.

Toda experiencia de carácter político es irrepetible porque obedece a determinaciones de la realidad histórica de cada pueblo, país, y nación, por lo tanto tener una sola visión del proceso latinoamericano es un viejo error de la izquierda.

Cuando triunfó la revolución cubana y luego el Frente Sandinista de Liberación mucha gente quiso repetir esa experiencia. Después estuvo de moda el proceso de lucha popular en Colombia y, en el período en que la discusión e investigación política sobre la experiencia del Partido de los Trabajadores en Brasil ocupó a la izquierda, todos querían replicar esas prácticas.

Todo movimiento de izquierda que establece un nuevo proceso político debe entenderlo como continuidad, es importante observar que, por ejemplo, el marxismo leninismo es una ruptura del marxismo, y éste a su vez es una ruptura de la izquierda utópica y de la izquierda liberal. El maoísmo y el trotskismo son rupturas de la izquierda marxista leninista; y la izquierda latinoamericana es una ruptura también de ese pensamiento. ¿Por qué el leninismo es una ruptura del marxismo? Porque si hubiese sido Lenin un marxista dogmático jamás hubiese colaborado, contribuido o conducido la revolución en Rusia, porque básicamente el pensamiento de Marx entendía que la revolución se produciría en los países desarrollados.

Al analizar estas transformaciones vemos que han sido profundos procesos de creación permanente. Cuando el dogma se rompe hay posibilidades de creación, cuando el dogma no se rompe estamos destinados a repetir los mismos errores del pasado. Por eso es un error dogmatizar cualquier experiencia política.

Alianza País es efectivamente una ruptura con la izquierda tradicional ecuatoriana basada en el planteamiento de una reflexión diferente pero no alejada del proceso histórico previo. Para nosotros la historia de la humanidad tiene dos historias: la de la liberación y la de la dominación; nosotros nos sentimos parte de la historia de la liberación y por lo tanto para nosotros el cristianismo es parte de esa emancipación ya que planteó la posibilidad teológica de romper la idea de que los seres humanos no son iguales, al plantear que todos somos hijos de Dios y por lo tanto iguales.

Somos parte también de las revoluciones del siglo XVIII de Europa y de las revoluciones de independencia de América. Son importantes los aportes de la izquierda pacifista, estamos orgullosos de la lucha de Ghandi por

conquistar la independencia de la India; también nos sentimos orgullosos de la lucha afro-americana por la ampliación de los derechos civiles en Estados Unidos. Sentimos además orgullo de la lucha no violenta activa en Sudáfrica. Somos parte de esos procesos pero no los retomamos como una continuidad acrítica. La posibilidad de cuestionamiento hace entender que cada proceso tiene sus particularidades concretas donde se incluyen también otras experiencias de lucha.

Por lo tanto, para AP no existe un paradigma único ni una receta para el cambio. La tarea fundamental es transformar la realidad y no interpretarla, esa tarea es de la academia, y nosotros no somos la academia. Somos un movimiento político que influye y transforma la realidad en la medida en que es capaz de romper con el pasado, con el dogmatismo y con el sectarismo.

Hace dos años decíamos que hay que dejar de ser la izquierda de los siglos XIX y XX para pasar a ser la izquierda del siglo XXI, esto implica no atarnos a dogmas pasados, ni a la vanguardia esclarecida, ni clases, o etnias destinadas a transformar la historia a su imagen y semejanza.

Somos otra corriente de pensamiento que conjuntamente con la participación del ciudadano Presidente tenemos la convicción de formar una organización política con iniciativa, audacia, capacidad organizativa, y comunicacional.

En este marco, el proyecto de Alianza País tiene elementos interesantes y novedosos que le han permitido ser actualmente la fuerza hegemónica en el Ecuador, entre ellos tenemos:

1. Proyecto nacional:

El movimiento logra en muy poco tiempo convertirse en un proyecto nacional, AP es fuerte en todas las provincias, por lo tanto no es un partido regional. Por ejemplo, en las últimas 3 décadas la derecha no ha tenido mayoría en la Sierra sino en la Costa; la socialdemocracia y la democracia cristiana fueron fuertes en el mundo andino, pero han sido débiles en la Amazonia y la Costa. El movimiento político actual logra sintonizar con las aspiraciones populares y por esas razones, a diferencia de otros procesos, tiene que regionalizar su política y su estructura orgánica para transformar la realidad. No obedece a un recetario.

2. Organización territorial y familiar:

El objetivo de AP al organizarse no fue ser poder en 20 años sino ser poder ya, lo cual determinó la formación de una estructura orgánica diferente que no ha incluido a las organizaciones sociales. Y esto no por un desprecio. ¿Qué hubiese pasado hace dos años atrás si hubiésemos entrado a disputar el liderazgo a las centrales sindicales, al Partido Socialista, al Partido Comunista, o al MPD. ¿Qué hubiese pasado si entrábamos al movimiento indígena a disputar el liderazgo de Pachakutik? Nos hubieran acusado, para decir lo menos de agentes de la CIA.

Si entrábamos a esas disputas no teníamos posibilidades de construir fuerza política inmediata ya que, el movimiento obrero, el movimiento indígena, el afro ecuatoriano, de derechos humanos, el movimiento de mujeres, tienen liderazgos legítimos que se han ganado a lo largo de la historia y con los cuales no hay por qué disputar.

Nuestra organización resuelve no realizar coaliciones con frentes sociales sino trabajar territorialmente. Esta definición generó un enorme contingente de compañeras y compañeros que en vez de dedicarse a pelear con otras fuerzas de izquierda, se dedicó a construir fuerza en cada cantón, en cada parroquia, en cada barrio.

Se revolvió también promover un tipo de organización familiar para transformar la historia, puesto que no se trabaja solamente con los individuos sino con todos los integrantes de la familia quienes participan en las reuniones. Son encuentros familiares de carácter geográfico.

Para el caso específico de los compañeros que no se definen por el territorio, específicamente los provenientes del mundo artístico, hemos creado un frente de artistas. Con excepción de este frente, no existen otros y no hay división. Los compañeros y compañera trabajan en todo el territorio buscando equidad de género y una forma orgánica adaptada a la vida de familia.

El tipo de estructura descrita es bastante flexible ya que tiene una ideología que cohesiona internamente a la organización. Nos estructuramos alrededor de los 5 ejes programáticos de la revolución ciudadana que nos unifica ideológicamente, sin implicar el hacer política con ideología. AP es una organización que hace política porque entiende que la única manera de transformar la realidad es teniendo iniciativa política y agenda política propia.

La agenda programática de Alianza País

Desde que nacemos respetamos a las otras fuerzas de izquierda y nos planteamos en primer lugar, una lucha importante frente al TLC compartida por otras fuerzas de la tendencia; la lucha contra la petrolera OXIDENTAL y la necesidad de convocar a una Asamblea Constituyente.

La propuesta por la Constituyente permite lograr una adhesión rápida y masiva debido a la crisis política del país; entre otros se puede citar, a tres gobiernos defenestrados por movilización popular, amarres y deslegitimación del Congreso Nacional, partidos políticos sin credibilidad ciudadana, etc.

Operamos con iniciativa y con absoluta consecuencia ya que no presentamos candidatos al Parlamento –lo que llevó a que muchos dentro y fuera del país dijeran que estamos absolutamente locos–. Esta coherencia nos ha permitido crecer orgánicamente y realizar un fuerte trabajo de comunicación que parte de una realidad con tradición libertaria, y que además resignifica los símbolos antes utilizados por la sociedad dominante.

Aprovechamos el momento político para etiquetar a los partidos políticos de ‘partidocracia’, estigmatizamos a la oligarquía como ‘pelucones’; es decir generamos un lenguaje propio ya que el problema no es solamente político sino comunicacional.

En el trabajo comunicacional para la campaña electoral utilizamos, por ejemplo, el cine comercial más difundido. Cabe explicitar que nuestra estructura orgánica además del trabajo político, ideológico y de educación que realiza, también hace investigación sobre como piensan los ciudadanos. Sondeamos las películas más vistas en cada generación y realizamos mensajes de gran impacto mediático retomando estos símbolos visuales. Entre otras, realizamos un spot con la película ‘El Padrino’ en donde aparece un sujeto con terno negro que se apodera de billetes, petroleras, contratos telefónicos, contratos eléctricos.

Si bien la comunicación masiva fue esencial, también priorizamos la comunicación directa: para el 1er proceso electoral que fue el 15 de octubre del 2006 se formaron 200 mil comités familiares en todo el país.

Para la segunda vuelta electoral el objetivo fue formar 500 mil comités familiares y formamos 508 mil y, para la última elección nuestro objetivo fue

formar un millón de comités y formamos 1 millón 20 mil comités familiares. Si bien no son estructuras orgánicas con una militancia activa permanente, son estructuras masivas que tienen relación directa con las dirigencias del movimiento.

Alianza País es actualmente la más grande estructura de masas que tiene el país y es menester consolidarla orgánicamente fortaleciendo su formación ciudadana.

Ampliación del movimiento

Otro elemento importante es no practicar el viejo sectarismo de la izquierda. Cuando Alianza País ganó la primera vuelta electoral tuvimos un buró de campaña, para la segunda vuelta formamos tres buró más para que la gente pueda entrar al movimiento, sin embargo varios compañeros que se sintieron triunfadores no querían que nadie entre en la estructura. El sectarismo es parte no solo de la gente que venía de una experiencia política sino que es socialmente así y, la pregunta es ¿cómo romper el sectarismo para construir una nueva mayoría?

El objetivo actual de Alianza País no es la unidad por la unidad, sino transformar la sociedad. La unidad es un método que puede ser exitoso en otro momento, pero hasta aquí ha sido fundamental abrir el movimiento. En la 2da vuelta electoral pasó de Alianza País a ser Acuerdo País y articuló a las organizaciones que querían integrarse.

Esta alianza se dio con absoluta generosidad con los movimientos que quisieron unirse a nuestra plataforma. Cabe explicitar que con el movimiento Pachakutik intentamos hacer una alianza y no fue posible; no por decisión nuestra sino por decisión del movimiento Pachakutik quienes decidieron ir solos. De los 130 candidatos a la Asamblea Nacional, 65 provenían del movimiento país y 65 de los nuevos aliados, es decir el 50% de los candidatos provienen de las fuerzas aliadas nuevas y así será siempre en el futuro porque nuestro objetivo es ser una nueva mayoría en el país.

No es objetivo nuestro ser una vanguardia iluminada –mito en la izquierda–, tampoco creer que la unidad produce los cambios, si bien para la experiencia uruguaya y brasileña ha sido importante, esa experiencia no es común a todos.

Finalmente quisiera decir que la experiencia de Alianza País es un fenómeno político novedoso en la región, puesto que no es el resultado de una experiencia tradicional, contamos con un actor clave y estratégico que es la ciudadanía. Puede ser que este sujeto no aparezca en la Biblia, puede ser no aceptado, pero estamos predicando que la ciudadanía puede ser vanguardia. Todos los ciudadanos y ciudadanas tenemos la obligación política y ética de modelar, diseñar y construir la sociedad del futuro.

Esta es una definición absolutamente importante y estratégica porque la unidad en la diversidad es imprescindible, pero no es una unidad para defender los derechos de un gremio, ni de una unidad corporativa. Al Ecuador le entró el corporativismo en los años 40 por el fascismo y en los años 90 por la izquierda, nosotros estamos muy lejos de esa posición ya que no consideramos conquistas históricas las formas de representación corporativa, respetamos a quienes piensan así, para nosotros el problema es como construimos una democracia ciudadana, un proyecto nacional y un proyecto de unidad latinoamericana.

La unidad latinoamericana es fundamental, no por la nostalgia ideológica bolivariana sino por pragmatismo político y económico. Si no somos capaces de moldear la unidad en esta década no seremos capaces de defender los intereses de nuestros pueblos. De ahí nuestro apresuramiento en crear el Banco del Sur y ser un puente entre los diferentes gobiernos de la región. Nuestro rol como país será siempre fraterno y de aliado de Uruguay, de Argentina, de Chile, de Bolivia, de Brasil, de Venezuela, es decir, nuestro rol no es consolidar alianzas estratégicas con un determinado sector político regional, sino con todas las fuerzas democráticas y progresistas de América Latina.

diez y nueve

Los nuevos movimientos

sociales y las izquierdas

El texto realiza una lectura del surgimiento de los nuevos movimientos sociales en las décadas del 80 y 90 como marco que posibilitó la articulación del movimiento indígena ecuatoriano y sectores sociales urbanos para la conformación del Movimiento de Unidad Plurinacional Pachakutik.

Además reflexiona sobre la necesidad de generar procesos de alianza en la izquierda ecuatoriana que posibiliten el surgimiento de un sujeto emancipador.

RICARDO CARRILLO

Ricardo Carrillo / Miembro de la dirección
ejecutiva del Movimiento Pachakutik

A mediados de los años 80 se produce un rompimiento o se habla, también, de un nuevo contexto para el Ecuador y América Latina. Se puede citar varios elementos que confluyen para configurar este período, entre ellos: la caída del Muro de Berlín que abre una forma diferente de entender la toma del poder, ya que años atrás se jugó con la lógica de asaltar el poder, muchas veces a través de la vía armada.

Además, el neoliberalismo ingresa con fuerza en el país, y entre uno de sus principales objetivos estuvo la desestabilización del ‘exceso de democracia existente en el Ecuador’ a través de la reducción del Estado. Por otro lado, se buscó que el movimiento obrero –principal organización social en los 80– desapareciera por medio de la implementación de políticas de flexibilización laboral.

Paralelamente, se consolida desde diferentes frentes un proceso organizativo en el cual se da prioridad a las alianzas entre organizaciones sociales con el objetivo de convertirse en un nuevo actor político.

En este contexto emergen los nuevos movimientos sociales que en los años 80 inician una vida mucho más reactiva en término de defensa de sus derechos y la lucha por la identidad. Para el sociólogo Manuel Castells, los nuevos movimientos sociales reconfiguran los procesos organizativos y de resistencia, a la vez que desafían a la globalización. Este autor señala que la historia no es el resultado de la imposición de un grupo sino que, es el fruto de la firmeza de los movimientos sociales quienes anteponen a los proyectos dominantes otros proyectos alternativos basados en valores sociales y en la búsqueda de una nueva equidad.

Emergencia de Pachakutik

El Movimiento Pachakutik surge en este período y cabe recordar que fue el fruto de la alianza de varios actores sociales. Uno de los principales hitos para el Movimiento fue la toma de la iglesia de Santo Domingo y el levantamiento indígena en 1990, acciones que fueron lideradas por la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE) y por la confluencia de varios movimientos sociales, organizaciones urbanas, comunidades eclesiales de base, jóvenes cristianos, organizaciones de mujeres, movimientos ecologistas y la Coordinadora Popular de Quito.

Esta agregación de organizaciones promovió la lucha por el reconocimiento

de las nuevas identidades grupales y la construcción de espacios alternativos de participación para vivir una sociedad equitativa y con un mejor reparto de la riqueza. El movimiento indígena se convierte en el protagonista de las luchas populares, podemos recordar los levantamientos de 1992, 1994, 1997 y los derrocamientos a los presidentes Abdalá Bucaram y Jamil Mahuad.

El elemento fundamental que movió a estos actores fue la construcción de un conjunto de nuevos valores y subjetividades que se tradujeron en discursos y prácticas. Es decir, se trató de un hecho cultural, entendida ésta como proceso histórico para el ejercicio del poder. La cultura es política porque su significado desata procesos que implican –implícita o explícitamente– nuevas definiciones y oportunidades para el poder social.

Para entender la emergencia del movimiento Pachakutik es necesario asumir, como dice Michel Foucault, la idea de que existe sujeto social solamente cuando éste busca enfrentar al poder establecido para transformarlo. Este fue el objetivo fundamental y la dinámica de acción política de Pachakutik en su nacimiento, evidenciando que este movimiento social no procedió únicamente del sometimiento a las antiguas identidades de la modernidad, sino que se organizó desde la emergencia de nuevas identidades sociales.

La acción del movimiento Pachakutik inauguró una forma diferente de entender la toma del poder, ya que revitalizó la democracia desde abajo y desde lo local. No se planteó el asalto al poder sino la construcción y reconstrucción de éste. Así, reactivó la participación social y dinamizó las formas organizativas para priorizar amplios procesos de alianza entre actores sociales y políticos. Todas las candidaturas presidenciales en que participó el movimiento, por ejemplo, fueron fruto de alianzas con fuerzas políticas del centro y de la izquierda partidaria del Ecuador. Su acción se enmarcó en las nuevas estrategias políticas y culturales que tienen todos los movimientos sociales de la década de los 90.

Si bien se buscó el reconocimiento a los derechos colectivos, lo fundamental no fue la lucha étnica o los derechos, sino un proyecto político que transforme la sociedad en su conjunto. Buscó constituirse en un sujeto político histórico que combine la lucha táctica y la lucha estratégica.

Se podría decir que toda organización cuando busca alcanzar el poder, genera a su interior resistencia y este fue también el caso del movimiento Pachakutik, el cual empieza a tener un rompimiento –hay que decirlo como

auto crítica— a partir de la coyuntura electoral del año 2000 y 2002. Se dejó de lado los elementos constitutivos —construcción de un poder alternativo, de una contra hegemonía y de ser el eje articulador de varios movimientos sociales— en la medida que se priorizó el fin pragmático de ciertos sectores, antes que los objetivos políticos y estratégicos.

La idea de construir una nueva democracia desde los gobiernos locales se fue diluyendo y prevaleció la línea indigenista de un solo sector. En la caída de Mahuad se comienza a delinear esta orientación, y en la alianza política con Lucio Gutiérrez para las elecciones presidenciales se confirmó que se dejó de lado la línea programática por el fin pragmático

Un nuevo sujeto emancipador

Ahora, a una semana del congreso nacional de Pachakutik es hora de recuperar uno de sus objetivos fundamentales que fue el proceso de alianza. Ya Franklin Ramírez en su texto publicado en el 2005¹ decía: “la insurrección de abril no fue solo una fiesta”, en cierta medida interpelando a muchos autores, intelectuales, profesores y sectores de izquierda que criticaron a la rebelión como una acción de la pequeña burguesía o de sectores de la derecha. Deseo recalcar que el levantamiento de abril abrió las puertas y reclamó a todos los partidos políticos la necesidad ciudadana de realizar un proceso de alianzas.

Dicha coyuntura abrió las puertas para este gran triunfo que tiene ahora Alianza País que, al mirarlo con pinzas, merita realizar una lectura diferente de la realidad política ecuatoriana para entender que las estructuras cerradas, las vanguardias y la dirección política dirigidas desde un solo sector ‘no va más’ y debe recomponerse.

La sociedad civil busca nuevas formas de expresión y de organización que orienten una reestructuración de los partidos políticos a partir de una reflexión profunda sobre la democracia. Es lugar común escuchar que la sociedad ecuatoriana no tiene cultura política, no obstante considero que existe una falta cultura política dentro de la izquierda, hace falta ser humildes, especialmente promover y formar nuevos liderazgos para no caer en prácticas caudillistas.

.....
¹ Se refiere al texto de Franklin Ramírez Gallegos, “La insurrección de abril no fue solo una fiesta”, 2005, Taller El Colectivo-Ciudad-Terranueva-Novib, Abya-Yala, Quito.

Si bien es cierto lo que decía Franklin Ramírez que “la insurrección de abril no fue solo una fiesta”, yo considero que también fue una fiesta. Como dijo Boaventura de Sousa Santos, hay que recuperar el valor festivo de la insurrección, ya que en los intersticios de la fiesta barroca es donde se puede generar el nuevo sujeto subalterno y emancipador.

Considero que estamos a las puertas de construir ese nuevo sujeto, la sociedad reclama nuevos procesos de alianza a todos los sectores de izquierda.



No parece casual que a ojos de todo el mundo los partidos parezcan vagar sin rumbo, como muertos-vivos, en la escena pública. Ello no implica, sin embargo, que estén en vías de extinción o que vayan a perder su papel en la estructuración de las elecciones públicas, la formación de cuadros políticos o la disputa ideológica.

Puede que incluso, en un futuro no muy lejano, recobren mayor dinamismo en el cumplimiento de estas funciones. La cuestión parece ser, más simplemente, que se habría agotado el ciclo en que la democracia se organizaba exclusivamente en torno a ellos. No se trata, por tanto, de un problema de viabilidad electoral o de supervivencia fisiológica de los partidos –o de los nuevos movimientos políticos– sino de pensar en las condiciones y en las razones de su existencia. Las jornadas de debate sobre “La innovación partidista de las izquierdas en América Latina” organizadas por el ILDIS-FES en Quito-Ecuador el 16 y 17 de octubre 2007, así como el presente libro constituyen un esfuerzo más en esta tarea de bosquejar horizontes cercanos frente a los retos asumidos por la política y por los partidos políticos progresistas de la región.

